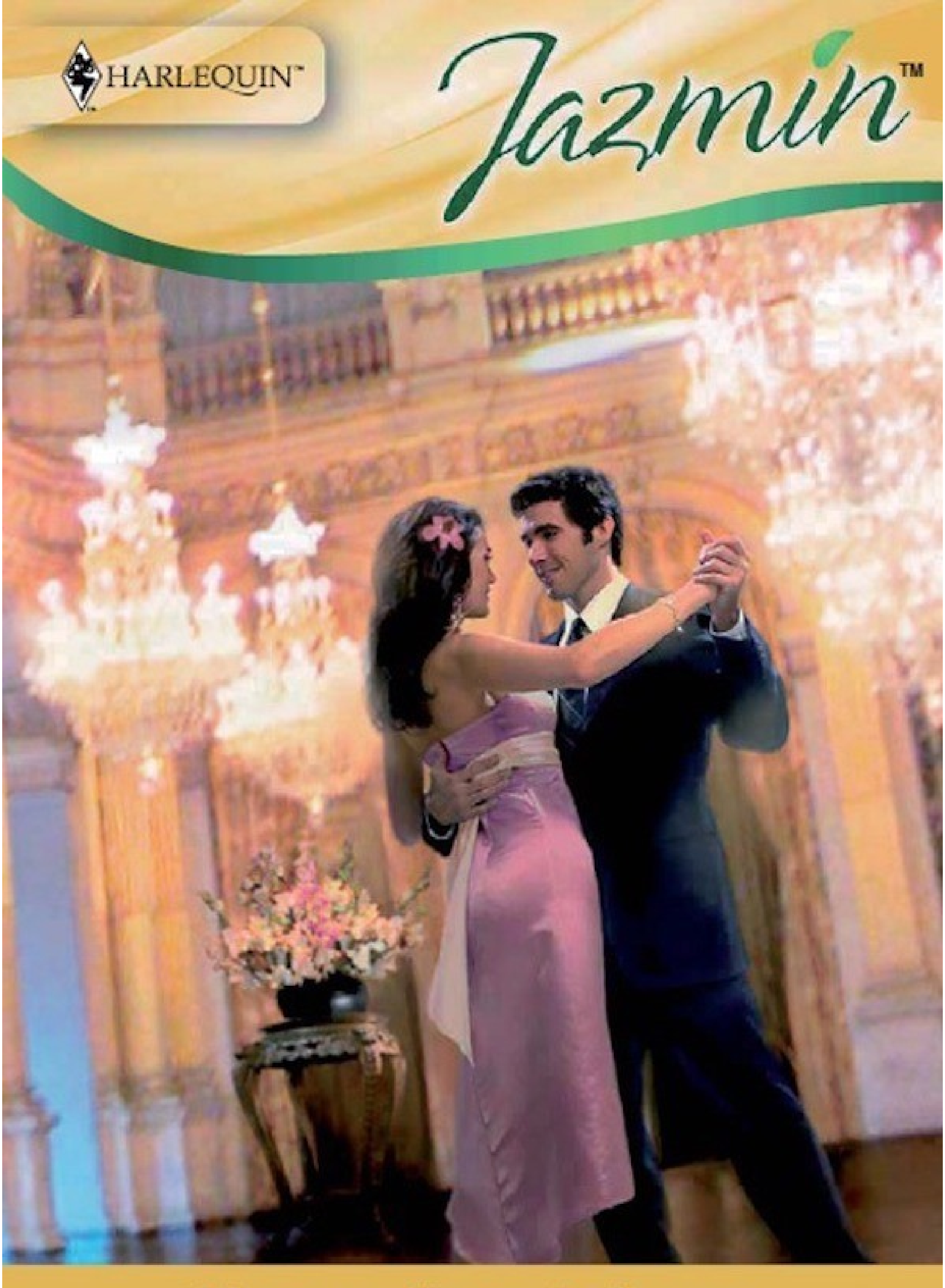



# Siempre dama de honor

NICOLA MARSH

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid


SIEMPRE DAMA DE HONOR, N.º 2358 - octubre 2010
Título original: Three Times a Bridesmaid...
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2010



I.S.B.N.: 978-84-671-9205-6
Editor responsable: Luis Pugni

E-pub x Publidisa

# CAPÍTULO 1

LAS parejas de ensueño eran difíciles de encontrar. Eve Pemberton debería saberlo. Lo había intentado.

Con un suspiro de exasperación, apartó con el codo la invitación de boda de bordes dorados que estaba en medio de su mesa. No se movió, rígida, inamovible, desafiante.

Sabía lo que tenía que hacer, pero no quería hacerlo.

Respiró hondo, apartó la invitación y abrió el ordenador portátil. Era un momento tan bueno como cualquier otro para continuar con su búsqueda de la pareja soñada.

–Es un negocio –murmuró mientras sus dedos volaban sobre las teclas–. Esto no va a ninguna parte.

Puso los ojos en blanco al mirar la pantalla, cubierta de almibarados corazones rojos, y pulsó la tecla de intro con la esperanza de que no tardara mucho. Tenía un millón de cosas que hacer en su lista de tareas pendientes. Para empezar, perseguir a unos contratistas de una de las tribunas del Open de Tenis de Australia para asegurarse de que todos los sistemas funcionaban en el momento del saque de inauguración de la Liga de Fútbol Australiana en el Melbourne Cricket Ground.

Le encantaba su trabajo de coordinadora y preferiría estar con un grupo de futbolistas que buscando su pareja soñada a través de una agencia de contactos de Internet, pero tenía que hacerlo. No tenía elección.

El primer perfil se materializó en la pantalla. No estaba mal. Era una rostro agradable, una agradable sonrisa, sólo... agradable. Era una pena que no quisiera algo agradable. Quería alguien guapo de la muerte.

Mientras sus dedos recorrían el teclado para ver hasta veinticinco tipos, sus esperanzas se iban desvaneciendo. No había ninguno que destacara entre los demás, no la clase de hombre que necesitaba para impresionar a la futura recién casada, Mattie, y a sus amigas Linda y Carol. Había ido sola a todas las bodas de su entorno social y ya estaba bien. Había sido la única dama de honor sin pareja en todas las bodas, y eso tenía que cambiar.

Aunque ninguna había dicho nunca nada, había notado sus miradas de lástima, su frenética búsqueda de alguien adecuado entre los invitados, o peor aún, las presentaciones «accidentales» de primos segundos. Parecía

que llegaba a todas las bodas con las palabras «desesperada por tener pareja» tatuadas en la frente.

Esa vez no. Mattie, la última amiga soltera a punto de dejar de serlo, era especialmente sensible a su estado de ánimo y no quería estropearle el día apareciendo sola.

Una última boda a la que asistir, una última vez que se vestía de dama de honor... La idea la animó por un momento y renovó la búsqueda vigorosamente, reacia a reconocer la decepción cuando el quincuagésimo perfil se desdibujó delante de ella.

Todos esos tipos parecían iguales: buscaban una amiga con vistas a una relación, les gustaba pasear por la playa y disfrutaban de las cenas agradables.

Bueno, no necesitaba ni una amistad, ni una relación ni nada parecido. Era una mujer de negocios muy ocupada que necesitaba alguien con quien salir, nada más. Y nada menos. Utilizaba la Red constantemente en su trabajo, así que encontrar una cita por ese medio debería haber sido pan comido, ¿no?

Había tenido ya cinco citas, cinco citas aburridas, dolorosas y de bla, bla, bla... y nada. Ninguna cita de ensueño entre todo el mediocre lote.

Era su último intento, la última agencia en línea con la que lo había intentado.

Con un resoplido de disgusto, se separó de la mesa y se frotó la nariz. En ese momento, una fotografía situada en una esquina de la página de noticias atrajo su atención.

Accionó sobre la imagen para ampliar la noticia. Se quedó sin aliento cuando la fotografía se expandió y llenó la mitad de la pantalla con unos brillantes ojos azules, una carismática sonrisa y un encantador hoyuelo. Había querido a alguien guapo de la muerte. Ya lo tenía.

El único problema era que Bryce Gibson sabía perfectamente lo atractivo que era y, peor aún, sabía lo mucho que a ella le afectaba.

Decidida a ignorar el adorable hoyuelo que recordaba demasiado bien, leyó por encima el artículo.

*Un nuevo ejecutivo del mundo de la publicidad llega a Melbourne desde Sidney... necesita probarse a sí mismo... espera grandes cosas...*

–Bla, bla, bla... –murmuró entre dientes sin dejar de mirar la fotografía.

Sí, Bryce Gibson había cambiado poco. Aún parecía con demasiada confianza en sí mismo, demasiado carisma, demasiado... todo. Tenía encanto hasta rebosar y ella se había fingido inmune. Hasta que Tony

había cumplido veintiún años, la noche que lo había cambiado todo.

Miró la fotografía y recordó la fiesta de la mayoría de edad de su hermano.

Esa noche había sido el catalizador que la había llevado a donde estaba: nueva imagen, nueva seguridad en sí misma, nueva personalidad.

Debería agradecérselo a Bryce: por flirtear, por tomarle el pelo, por haberle hecho sentir como una mujer por primera vez en su vida. O debería patearlo por lo que había pasado después. Después de ese casi beso...

Daba lo mismo, le habría encantado que el señor Carisma la viera en ese momento... Apartó la mano del ratón como si quemara. No, mala idea. Muy mala idea.

–Necesitas una cita con el tipo más sexy del planeta. La clase de tipo que transmite a tus amigas que estás bien, que puedes pescar a un hombre estupendo, pero que has decidido no hacerlo.

«Sí, pero de quien estamos hablando es de Bryce Superfrío Gibson», le dijo una voz interior. «¿Lo recuerdas? El tipo que se rió de ti. Que empleó ese legendario encanto hasta hacerte enrojecer. El tipo que se salió de su camino para hacerte caso cuando tú no querías y que después, cuando ya querías, te dejó helada».

–Sí, pero eso fue entonces y esto es ahora. ¿No te gustaría enseñarle lo lejos que has llegado? ¿Dónde está tu orgullo?

«Pero pensará que estás desesperada si le pides salir. O, peor aún, que todavía te gusta. Y, además, recurrir a una agencia de contactos era algo muy profesional. Una cita sin excesos, sin expectativas».

–¿Y qué? ¿Por qué no puede ser lo de Bryce igual de profesional?

Sacudió la cabeza y miró la fotografía de Bryce. Cumplía sus criterios en todos los sentidos: atractivo, exitoso, encantador, la clase de tipo que demostraría para siempre a sus amigas que podía salir con quien quisiera y que si no lo hacía era porque había decidido apostar por su profesión.

Tamborileó con los dedos en la mesa. Sabía que no tenía elección. Los tipos con los que había salido estaban por debajo de la media, lo mismo que los candidatos potenciales de esa última agencia. Cuando, en realidad, tenía la cita perfecta delante de los ojos.

Tendió la mano en dirección al teléfono y apenas lo rozó, retiró la mano. No podía hacerlo. Daba lo mismo lo lejos que hubiera llegado, no podía levantar el teléfono y pedirle que saliera con ella. Era absurdo. Era una locura. Pero cuanto más miraba esos ojos, esos tentadores labios, recordando lo cerca que habían estado de los suyos, más inevitable era.

Habían compartido un destello, un atisbo de algo que jamás había

soñado que fuera posible esa noche especial y, aunque había terminado mal, no había como un viaje por los recuerdos para recibir una inyección de confianza.

Había utilizado lo que había ocurrido como un catalizador y se había reinventado a sí misma después de esa noche. ¿No sería estupendo mostrarle lo lejos que había llegado, una especie de «Gibson, mira lo que te has perdido»?

Pero era algo más que eso y ahí radicaba el problema. Podía ser falta de confianza, pero sería tonta si creyera que sería completamente inmune a él, incluso después de ocho años.

Daban lo mismo los vestidos de diseño, los cortes de pelo o los zapatos que tuviera, daban lo mismo los eventos que presidiera como una reina, daban lo mismo las reservas que tuviera hechas para el año siguiente, había una parte pequeña e insegura de ella que esperaba que él no le echara ni una mirada y se marchara como había hecho al final de aquella noche.

Normas, necesitaba normas. Normas claras y que evitaran que se hiciera líos. Normas que le dieran una sacudida a su corazón si contemplaba la posibilidad de otra cosa que no fuera utilizarlo como una cita provisional para asistir a la boda.

Tamborileó ausente sobre un documento mientras dudaba de si era sabio llamar en frío a un tipo que una vez le había gustado y pedirle que saliera con ella durante un periodo de tiempo prefijado.

¿Sabio? Más bien una locura, pensó mientras su vista recorría los documentos que tenía delante. Volvió a mirar la fotografía de Bryce. Sabía que podía hacerlo. Era una mujer de negocios de éxito, acostumbrada a seguir procesos y procedimientos hasta el enésimo grado. Y eso sería exactamente salir con Bryce el mes siguiente, un procedimiento para conseguir lo que quería: convencer a sus amigas en la boda de Mattie de que estaba bien y libre de estrés. Podría hacerlo.

Ignorando la bandada de mariposas que tenía en el estómago, se concentró en la invitación de la boda y agarró el teléfono con manos temblorosas.

Ningún momento sería mejor que ése para comprobar si Bryce, con sus ojos hipnotizadores y magnética sonrisa, se apuntaría a la fiesta... en sentido literal.

–Menuda vista, ¿eh?

Bryce dejó de mirar por la ventana de su despacho y se giró hacia su colega Davin. El panorama de Melbourne era fantástico, pero

decididamente menos que la vista de un millón de dólares sobre el puerto de Sidney a la que había renunciado cuando había aceptado su nuevo trabajo en la agencia de publicidad Ballyhoo.

No era un mal acuerdo. Había afrontado la pérdida de las vistas y aceptado la oportunidad. Ballyhoo era importante en el mundo de la publicidad y estaba impaciente por lanzarse al nuevo reto.

–No está mal. Aunque no pasaré mucho tiempo mirando por la ventana con el trabajo que hay.

Indicó la pila de manuales de recursos humanos que había encima de su mesa e hizo la anotación mental de que tenía que empezar a echarles un vistazo, empezando por los marcados como *Lo antes posible.*

–¿Ya te has reunido con Sol?

Bryce sacudió la cabeza y se dejó caer en la butaca.

–Está en Auckland, me ha dicho que nos reuniremos cuando vuelva.

–Bien.

Davin se apoyó en la mesa y abrió la boca para decir algo, pero la volvió a cerrar.

–¿Y?

La incomodidad de Bryce creció cuando Davin, sin mirarle a los ojos, se puso a juguetear con el tarro de los bolígrafos.

–Sabes que somos la agencia número uno de Melbourne, ¿no?

Oh, sí, lo sabía. Solomon Perlman, director general de Ballyhoo, había exaltado las virtudes de la agencia cuando le había ofrecido el puesto. Se había sentido tentado por la cuenta de la delegación de la empresa, por los nuevos retos. Y Sol había acabado de completar su oferta con un salario que habría hecho parpadear al primer ministro.

Trabajar para una empresa tan grande como Ballyhoo dispararía su carrera hasta la estratosfera. Algo para lo que había trabajado los últimos años, algo que se merecía después del duro camino que había recorrido.

–Sí, Sol ha mencionado lo de la primera agencia un par de veces. ¿Adónde quieres llegar?

Davin se movió ligeramente. Su expresión iba de lo furtivo a la pretensión de congraciarse con él. Eso puso su radar en marcha.

–Somos la número uno porque Sol sólo persigue los grandes contratos. No aceptará nada menor.

–Eso ya lo sé.

–Los rumores dicen que te han traído para reorganizar esto. Sol sabe los clientes que tú cortejabas en Sidney. Quiere los mismos resultados aquí, pronto.

–Lleva meses hacer contactos en esta industria. Sol lo sabe.

–Sólo te digo cómo son las cosas. Sol espera resultados y no es un hombre paciente.

–Y me cuentas esto porque...

La avaricia que brilló en los ojos de Davin le dijo, antes de que pronunciara ni una palabra, por qué su nuevo compañero actuaba con tanta camaradería.

–Ahora estamos en el mismo equipo.

Así que cuando él consiguiera las grandes cuentas, Davin también gozaría de gloria. Había visto gente de su clase en Sidney, trabajadores negligentes deseosos de mejorar gracias al trabajo de otros.

–Y hablando de equipo, unos cuantos vamos a salir esta noche a tomar unas copas, ¿te apuntas?

Lo último que le apetecía era hacer vida social con tipos como Davin, pero necesitaba conocer a sus compañeros de trabajo y el modo más rápido era tomar una cerveza.

–Claro.

–Normalmente quedamos en The Elephant and Wheelbarrow sobre las seis.

–Estupendo.

–Hasta luego –Davin saludó con la mano y salió del despacho con una sonrisa presuntuosa.

Bryce se relajó en la butaca, enlazó los dedos y estiró los brazos deseando poder considerar las palabras de Davin como tonterías inútiles. Pero no podía. Ballyhoo era la agencia número uno y acababa de entrar como ejecutivo. Sol esperaría resultados, y rápido.

¿Qué pasaría si no lo conseguía? La duda lo envolvió como una pitón. El fracaso no iba con él. Nunca había ido.

Sonó el teléfono y atendió la llamada.

–Bryce Gibson al habla.

–Bryce, soy Eve Pemberton. La hermana de Tony.

No necesitaba ninguna aclaración. Sabía quién era Eve Pemberton. Lo que quería saber era qué le había hecho a su voz. No había sonado así de dulce de adolescente. Aunque tampoco había hablado mucho con ella. Hasta aquella noche que casi había olvidado.

–Hola, Eve, ¿qué tal? ¡Cuánto tiempo!

–Estoy bien, gracias.

Ella hizo una pausa y su curiosidad se incrementó. ¿Qué querría de él esa Eve de maneras suaves? Sobre todo después de cómo habían acabado las cosas entre ellos.

–Tengo una propuesta de negocios que hacerte. ¿Estás libre para tomar

una copa después del trabajo? –dijo ella.

–La verdad es que no puedo...

La frase murió en sus labios cuando notó el más suave de los suspiros al otro lado de la línea. Se podría pensar que había sido un suspiro de decepción. ¿Por qué? Aparte de Tony, a quien no veía desde que se había ido a vivir a Nueva York años antes, no tenían nada en común.

«La cretina», así la habían llamado algunos chavales a sus espaldas. Por eso había hablado con ella. Sabía lo que era ser el raro del grupo, aunque había hecho todo lo posible para asegurarse de que a él nadie se lo notara.

–¿Qué tal mañana?

No hubo ninguna duda en la punzada de desesperación que había en su dulce tono.

¿La fría, tranquila, distante Eve Pemberton desesperada?

–Una proposición de negocios, ¿no?

Bajó deliberadamente la voz insinuando un tipo diferente de proposición y casi se echó a reír cuando oyó su entrecortada inspiración. Eve no era una mujer con la que debiera flirtear. Lo había intentado una vez y había que ver cómo había resultado.

–Recién llegado a Melbourne, te interesa verme –replicó, y añadió–: No saldrás decepcionado.

Se incorporó bruscamente, golpeó con la rodilla la parte de debajo de la mesa y el auricular se cayó al suelo. Juró en silencio mientras miraba el teléfono como si ella hubiera salido por él y le hubiera retorcido la oreja.

La Eve que había conocido jamás habría sonado así: suave, jadeante, como prometiendo algo. Salvo la noche que Tony había cumplido veintiún años, una noche que deliberadamente había borrado de su memoria. Una noche llena de promesas y terminada en vergüenza.

Volvió a llevarse el auricular a la oreja sabiendo que estaba loco por pensar que en su tono había algo más que educada amabilidad.

–¿Bryce?

Revisó su agenda y tomó una decisión rápida.

–Tengo que hacer acto de presencia en una cosa del trabajo a eso de las seis. ¿Podríamos quedar más tarde?

–¿Qué tal a las siete y media en el Aria, el bar del hotel Langham?

–De acuerdo.

–Estupendo. Nos vemos entonces.

Bryce hizo un chiste para terminar la extraña conversación en un tono ligero y se preguntó si se habría imaginado la desesperación de la voz de la mujer.

–Seguro que no tienes ningún problema para reconocerme –dijo ella en tono poco firme antes de colgar.

Lo dejó mirando al teléfono confuso. Sacudiendo la cabeza apuntó los detalles en su BlackBerry. Eve Pemberton quería hablar de negocios. ¿Pero qué negocio podían tener en común después de tantos años?

# CAPÍTULO 2

HABÍA mentido.

Bryce no sólo tuvo problemas para reconocer a la ágil diosa de largas piernas que entró en el Aria, sino que jamás habría pensado que podía ser Eve Pemberton por la forma de sacudir confiada la brillante cascada de cabello castaño oscuro que le caía sobre los hombros.

La Eve que había conocido jamás había sido segura. Siempre con los hombros hundidos, tras una montaña de libros, subiéndose por la nariz las gruesas gafas mientras mordisqueaba un lápiz.

Las gafas habían desaparecido, lo mismo que los vaqueros holgados, las camisetas enormes y los jerséis que utilizaba como si se tratase de un uniforme.

La recorrió con la mirada, desde los pantalones morado oscuro, hasta los zapatos a juego en dos tonos. Todo de diseño. La clase de ropa que manifestaba el éxito... y que mostraba un cuerpo que jamás habría imaginado ni en sus más salvajes sueños de adolescente.

Recorrió el salón con la mirada y cuando se encontró con la suya, sonrió. Él agitó una mano sorprendido por la sonrisa de ella. Auténtica. Cálida. Deslumbrante.

–Bryce, me alegro de verte.

Le tendió una mano que él estrechó de un modo automático sorprendido por el deseo de saludarla con un beso.

No eran exactamente extraños... no después de las confidencias que habían compartido aquella noche, las mismas confidencias que le habían hecho actuar como un canalla cuando sus colegas se habían reído de su casi beso y él se había reído con ellos.

El recuerdo le avergonzó y, tras una sacudida mental, hizo un gesto elegante para invitarla a sentarse.

–Yo también. Por cierto, estás estupenda.

–Es sorprendente lo que los contactos y la ropa pueden hacerle a una chica, ¿no?

Era más que eso, mucho más. Había algo en ella, un amor propio que no podía ser ni fingido ni artificial, y eso le intrigaba.

¿Qué había pasado los últimos ocho años para convertir a una chica tímida en una mujer elegante y sofisticada, que no tenía escrúpulos en

llamarle para que se reuniera con ella después de tanto tiempo, después de aquella noche?

–Te habría reconocido en cualquier sitio.

Él sonrió con la misma sonrisa que llevaba años utilizando para captar a los clientes y cautivar a las mujeres, mientras hacía un gesto al camarero.

–Ocho años no es tanto tiempo.

Eve alzó las cejas con un gesto de «¿me estás tomando el pelo?». –Ya veo que sigues siendo un embaucador. Se inclinó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas y la miró a los ojos.

–¿Funciona?

Ella se echó a reír. Un sonido suave y dulce que había oído muchas veces la noche de aquella fiesta, cuando había respondido a sus ingeniosas bromas en lugar de ignorarlas como solía hacer.

–No he venido a que me engatusen. Aunque algo de encanto no vendría mal para el trato que quiero proponerte.

–¿Trato?

Si su nueva personalidad no le hubiera intrigado, la palabra «trato» lo habría hecho del todo. No había nada que le gustara más que cerrar tratos.

La llegada del camarero interrumpió la conversación. Bryce aprovechó para recostarse en el respaldo y disfrutar viendo al joven camarero ruborizarse cuando ella, enrollándose un mechón de cabello en el dedo, le pidió agua mineral con gas con un toque de lima.

Eve Pemberton, el tímido ratón de biblioteca, se había metamorfoseado en una mujer chic. Había esperado encontrarse con una Eve con un vestido discreto y una conducta distante, no con ese... ese... ¡bombón!

–Bueno, ¿dónde estábamos?

Se volvió hacia él con los ojos brillantes y, por un momento, olvidó la sorpresa que le había producido su llamada. Olvidó el fascinante trato. Olvidó el abrupto final de la fiesta de Tony y se preguntó cómo sería estar allí sentado si estuviera saliendo con ella.

–El trato que has mencionado...

–Eso es, el trato.

Bebió un sorbo de su dosis de cafeína habitual al salir del trabajo y trató de ignorar la seductora sonrisa que iluminaba los labios de Eve, el intrigante brillo de sus ojos.

Era un experto en interpretar el lenguaje no verbal y, si lo estaba interpretando correctamente, ese trato era algo más que un negocio...

–En realidad, es muy sencillo –ella se inclinó hacia delante y su

sonrisa se desvaneció cuando le clavó la mirada–. Tengo una proposición de negocios que hacerte. Y no creo que la desaproveches.

–Te escucho.

Se puso a juguetear con la servilleta que había al lado de su vaso y, por primera vez desde que la había visto, le pareció menos segura. –He leído que estás en la ciudad trabajando en una agencia de primera.

Asintió ansioso por que fuera al grano. Cuanto antes terminaran con el asunto de negocios, antes podrían pasar a temas más interesantes, como qué había estado haciendo los últimos ocho años, con quién lo había estado haciendo, si aún lo hacía con alguien significativo...

–Ballyhoo. El director general me hizo una oferta que no pude rechazar. –Enhorabuena. El artículo decía que perseguías un gran contrato para demostrar algo. ¿Es cierto?

–Así es como funciona el mundo de la publicidad, sí.

Porque quería ser el mejor. Le encantaba esforzarse, demostrar una y otra vez que era el mejor.

–Bien. En ese caso, ¿te gustaría ser presentado a algunas de las personas más importantes en el mundo de los negocios de Melbourne?

–Sería fantástico –dijo él sin terminar de fiarse.

–Sólo necesito una cosa a cambio.

–¿Qué?

Eve hizo una pausa. Se mordió el labio inferior, un gesto extrañamente erótico que hizo que él se concentrara en sus labios y en lo cerca que había estado de besarlos esa noche de tantos años atrás.

–Necesito que seas mi pareja durante un mes.

# CAPÍTULO 3

BRYCE abrió mucho los ojos y la boca. No podía reprochárselo. No ocurría todos los días que una mujer desesperada disfrazara de propuesta de negocios una proposición semejante.

Se recuperó rápidamente. Era típico de él. Nada había perturbado al joven Bryce, el tipo que recorría los pasillos del instituto como si no le importara nada en el mundo y le diera lo mismo lo que pensasen de él. Se había enfrentado a compañeros y profesores y había sido famoso por sus bromas capaces de reducir a la gente a la mínima expresión en un instante. Lo había evitado por esa razón. Lo bastante insegura para preferir fregar el suelo como Cenicienta en lugar de ir al baile, no necesitaba alguien de lengua tan afilada cerca.

No podía negar que había reparado en él. Alguna vez habían hablado, pero sólo cuando había pasado por su casa. En el instituto, él estaba un curso por delante y era demasiado interesante para ni siquiera reconocer a una boba como ella.

No era capaz de recordar cuándo se había sentido atraída por él por primera vez, pero en algún momento entre que Tony lo había llevado a casa a patinar y el final del instituto, ella había empezado a buscar encuentros breves con él, aunque siempre se retiraba después de una corta charla.

Cuanto más se fijaba él en ella, más se retraía Eve porque no quería que él se diera cuenta de lo insegura que era y lo mucho que él le gustaba. Además, ¿cómo un tipo como él se iba a fijar en una chica como ella, de pantalones holgados y gafas, una empollona?

El veintiún cumpleaños de Tony lo había cambiado todo. Ella había querido dar el primer frágil paso hacia el reconocimiento de su feminidad y cuando él se había acercado a ella, había respondido. Y Bryce había hablado con ella, flirteado, animado su enamoramiento adolescente hasta llegar a un punto en que besarse había sido inevitable.

Casi besarse. Una gran diferencia y otra cosa más de la que se arrepentía de esa noche.

Pero en ese momento no había tiempo para arrepentimientos. Había hecho su aparición diez minutos antes todo lo atractiva que había podido y él casi se había caído de la silla al verla.

–¿Quieres salir conmigo?

Sonrió y su resolución se disolvió mientras echaba mano del bolso lista para salir corriendo. Notó la invitación de boda que había dentro, un recordatorio de por qué estaba allí humillándose de ese modo. Era sólo un mes.

–No, no quiero salir contigo, quiero que seas mi pareja. Hay una diferencia –se relajó y soltó el bolso–. Mi última amiga soltera se casa y necesito una pareja que me acompañe.

–Parece fácil –la sonrisa de Bryce se amplió–. Me halaga que me lo hayas pedido...

–No te hagas ideas raras. Esto es puramente un acuerdo de negocios. Tú me acompañas a algunos actos sociales y a cambio yo te presento a lo más alto del mundo de los negocios de Melbourne. Eso es todo.

Tenía que serlo. No sería tan tonta como para pensar por segunda vez que esa encantadora sonrisa era algo más que una técnica para cautivar, que el brillo de sus ojos color cobalto sería exclusivamente para ella.

Había querido a alguien muy guapo para impresionar a las chicas y Bryce valdría. Mientras no se hiciera ideas raras: como lo divertido que sería salir con él de verdad.

No salía con hombres habitualmente, todo el proceso le parecía tedioso, mortificante incluso. Los tipos se sentían intimidados por su éxito o la utilizaban para llegar a las estrellas para las que organizaba eventos. Había tenido tres relaciones cortas, si dos meses saliendo se podían considerar una relación. Cuando de lo informal se empezaba a pasar al compromiso, huía. No por una fobia al largo plazo, sino porque nunca encontraba al hombre adecuado.

Así que, en lugar de llegar a eso, prefería una noche tranquila de charla insustancial con tipos seguros de sí mismos y ansiosos por causar una impresión falsa.

Pero, con la proximidad de la boda de Mattie, no podía dejar de pensar que se estaba perdiendo algo, que estar soltera y tener éxito no era todo lo que se podía ser.

Bryce bebió un sorbo de café, un sorbo largo pensado para hacerla esperar y disparar su ansiedad. Ella se angustió, preguntándose si no debería haberse quedado con alguno de los candidatos de Internet. Bryce dejó la taza en la mesa y se recostó en el asiento como si le propusieran cosas así todos los días.

–Dime algo más de esos contactos de negocios.

Eso sí podía afrontarlo: algo frío, puros datos.

–Habrás oído hablar de Hot Pursuit.

–¿La mayor empresa deportiva de Australia?

–Ésa misma –hizo una pausa para conseguir un efecto dramático–. Conozco a Angus Kilbride bastante bien. Es el novio. Así que supongo que podría presentártelo en la cena anterior a la boda, un «enhorabuena» en la boda, una cerveza o dos en la barbacoa informal tras la boda y una partida amistosa de póquer la noche que veamos el vídeo de la ceremonia... –chasqueó los dedos–. Mi amiga Linda está casada con Anton Schultz, de los joyeros alemanes Anton. Y el marido de otra amiga, Carol, es Duane Boag, de la mayor cadena de inmobiliarias de Australia.

No le habría sorprendido ver el signo del dólar en sus ojos, pero Bryce tenía clase y la siguió mirando sin pestañear, como si tratara de averiguar los motivos reales de sus proposición. Apartó la vista.

–Unos contactos impresionantes –se encogió de hombros–. Seré sincero contigo. Podría conseguir que me presentaran a gente de ese calibre.

–¿Pero?

–Me pregunto por qué me lo has pedido a mí. Una mujer como tú tiene que poder elegir pareja. ¿Por qué yo?

–¿Creerías que es el destino? –preguntó secretamente emocionada porque pensara que podía atraer a cualquier tipo que quisiera.

–No.

–Lo ha sido. Estaba trabajando conectada a Internet cuando ha entrado un artículo sobre ti y cuando he visto que estabas en la ciudad... –no terminó la frase con la esperanza de que se creyera la pequeña mentira.

–Te di pena. Ya, lo comprendo. La punzada de amargura de su voz le sorprendió, pero antes de que pudiera decir nada, añadió:

–También estoy intrigado. Y podría hacer algún contacto más en la ciudad, así que parece que has conseguido tu trato.

–¡Estupendo!

¿Se podía ser más patética? Agradecer que alguien accediera a salir con ella era una cosa, casi saltar y agitar un puño en el aire era otra.

–Sin embargo, aún no comprendo por qué tienes que pedírmelo a mí.

–Soy una mujer de negocios, muy ocupada. Dirijo mi propia empresa organizadora de eventos, así que me gano la vida haciendo vida social, día y noche –bebió un sorbo de su bebida–. El poco tiempo libre que me queda lo paso en casa. Básicamente, no tengo mucho tiempo para compartir –de pronto se le ocurrió un pensamiento horrible–. Lo siento. No te he preguntado si estás saliendo con alguien...

Bryce agitó una mano sin anillos delante de ella y dijo:

–No tengo ningún compromiso. Ni esposa, ni novia.

Se inclinó hacia delante y le hizo un gesto con un dedo para que se acercara a él. A esa distancia, podía ver las motas verdes que había en sus ojos y la sombra de la barba después de todo el día.

–Te contaré un pequeño secreto. No habría accedido a salir contigo si hubiera estado con alguien. ¿Qué clase de tipo crees que soy?

El guiño que le hizo, añadido a su encanto, provocó que tuviera que respirar hondo en busca de oxígeno. El penetrante aroma a café recién hecho y lima inundó sus sentidos, haciendo que deseara agarrarlo y hundir la nariz en su pecho.

–Por si luego hay dudas, no contestaré a eso. Bryce se echó a reír y se apoyó en el respaldo interrumpiendo así el gesto íntimo. –Bueno, ¿cómo está Tony? No sé nada de él desde hace años.

–Está bien. Tomando al asalto Wall Street.

–¿Sigue en la banca mercantil?

–Sí, hace años que no viene a Australia. Me sorprende que no hayáis seguido en contacto.

–Los hombres solemos tender a separarnos. Empezamos a movernos en ambientes diferentes después del instituto.

Pero había estado en aquel cumpleaños de Tony, así que no habían perdido el contacto por completo. Esa noche estaba grabada en su cerebro. Se había sentido extraña y fuera de lugar con su elegante vestido nuevo, el único vestido que tenía, una prenda de tafetán azul que hacía frufrú cuando se movía. Mientras, Bryce se había pavoneado por la fiesta con una sonrisa engreída como si fuera el dueño de la casa.

Y así había sido. Había sido el alma de la fiesta, había hablado y reído la primera hora entera mientras ella había permanecido en la sombra deseando que un tipo así se fijara en una chica como ella.

Y por alguna inexplicable razón, ese deseo se había hecho realidad. La había descubierto en una esquina del salón, cerca de la terraza de las modernas instalaciones del Albert Park que Tony había alquilado para la fiesta, y la había seguido.

La siguiente hora habían hablado, reído y bromeado, y ella se había sentido viva por sus atenciones. Nunca, antes se había sentido así. Le sorprendía que algunos cambios menores en su aspecto como las lentes de contacto, el vestido nuevo, el lápiz de labios y los zapatos de tacón, pudieran darle la fuerza para flirtear con alguien como Bryce.

Incluso después de lo que había pasado más tarde, jamás había olvidado esa sensación, lo bien que se había sentido, y había estado

desesperada por repetirla. Se había reinventado a sí misma después de esa noche y no había vuelto a mirar atrás.

–La ultima vez que lo vi fue en el cumpleaños –recorrió su traje con la vista haciendo que ella se estremeciera–. A ti también, ¿te acuerdas?

Oh, sí, se acordaba de cada minúsculo detalle, desde los vaqueros desteñidos que llevaba él hasta la chaqueta de aviador que le había echado por los hombros cuando se había estremecido más por su atención que por el frío.

Recordó estar apoyados en la barandilla de la terraza contemplando la asombrosa vista, las luces que se reflejaban en el estanque del Albert Park y Melbourne al fondo. Él detrás de ella, muy cerca, su cuerpo rozando el de ella, hasta que la había rodeado con los brazos, le había dado la vuelta y...

Parpadeó en un intento desesperado de bloquear el recuerdo que iba a continuación.

Bryce sonrió, alargó una mano y le puso un dedo en la barbilla para levantarle la cara.

–Tenemos que hablar de lo que pasó esa noche.

No podía moverse, no podía apartar la vista, atrapada en el calor de su mirada. ¿Cómo iba a mantener las cosas estrictamente en términos platónicos, si reaccionaba como una colegiala en cuanto dirigía su encanto hacia ella?

Y lo haría, no tenía ninguna duda. El encanto era algo natural en Bryce y no significaba nada. Le había visto ejercitarlo a voluntad de adolescente, había visto a chicas literalmente apoyadas en la pared porque no les sostenían las rodillas cuando él había pasado pavoneándose.

Ella no. Ella había sido más inteligente, había ocultado sus reacciones tras la frialdad; aunque eso había sido poco eficaz a la hora de detenerlo. Ella había sido un cerebrito, jamás podría explicar su aberrante reacción a un tipo bastante simple y coqueto. Hasta que se había dado cuenta de una cosa: no todo tenía una explicación lógica y, con alguien como Bryce, su reacción había sido instintiva, hormonal, visceral. Nada más.

Forzó una carcajada, inclinó la cabeza y miró el reloj.

–Me gustaría quedarme a hablar de los viejos tiempos, pero tengo trabajo.

–Bien –dijo él en un tono que le dejó con la duda de si se había creído su excusa para marcharse–. ¿Qué tal si fijamos otra cita para ponernos al día?

–¿Ponernos al día?

–Si quieres que tus amigas crean que estamos saliendo, supongo que

tendremos que vernos otra vez antes de la primera aparición para hacer que nuestras historias coincidan. Practicar el hacer de tortolitos y esas cosas...

Su expresión de horror debió de ser muy evidente, porque él se echó a reír y le acarició una mano.

–Tranquila, estoy de broma. Pero tenemos que hablar porque nos van a hacer las preguntas básicas sobre dónde nos conocimos, si fue amor a primera vista y cosas así.

–Tienes razón.

Había pretendido que ese encuentro fuera para eso, pero había enturbiado sus sentidos con su potente presencia.

–¿Puedo llamarte? Estoy hasta el cuello de eventos en este momento.

–Sin problema.

La agarró de un codo cuando se levantó y ese inocente roce hizo que un estremecimiento le recorriera el cuerpo. Para él era fácil decirlo. Sin problema...

# CAPÍTULO 4

BRYCE trataba de concentrarse en el monótono discurso de Sol, pero su cabeza seguía dándole vueltas a su encuentro con Eve.

Le había dado infinidad de vueltas y aún no lo entendía. Se había creído su historia de que no tenía tiempo para citas y esperaba que aquello fuera sólo un negocio, pero ahí era donde aparecía la confusión. Había dicho que se ganaba la vida haciendo vida social, así que conocería a un montón de tipos desde un punto de vista platónico, ¿por qué no le había pedido a ninguno de ellos que fuera su pareja?

Y ¿por qué a él?, sobre todo después de cómo habían acabado las cosas en la fiesta. Ella ni siquiera podía aún hablar de ello, pero le había propuesto un arreglo conveniente, que él había estado más que feliz de aceptar. Aunque Eve estuviera con la cantinela del trato de negocios, sabía que había algo más. Y tenía intención de averiguarlo.

–¿Bryce? ¿Cómo estás de nuevos clientes?

Volvió a dedicar su atención a la reunión y sacó una minuciosa lista del maletín. Sus compañeros de Sidney le habían puesto el sobrenombre de «El rey de la lista». No le importaba. Siempre había trabajado así, las listas ayudaban a organizarse, priorizar y concentrarse, y eso le mantenía en lo más alto, donde quería estar.

–He hecho una lista de contactos que estoy en proceso de entablar.

–¿Quiénes?

–Angus Kilbride. Anton Schultz. Duane Boag. Para empezar. –Una lista impresionante. ¿No hay un rumor de que el contrato de Hot Pursuit estará libre pronto?

–No es un rumor, es un hecho –intervino Davin–. Uno de sus mejores jugadores de la temporada pasada se ha marchado y no ha sido muy discreto con la información.

–Bien –dijo Sol volviendo su mirada de depredador hacia Bryce–. Si Kilbride está al principio de tu lista, asegúrate el contrato de Hot Pursuit.

–Lo haré. Y lo haría. El fracaso no era una opción, allí no, en ese momento no. Nunca. –Y para los demás –dijo Sol–: quiero ver resultados la semana que viene.

Dio un golpe en la mesa mientras Bryce suavizaba la sonrisa. Estaba acostumbrado al dramatismo del mundo de la publicidad.

–Quiero que cada uno de vosotros traiga a la mesa un cliente nuevo la semana próxima. Bryce, tú tienes un mes porque eres nuevo en la ciudad y apuntas alto. Así que, a trabajar.

¿Un mes? Había pescado su pez más gordo en Sidney en una quincena. Pero quién sabía, quizá las cosas funcionaban de otra manera en Melbourne. ¿Serían más difíciles de romper las redes de trabajo? Ahí era donde entraba Eve.

–¿De verdad crees que puedes hacerte con Hot Pursuit?

Mientras metía los papeles en el maletín, alzó la vista y miró a Davin. Asintió.

–Si no, no lo habría dicho.

El brillo del cálculo jamás abandonaba del todo los ojos de Davin.

–Si necesitas que te eche una mano, no dudes en pedírmelo.

–Lo tendré en cuenta –dijo por decir algo.

Miró ostensiblemente el reloj, recogió sus cosas, se despidió de Davin con un gesto de la mano y se dirigió a la puerta. Ya que había terminado esa reunión, tenía otra a la que asistir. Otra que prometía ser mucho más divertida.

Eve levantó la tapa. Inhaló el delicioso aroma del cordero marroquí hecho a fuego lento. Murmurando algo entre dientes, echó un generoso puñado de cilantro por encima y bajó el fuego al mínimo.

No debería haberse metido en todo ese lío, pero estaba nerviosa y cuando estaba nerviosa, cocinaba. Otra gente hacía deporte, daba largos paseos o se medicaba, ella cocinaba.

Había afrontado el instituto cocinando.

Se había enfrentado cocinando a la muerte de su padre cuando tenía dieciocho años.

Cocinar era terapéutico. Era relajante. Pero al mirar a su alrededor en la cocina, el cuscús remojado en limón, las verduras rehogadas y las alcachofas a la parrilla, los *zucchini* y los tomates, supo que había habido poca relajación y mucho estrés implicados en la receta a la que se había lanzado.

Buscó su vaso de vino y bebió un saludable sorbo. Estaba demasiado cansada para saborear el divino Clare Valley Shiraz.

Él llegaría en cualquier momento. Una sola boda más y ya no tendría que fingir en otra ceremonia.

La mayor parte del tiempo se sentía feliz soltera, pero había algo en

esa boda, algo en Mattie uniéndose a sus otras amigas en la felicidad conyugal que le molestaba.

Aunque le encantaba salir con sus mejores amigas y sus hombres, la presión constante de ser la única sin pareja y estar rodeada de felicidad conyugal le hacía sentirse como una tercera rueda la mayor parte del tiempo. Y un poco triste, si tenía que ser sincera.

Con un poco de suerte, aparecer con Bryce al lado le daría la excusa perfecta para mendigar unas pocas reuniones después de que el arroz de la boda se hubiera asentado.

Una vez que hubiera sobrevivido al siguiente mes y a todos los eventos relacionados con la boda, podría volver a dedicarse a lo que mejor se le daba: trabajar. Y relajarse a su modo, en su casa, sin la expectativa de tener que hacer vida social para encontrar una pareja.

No podía confiar en la gente. Lo había aprendido de la peor de las maneras. Su negocio, su casa eran algo estable, y le gustaba que fuera así.

Llamaron a la puerta y se bebió lo que quedaba del Shiraz en el vaso, miró por última vez su reflejo en la puerta del horno y recorrió a un paso deliberadamente lento el pasillo.

Abrió la puerta y dedicó a Bryce la sonrisa de seguridad que había pasado semanas practicando cuando había abierto su negocio, Soirée. Dado que Bryce la miraba como si fuese una diosa de la belleza, era lo menos que se merecía.

–Esto es para ti.

Le tendió un ramo de hermosas gerberas. Nada de las manidas rosas por parte del señor Encantador.

–Gracias, pero no tenías por qué hacerlo.

–Pero lo he hecho. Estoy practicando mi papel de pareja –traspasó el umbral.

–Buena idea, pasa.

–Algo huele estupendamente.

–Espero que tengas hambre –dijo ella sonriendo.

Con la cantidad de cena que había preparado, podría haber servido la comida de algunos de los eventos que organizaba Soirée para el Ayuntamiento. Entró en la cocina y se acercó al fuego sabiendo el preciso instante en que él entró tras ella.

–Qué de...

Se dio la vuelta y se echó a reír al ver la expresión de asombro. Le hizo un gesto para que se sentara en el banco que ocupaba el centro de la estancia.

–¿Esperamos compañía?

Eve sacudió la cabeza y dejó hervir un minuto más el *tagine* antes de apagar el fuego.

–Me gusta la cocina. Es relajante.

–La de gourmet, por lo que veo.

Tomó un trozo de verdura cruda y lo mojó en su salsa especial de salmón ahumado y Camenbert antes de llevárselo a la boca. Su expresión de satisfacción hinchó su corazón de chef.

Con mano temblorosa llenó una copa de vino para él y se sirvió otra para ella.

–Esto está fantástico.

–Prueba de esto también.

Le colocó bajo la nariz una bandeja de *samosas* al curry. Encantado, se metió tres en la boca en rápida sucesión. Eve estaba feliz de que se comiera el contenido de toda la encimera si eso le mantenía callado.

Aunque eso era una tontería si se pensaba que tenían que preparar la historia que le contarían a Linda, Carol y Mattie y tenía que parecer real. Pero tenerlo en casa la había alterado más de lo que había anticipado.

Su casa era su santuario, el único lugar donde podía aislarse del mundo y ser ella misma. Su máscara de seguridad caía en cuanto se quitaba las lentes de contacto y se limpiaba el maquillaje. Se relajaba al instante, se quitaba la ropa de diseño y se ponía unos vaqueros desteñidos y una camiseta vieja.

Había pasado años construyendo una personalidad profesional para ocultar a la chica insegura que había sido, pero en cuanto atravesaba la puerta recuperaba su antigua piel. Allí era donde se sentía más cómoda que en ningún otro sitio.

Con la copa en la mano hizo un gesto en dirección al jardín.

–¿Quieres sentarte un rato fuera o te mueres de hambre?

–Después de las cositas esas que me he comido –se dio una palmada en el estómago–, mejor nos sentamos fuera.

Salieron al jardín.

–Has cambiado.

Las suaves palabras de él quedaron vibrando en el aire hasta que Eve consiguió alzar la vista y mirarlo a los ojos. Encontró en ellos un brillo de deseo que reflejaba el suyo.

–Supongo que ya no soy una cretina, ¿no?

Tras ocultar su gesto de sorpresa con una sonrisa, dijo: –Los niños pueden ser muy crueles. Oh, sí, ella lo sabía de primera mano. –Era una cretina. Los chicos sólo describían lo que veían.

–Yo nunca te llamé así.

–Lo que no soy capaz de saber es por qué.

–Sé que no quieres hablar de eso, pero tenemos que hacerlo. –Lo que sucedió esa noche es irrelevante. –No pienso así. Esa noche fui un imbécil. Algo oscuro, casi doloroso apareció en sus ojos.

Algo que no era acorde con el engreído muchacho que había atraído la atención sin intentarlo, que no cuadraba con el hombre seguro y poderoso que era.

–La mayor parte del tiempo, no.

–Cuando más contaba.

Su imponente mirada se clavó en la de ella rogándole que recordara. Necesitó poco para recordar cuando los ojos bajaron a sus labios, haciendo que reviviera el momento exacto de la velada en que todo se echó a perder... el segundo antes de que sus labios se rozaran.

–No te tortures. Casi nos besamos y... Entonces nos vieron tus colegas, se rieron de ti y tú dijiste que no significaba nada –lo empujó suavemente hacia la mesa del patio–. Tenías razón, no significaba nada. Y ahora siéntate que voy a sacar unos entremeses.

Por el brillo decidido que vio en sus ojos, era evidente que quería seguir con el tema, hablar de que ella le había quitado importancia a lo sucedido, pero a Eve no le apetecía hablar de eso.

–Incluso aunque no hubiera sido así...

–Vuelvo en un segundo.

Eve desapareció.

Bryce la dejó ir a pesar de su urgencia por... ¿qué?

¿Dejarle claro que había sido un patán aquella noche? ¿Encenderla para que vertiera sobre él una buena dosis de ira merecida? ¿Hacerle reconocer que aquella noche había sido fantástica hasta que él lo había echado todo a perder? ¿Qué iba a hacer... importunarla en su propia casa?

Desde la pila de libros de cocina extendidos por la bonita cocina hasta el jardín de casa de campo inglesa lleno de flores silvestres que tenía delante, todo sugería que le dedicaba tiempo a su casa.

Siempre había sido hogareña. Había llenado la casa de su infancia con jarrones de violetas y había hecho la mayoría de la comida para su padre y Tony. Su madre había muerto cuando eran muy pequeños y, aunque Tony nunca había hablado de ello, se preguntaba si ésa sería la razón que se ocultaba tras la personalidad protectora de Eve. Tras su necesidad de convertir en un hogar una simple casa.

La puerta mosquitera gimió cuando ella la empujó cargada de cosas.

Se levantó a ayudar, pero no antes de recorrer con la mirada sus apreciables nalgas, envueltas en tela vaquera y la tentadora piel bronceada de la cintura que la blusa, que se levantó ligeramente cuando empujó la puerta con un codo, dejó ver.

Siempre había sido delgada, atlética, pero la Eve madura había rellenado las partes precisas de su cuerpo y lo había convertido en algo suave y femenino, algo que deseaba recorrer con sus manos.

–Deja que te ayude.

–Gracias.

Le tendió una bandeja llena de volovanes y sonrió agradecida, una sonrisa tímida que no encajaba con el aire de mujer segura de sí misma que había transmitido en su entrevista en el bar.

Admiraba a la exitosa mujer de negocios en que se había convertido. Una búsqueda en Google le había dado la clave sobre la magnitud de su éxito, pero prefería la versión doméstica.

Él, que sólo salía con modelos y actrices de teleseries, que no había disfrutado jamás de una cena casera, que no le gustaban las casas porque pedían a gritos que se las llenara de niños ruidosos, ¿se sentía atraído por una mujer tan conectada con su hogar? El aire limpio de Melbourne tenía que estarle afectando.

Se sentó frente él.

–Aparentemente nuestro pasado está fuera de los límites; hablemos de nuestro trato –concedió él–. ¿Cómo quieres que haga de pareja? ¿Quieres que tus amigas piensen que ya salíamos de vez en cuando o que soy el nuevo amor de tu vida?

–No salíamos, así que mejor ciñámonos a la verdad.

–Que es... ¿Que soy tu nuevo hombre y que no puedes mantener las manos alejadas de mí?

Sonrió y se llevó a la boca unas verduras, disfrutando del rubor que había cubierto las mejillas de Eve.

–Hablando de eso... –ella se ruborizó aún más y casi tiró la mitad del vino–. Deberemos darnos la mano, agarrarnos de la cintura y esa clase de cosas que harán que esto parezca auténtico. Espero que no te importe.

¿Importarle? ¿Estaba de broma? A la primera oportunidad que tuviera le pasaría un brazo por la cintura y se pegaría a ella. Si se ruborizaba sólo con hablar de ello, se moría de ganas por ver cómo reaccionaría cuando lo hiciera de verdad.

Mordiéndose la mejilla por dentro para evitar reírse, preguntó:

–¿Y besarnos?

–Nada de besos.

Se metió en la boca una *samosa*, la masticó frenética y se la tragó en menos de un segundo.

–Las parejas se besan constantemente. Añadiría autenticidad a tu plan. Quieres que crean que salimos de verdad, ¿no? –insistió él.

Murmuró algo que definitivamente no era propio de una dama antes de dedicarle una sonrisa temblorosa que le hizo desear saltar por encima de la mesa y abrazarla.

–Tomemos las cosas como vengan, ¿vale?

Con la sonrisa de la victoria en los labios, Bryce asintió antes de inclinarse y tomarle la mano. Se le aceleró el pulso cuando ella se humedeció los labios.

–No tienes que preocuparte. Voy a ser una pareja modélica.

Por lo que vio en sus expresivos ojos castaños, de eso precisamente era de lo que tenía miedo.

# CAPÍTULO 5

EVE había sabido que invitar a Bryce a su casa sería una mala idea, pero lo había hecho de todos modos. Era una locura, si tenía en cuenta que cada movimiento que hacía en el mundo de los negocios estaba calculado al milímetro. No había convertido a Soirée en la compañía número uno en organización de eventos sin algunas decisiones sonadas, incluido su cambio de imagen. Había contratado a un asesor de imagen, un artista del maquillaje, peluqueros de las estrellas, incluso había pasado una temporada en una escuela de protocolo para mejorar su postura. Todo para proyectar la imagen que quería: una serena mujer de negocios segura de sí misma, en la cima. Entonces, ¿de dónde salía esa sensación de confusión que tenía desde que se había acercado a Bryce para que fuera su cita soñada?

Al verle llevarse a la boca el último bocado de su crema tostada de pistacho con miel, notar el suspiro de satisfacción que se escapaba de sus labios y la expresión de placer que se extendía por su rostro, tuvo la respuesta.

Al mirar esos ojos color índigo, esos labios con una sonrisa permanente y el encantador hoyuelo que se le formaba en la mejilla derecha, ¿qué posibilidades tenía nadie de pensar con claridad?

Bryce sonrió dándose palmadas en el estómago mientras se separaba de la mesa. –Puedo afirmar categóricamente que nunca he comido mejor.

–Me cuesta creerlo, considerando que los ejecutivos de alto nivel como tú suelen cenar con sus clientes en establecimientos de cinco estrellas.

–Y aun así digo que ésta es la mejor cena que he tomado jamás.

–A ver si me aclaro. ¿Un sencillo *tagine* de cordero con zanahorias, un poco de cuscús y un postre bien dulce provoca eso en ti?

Al terminar la frase supo que había dicho lo que no debía. Sus ojos se oscurecieron y el destello de su sonrisa fue reemplazado por algo más seductor.

–No tienes ni idea de lo que provoca en mí –murmuró buscando su rostro para... ¿qué? ¿Que le diera la razón?–. Pero supongo que, como vamos a salir un mes, lo descubrirás por ti misma.

Empezó a recoger todo a una velocidad récord. Él la agarró de un brazo.

–Déjalo. Después de una cena así, lo menos que puedo hacer es quitar la mesa y fregar los platos.

–Vale, pero no friegues. Dales un aclarado y mételos en el lavavajillas. Lo enciendo luego.

Se soltó el brazo intentando establecer alguna distancia entre los dos.

En su mente se abrieron botellas de champán y se desplegaron pancartas en las que podía leerse: *¡Sorpresa! ¡Eve Pemberton aún está monstruosamente loca por Bryce Gibson!*

–Quédate sentada, vuelvo en un minuto.

Lo observó recoger los platos y apilarlos con los cubiertos encima del todo. No pudo evitar observar sus fuertes antebrazos salpicados de un vello negro, los dedos largos y elegantes y el modo seguro en que manejaba su preciada loza. Alzó un poco más la vista y vio que el polo se tensaba sobre los anchos hombros cuando se inclinaba sobre la mesa y la flexión de los bíceps al incorporarse.

Definitivamente tenía sus ventajas que quitara la mesa él. Bryce Gibson era guapo de verdad. No sólo era agradable en un sentido físico. El tiempo que habían compartido esa noche demostraba que le había juzgado mal unos años antes.

Quizá había estado intentando encajar en el grupo de los elegidos, quizá había asuntos que ella desconocía, quizá simplemente había crecido, como la mayoría de los jóvenes, pero el hombre al que había etiquetado de imbécil al final de la fiesta de Tony, se había convertido en alguien encantador, adorable y completamente irresistible.

–Debes de estar pensando algo realmente agradable para tener esa sonrisa.

Lo miró sentarse frente a ella.

–No quieras saberlo.

Incapaz de hacer otra cosa que devolverle su encantadora sonrisa, se preguntó por qué le hacía sentirse tan inepta. Como si no hubiera manejado a tipos que coqueteaban con ella antes. Pero Bryce podía debilitarla con un destello de sus blancos dientes bajo la curva de esos sensuales labios.

Se colocó las manos enlazadas detrás de la cabeza y dijo:

–Ah, ya lo veo, estás pensando en que voy a ser una gran pareja.

Trató de contener la risa, pero fracasó.

–No te lo reprocho, soy irresistible.

Dado que acababa de reproducir sus pensamientos, no le llevó la

contraria. Pero no podía permitir que supiera lo mucho que aún le afectaba, lo mucho que le gustaba, lo mucho que deseaba que salieran de verdad. Así que, cuanto antes hablaran de las condiciones de esa relación fingida, antes podría sacarlo por la puerta y tratar de borrar de su mente la imagen de esos enigmáticos ojos y ese profundo hoyuelo.

–Y modesto –comentó ella–. Hablemos de nuestras próximas apariciones antes de que pierda la cabeza por completo por tu sobrecogedora presencia masculina.

–¿Te ríes de mí? –Sólo un poco –dijo haciendo un gesto con el pulgar y el índice.

Sus ojos brillaron de felicidad mientras Bryce tendía una mano y le agarraba los dedos, haciendo al instante que se derritiera.

–Bromear es bueno –murmuró él con voz ronca y sensual–. Bromear es lo que hacen las parejas que salen, así que no vendrá mal un poco de práctica.

Deslizó la mano fuera de la de él con el pretexto de beber agua, y acabó bebiéndose el vaso entero desesperada por apagar el incendio que ardía dentro de ella.

Aquello no iba a funcionar, pero ya no podía echarse atrás. Había hablado con Mattie esa tarde y había dejado caer sutilmente que a lo mejor iba con un primo tercero a la cena de ensayo de la boda, así que no había podido reprimirse y le había dicho la verdad sobre Bryce.

Bueno, una versión adulterada de la verdad: que había conocido a alguien, que estaban saliendo y que la acompañaría a todas las celebraciones relacionadas con la boda.

Mattie había dicho «oh» y «ah» y Eve sabía que, según había colgado ella, había llamado a sus amigas para darles la noticia. Las otras dos amigas habían llamado a su móvil apenas media hora después, pero había dejado que saltara el buzón de voz. Se hallaba demasiado ocupada en la cocina y ya estaba suficientemente nerviosa por la inminente llegada de Bryce.

Adoraba a sus amigas, pero se convertían en una vía de dirección única en lo referente a bodas y finales felices... rozaban el mote que le habían puesto a ella en el instituto.

–¿Te lleno el vaso? –preguntó él con la jarra de agua en la mano.

–No, gracias. Preferiría hablar de nuestro acuerdo.

–Perfecto, vamos a los negocios.

Sacó una libreta y un bolígrafo del bolsillo y dibujó un casillero.

–¿Vas a tomar notas?

–Quiero asegurarme de que me quedo con todos los detalles –suavizó un poco el gesto al mirarla–. Quieres convencer a tus amigas, ¿no? Pues tengo que asegurarme de que recuerdo los detalles –hizo una pausa–. Has mencionado que tendré que asistir a varias celebraciones; ¿qué te parece si me pones un poco al día sobre la trayectoria de tus amigas?

–Mattie es la novia. Es auxiliar de vuelo, y ahí conoció a A.J.

–¿Angus Kilbride es A.J.?

–Angus James Kilbride. Todo el mundo le llama A.J.

–Bien. ¿Y tus otras amigas?

–Carol está casada con Duane Boag, de quien habrás oído hablar. Es la mayor cadena de agencias inmobiliarias del país. Y el chico de Linda es Anton Schultz, el rey de la joyería. Ella es publicista y Carol escribe textos publicitarios. Las nenas son lo mejor.

–¿Nenas? –alzó una ceja y Eve se echó a reír.

–Las llamo las nenas nupciales. Desde que Linda subió al altar han estado obsesionadas con las bodas. He sido dama de honor de todas y, por suerte, ésta es la última vez.

Esperó a que él escribiera «siempre dama de honor, nunca novia», pero no lo hizo.

–No habías mencionado que serías dama de honor.

–Típico de las nenas. A nadie de nuestro círculo se la libera de obligaciones tales como llevar un espantoso vestido de satén, soportar sesiones de peluquería con Eduardo Manostijeras y que le saquen brillo y la bronceen con un aerosol.

–Suena horrible –Bryce hizo una mueca.

–¡No te imaginas ni la mitad!

Los dos se rieron.

–Así que si están obsesionadas con las bodas... eso incluye también emparejarte, ¿no?

Eve asintió recordando al instante embarazosos encuentros «casuales» con «amigos adecuados» en las cenas de casa de Linda; a Carol rogándole que la acompañara a celebraciones del trabajo para descubrir después a un colega desesperado que «tenía» que conocer; y Mattie organizándole una cita a ciegas con un piloto que se había pasado bostezando toda la cena... que por suerte había sido corta.

–Parece que no pueden entender que estoy bien como estoy, feliz con mi trabajo y que no necesito a nadie con quien compartir mi vida.

Con un guiño juguetón y una sonrisa que hacía peligrar sus sentidos, Bryce dijo: –Por eso no has elegido a cualquier tipo para impresionarlas, me has elegido a mí.

–Que no se te inflame el ego –agitó un dedo delante de él–. Apareciste en la pantalla de mi ordenador en el momento oportuno.

–¿Estabas buscando una cita en la red?

–Sí –dijo un poco avergonzada–, pensé que sería rápido y fácil. Te registras en uno de esos sitios de contactos con todos esos tipos a un solo clic y eliges uno. Utilizo todos los días la red para el trabajo, así que no podía ser muy complicado.

–¿Y qué pasó?

–¿Sinceramente? He tenido unas cuantas citas y nada. Los tipos de esos sitios son todos iguales, como si hubieran ensayado las respuestas para ser elegidos.

–Déjame adivinar –Bryce hizo una mueca–: paseos por la playa, cenas agradables. Fines de semana de turismo rural.

–¿Cómo sabes...?

–Llevé una campaña de una de las páginas más grandes de Sidney. Hice una investigación concienzuda. –Seguro que lo fue. Los dos se rieron. Aún quedaban vestigios de lo que fue camaradería y una noche fabulosa en la que ella había conseguido captar su atención durante un momento demasiado breve.

Ocho años eran mucho tiempo y no había esperado que él le gustase tanto. No esperaba quedar cegada por su encanto, impresionada por su calidez y trato amistoso otra vez.

Bryce era algo más. Las nenas quedarían alucinadas... pero ¿qué pasaría si ella también? ¿Qué pasaría entonces?

# CAPÍTULO 6

COMPOSTURA. Plan. Precisión.

Las palabras que había leído en un manual de autoayuda resonaban en la cabeza de Eve mientras abría el armario y recorría con la mano la ropa colgada, ordenada por colores y temporada.

Para mantener la compostura en la cena y hacer una gran entrada con Bryce, necesitaba un plan, un sólido plan que seguir con precisión.

Al mismo tiempo, el plan de volver loco a Bryce y disparar su seguridad en sí misma con un vestido fabuloso la atraía... cada vez más, pero no tenía la clase de vestido que necesitaba.

Con un suspiro de decepción, descolgó una percha y mantuvo su último vestido negro a la distancia de un brazo. Por la rodilla, a medida, escote en V, suelto y luego ceñido en los sitios adecuados.

Pero no era de K.O. y volvió a dejarlo en el armario. Cerró la puerta. Miró el reloj y gruñó cuando se dio cuenta de que era demasiado tarde para hacer una escapada a Chapel Street antes de que cerraran las tiendas.

Frustrada con su fondo de armario, se dio la vuelta y su mirada se detuvo en el ordenador portátil en que había estado trabajando un momento antes.

–Estúpida –musitó dejándose caer bocabajo sobre la cama y acercando el ordenador para hacer una búsqueda por las webs de los diseñadores australianos y las tiendas de ropa en línea.

Si había encontrado al hombre perfecto a través de la red, seguro que encontraría el vestido perfecto en el mismo sitio.

Una oleada de excitación la recorrió al visitar las diferentes páginas. Vio algunos vestidos impresionantes, pero no el vestido que buscaba. Hasta que sus ojos cayeron en el sitio de un diseñador nuevo de nombre impronunciable y dio un salto, se cubrió los ojos con una mano demasiado asustada para volver a mirar, por si la imagen que había visto había sido una creación de su imaginación.

Separó los dedos un centímetro, miró y gritó de emoción. Ése era el vestido.

Dio una palmada de alegría, saltó de la cama y bailó un poco antes de mirar el precio, que tampoco le preocupaba especialmente. Trabajaba mucho, se merecía el vestido más maravilloso del planeta.

En la pantalla del ordenador, el vestido brillaba y hacía que deseara acariciar el tejido con los dedos. Tenía que tenerlo.

Volvió a dejarse caer en la cama y con dedos temblorosos lo encargó con entrega inmediata.

Llegaría al día siguiente. Al día siguiente tendría el vestido.

Al día siguiente por la noche tendría al hombre. ¿Desde cuándo su vida era así de emocionante?

–¿Ninguna palabra de ánimo de último minuto antes de impresionar a tus amigas?

–Me alegro de ver que no careces de seguridad en ti mismo –dijo Eve con una sonrisa trémula.

Bryce le dio una palmada en la mano, se la colocó en el brazo y guiñó un ojo.

–Con una mujer guapa de mi brazo, claro que me siento seguro.

Meterse en la rutina asumiendo un papel, eso era lo que hacía él, aunque la mirada que le había dedicado y su tacto le hacían pensar locuras.

–Bueno, repasemos nuestra historia. Cómo nos conocimos y esa clase de cosas, cómo...

–Tranquilidad.

Le acarició la mejilla con el dorso de la mano, una caricia suave que hizo que su estómago se precipitara en caída libre y se llevara con él todo su valor.

¿Tranquilidad? ¿Ese tipo estaba loco? ¿Cómo podía cualquier mujer estar tranquila con alguien tan atractivo y sofisticado mirándola como si fuera su novia de verdad?

–Vamos, cuanto antes lleguemos, antes te tranquilizarás.

«En la vida», pensó ella mientras él enlazaba los dedos con los suyos de un modo que resultaba de lo más cómodo. No deberían encajar tan bien ni parecer una pareja auténtica.

Pero desde que se había metido dentro de ese vestido que quitaba el sentido, lo parecían. Cuando la había visto con él, Bryce se había quedado boquiabierto. Había valido la pena el dinero gastado.

Se había recuperado pronto, pero la conmoción de los ojos había sido reemplazada por algo mucho más potente y que daba más miedo, sobre todo cuando la había devorado con la mirada comenzando por arriba hasta llegar abajo.

–Empiezas a tener dudas.

No fue una pregunta, y le preocupó que pudiera leerle la mente tan fácilmente. –¿Es una locura hacer esto? Bryce sonrió y el poder de esa

sonrisa le recorrió el cuerpo. –Eres una mujer de negocios que no tiene tiempo para citas. No hay nada de malo en estar soltera.

Le alzó la barbilla y ella tragó con la esperanza de que no notara la oleada de anticipación que la había recorrido. Estaban tan cerca... lo bastante para que inclinara la cabeza y...
–Pero si quieres aparecer con una pareja en todos los actos de esta boda, soy todo tuyo. Bryce era todo suyo, aunque fuera sólo un mes. ¿Qué demonios estaba dudando? Con la esperanza de que sacudiendo la cabeza él no notara que se le doblaban las rodillas, dijo:

–Adelante.

–Ésa es mi chica.

Subieron unos cuantos escalones y abrieron unas gigantescas puertas de cristal. Se detuvieron a la entrada de The Anchorage. Respiró hondo varias veces. Sólo era cuestión de tiempo que sus amigas la vieran.

Un súbito silencio se hizo en el restaurante y habría jurado que había oído una inspiración colectiva cuando Mattie la descubrió. Rápidamente la siguieron Linda y Carol, quienes dieron con el codo en las costillas de la futura esposa.

–Nos han descubierto.

La amplia sonrisa de Bryce decía a gritos que le encantaba cada minuto del drama que se desarrollaba. Se inclinó y le dijo al oído:

–¿Quieres que te bese para convencerlas por completo?

–¡No!

La risa de él disipó la tensión. Las nenas nupciales se dirigieron hacia ellos entre las mesas. –¡Qué empiece el espectáculo! Bryce le pasó un brazo por la cintura y dedicó una carismática sonrisa a sus amigas.

–Eh, hola, estás fabulosa –dijo Mattie contemplando el vestido antes de clavar la mirada en Bryce–. Y tú debes de ser el nuevo hombre de Eve. Encantada de conocerte.

Evitando poner los ojos en blanco mientras Linda y Carol se daban codazos, Eve consiguió presentar a Bryce. Bryce manejó a sus locas amigas con aplomo.

–Bryce Gibson, encantado de conoceros –estrechó la mano de las tres y se movió para que pudiera formarse un corro–. ¿Quién de estas tres encantadoras damas es la novia?

Las tres gorjearon como pájaros excitados ante un jugoso gusano, mientras Eve aplaudía en silencio.

–Ellas son Mattie, Linda y Carol –las fue señalando con un gesto de la

mano antes de hacer un gesto teatral hacia él–. Chicas: Bryce.

–Encantador, seguro –dijo Carol recorriéndolo con la mirada desde los zapatos hechos a medida hasta los brillantes ojos azules antes de levantar un pulgar en un gesto de aprobación.

–Encantada de conocerte, Bryce –dijo Linda efusiva con una mirada al nivel de la de Carol.

Mattie le pasó una mano posesiva por el otro brazo. –Ven a conocer a los chicos mientras interrogamos a nuestra amiga. Bryce acarició la mano a Eve para tranquilizarla, sonrió y dejó que Mattie se lo llevara.

–Sed buenas conmigo.

–No prometemos nada –bromeó Mattie.

Eve dedicó la más inocente de las miradas a Mattie mientras su amiga la arrastraba al tocador en medio de la cena. Linda y Carol ya estaban esperando en los sofás de terciopelo, bastante impacientes a juzgar por el modo en que saltaron en cuanto entraron.

–¡Eve! Oh, Dios mío, ¿de dónde has sacado a ese hombre? ¡Es absolutamente guapo! –dijo Linda agarrándola del brazo y tirando de ella hacia un sofá.

–¡Está buenísimo! Cuéntanos todo –dijo Carol. –Chicas, chicas, ¿me podéis dar un minuto? –preguntó Eve alzando las manos. Se soltó y se alisó el vestido con deliberada lentitud. Sabía que eso haría enloquecer al trío inquisidor.

–Eve Pemberton, si no nos dices ahora mismo qué está pasando, me veré obligada a tomar medidas drásticas –dijo Mattie con los brazos en jarras.

–Vale, vale –se rindió–. Dejadme tomar aliento –hizo una pausa y exhaló despacio–. Seguir el ritmo de Bryce me tiene agotada.

–Quieres decir...

–Ya habéis...

–¡Chicas! –soltó una carcajada.

Cruzó las piernas y contempló los zapatos de tacón plateados. Había descubierto a Bryce mirándolos, aunque no se había detenido ahí; después había dedicado una mirada apreciativa al vestido antes de tenderle la mano, hacerla girar y murmurar: «Estás completamente asombrosa».

Oyendo eso de él, se había sentido asombrosa y eso había tenido el mágico efecto de hacerle olvidar que la había abandonado en aquella

terraza, muerta de frío, ruborizada, para reunirse con sus amigos, que se reían de ella.

Jamás se había puesto un vestido como ése, Rayo de Plata se llamaba.

Pero esa noche lo exigía y, si la expresión de estupefacción y la mirada de deseo de Bryce eran una indicación, su inyección de confianza había funcionado.

La Eve que él había conocido se había convertido en el elegante cisne del cuento.

Aunque no tenía que demostrar nada. Habían superado ese punto cuando había entrado en el Aria y visto su masculina apreciación en la mirada de sus ojos azules.

Sí, todo aquello era por ella, sólo por ella. Había dedicado una cantidad de tiempo exorbitante los últimos años a construirse una imagen, a enterrar su viejo aspecto, a recubrirse de un caparazón frente al mundo que nadie pudiera romper. Nunca aparecía en público sin maquillaje, lentes de contacto y ropa elegante. Las chicas, sus mejores amigas, le tomaban el pelo por eso. Tampoco ella las había visto nunca de otra manera que no fuera impecables.

Él era el único que la había visto así, además de Tony, que la quería como hermano. Y el viejo Bryce la había dejado atrás sin volverse a mirarla.

Puso los ojos en blanco, se levantó del sofá y se acercó al espejo con el lápiz de labios listo.

–Tranquilas, señoras. Llevamos poco tiempo saliendo. Estamos empezando a conocernos.

–Ah.

Suspiraron al unísono las tres decepcionadas. Eve sacudió la cabeza y se rió por su expresión. –Alegraos, chicas. Podéis estar seguras de que os lo contaré cuando ocurra algo jugoso. Sí, bueno, no era que esperase que sucediera algo que valiera la pena contar... ¿no?

–Con un hombre como Bryce –dijo Mattie–, que ocurra algo jugoso es cuestión de tiempo. ¡Es de lo más ardiente!

Sorprendida por la punzada de celos que sintió, intentó quitar importancia al tema.

–Pensaba que os impresionaría.

–¿Impresionar? –Carol se alisó el pelo como si el sujeto en cuestión acabase de entrar–. Eve, cariño, ese hombre es mucho más que impresionante.

–Escuchad –intervino Linda–. He leído hace poco un artículo que

comparaba el atractivo de los tíos con el chocolate y, en el caso de Bryce, es el mejor chocolate suizo jamás inventado.

«Bryce... chocolate... umm...».

Tres pares de ojos se detuvieron sobre ella y Eve se preguntó si lo habría dicho en voz alta.

–La expresión de tu cara lo dice todo –dijo Mattie dándole una palmada en el brazo.

¿Tenía alguna expresión? No podía ser, dado que su relación con Bryce era platónica.

Carol y Linda se acercaron al espejo para retocarse el maquillaje.

–Vamos, dejad en paz a la chica. ¿No veis que está tan embobada con ese tipo que no puede esperar para volver allí?

–No estoy embobada –dijo Eve ignorando la sensación de que quizá sí lo estaba.

Bryce estaba en su elemento: buen ambiente, estupenda comida, gente interesante, conversación burbujeante... y una asombrosa mujer con él.

Eve eligió ese momento para entrar en el salón y su mirada se detuvo sobre ella; su vientre al instante se tensó de anhelo al verla caminar entre las mesas hacia él.

Eve era deslumbrante.

Había salido con modelos y estrellas de telenovelas, pero ninguna de ellas llegaba a la belleza de esa mujer. Era mucho más que la apariencia. Su tranquila seguridad, su sutil clase combinadas con un cerebro afilado hacían que estuviera deseando conocer mejor a su falsa pareja.

Llegó a su lado y le dedicó una tentadora sonrisa con sus brillantes labios, una sonrisa que le hizo desear rodearla con sus brazos para poder decirle con un beso contundente lo guapa que estaba. Pero no era ni el momento ni el lugar. ¿No?

Quería convencer a sus amigas de que estaban saliendo, ¿qué mejor modo que...?

–Sea lo que sea lo que estás pensando, quítatelo de la cabeza ahora mismo –dijo ella con una llamarada en los ojos, pero en tono de broma.

–¿Qué tiene eso de divertido?

Le apartó la silla y le puso una mano en la espalda para guiarla al sentarse. No le sorprendió que se tensara ligeramente. Aunque le había dejado claro que no quería nada más que lo pactado, su cuerpo no mentía y en ese momento estaba poniendo a prueba su acuerdo platónico.

–Las chicas están muy impresionadas.

–¿Conmigo?

–No, con mi nueva BlackBerry –puso los ojos en blanco y él se echó a reír–. ¿Tú qué te crees? –Creo que me lo voy a pasar muy bien convenciendo a tus amigas de que somos pareja.

–Ya has hecho un gran trabajo.

–Seguro que puedo hacerlo mejor.

Le pasó un dedo por el brazo desnudo, se demoró en el hueco del codo y disfrutó de la forma en que respiró cuando volvió a bajar en dirección a la muñeca. Era evidente que tenía el mismo efecto sobre ella que ella sobre él.

–Creo que ya has hecho suficiente.

Su voz sonó temblorosa, pero no se apartó. Envalentonado por su cercanía, le rodeó la cintura con un brazo y la acercó más a él.

–Ni de lejos es suficiente –murmuró mirándola a los ojos como retándola a que le detuviera, pero deseando que no lo hiciera.

–Esto no es parte del trato...

La besó, consumido por la necesidad de saber cómo respondía, cómo la sentía entre sus brazos, cómo sabía.

Había pretendido darle un beso suave, un beso de prueba, el de una pareja que se está empezando a conocer. Sin embargo, cuando ella inclinó la cabeza y separó los labios con un suspiro de satisfacción, se perdió por completo.

Todos, todo se desvaneció ante sus ojos cuando ella revivió entre sus brazos, devolviéndole el beso con un sorprendente deseo que lo encendió, lo inspiró y le mostró lo que se había perdido todos esos años atrás por haberse separado de ella como un tonto.

–Llevaba con ganas de hacer esto desde el primer momento en que te he visto esta noche –susurró al interrumpir el beso por caballerosidad a pesar de que deseaba mucho más.

Para su sorpresa, ella acercó otra vez sus labios a los de él, insegura al principio, demandante después.

Hundió los dedos en su cabello, le inclinó la cabeza y profundizó el beso hasta el punto de la pérdida de control y perdió la visión de por qué estaba allí: negocios. Y ser la pareja platónica de Eve durante un mes era algo fundamental para el éxito en su trabajo.

Así que ¿qué demonios hacía aprovechando una oportunidad como ésa?

Interrumpió el beso, se separó de ella y la miró a los ojos, esperando la censura, la indignación.

El indisimulado deseo que vio brillando en esas oscuras profundidades

le hizo revaluar la situación al instante. Si Eve no estaba enfadada por el beso, si parecía querer más, quizá el siguiente mes iba a ser mucho mejor de lo que había anticipado.

¿Por qué no salir de verdad? ¿Divertirse un poco?

–Eve.

–Umm.

–¿He conseguido un diez sobre diez en las puntuaciones de capacidad de convicción?

–No lo sé, pero yo estoy convencida –se llevó la mano a los labios y sonrió.

–Yo también –se inclinó y volvió a besarla suavemente, un beso que prometía más.

–Se te da bien esto de la interpretación. Sus palabras lo enfriaron más que si le hubiera echado el vino a la cara.

Pensaba que la había besado como parte de la charada. Aunque eso hubiera sido lo que había pensado al principio, sus intenciones habían cambiado. Besarla no había tenido nada que ver con demostrar nada a nadie.

Debería dejarlo pasar, dejar que pensara que era parte del trato. Eso era lo más fácil, lo más sencillo. Pero... ¿desde cuándo elegía él el camino fácil?

Le tomó una mano y entrelazó sus dedos con los de ella.

–¿Y si no estaba actuando?

Abrió mucho los ojos, conmocionada.

–Pe-pero nuestro plan...

–Los planes cambian –le apretó más fuerte la mano y le acarició el dorso con el pulgar–. Evolucionan. Crecen. Se desarrollan y dejan paso a nuevas y excitantes posibilidades.

No pareció muy convencida y, como esperaba, se soltó la mano y sonrió, una sonrisa radiante.

–Eres bueno, Bryce Gibson, muy bueno, Aún no estoy convencida de cuál era tu motivación para darme ese beso, pero te lo perdonaré por esta vez.

–¿Con una advertencia? –sonrió con la esperanza de que siguiera flirteando con él.

–Tú deberías venir con una advertencia.

–¿Y cuál debería ser?

–«Peligro, manejar con cuidado».

Se echó a reír y se preguntó hasta dónde podría presionarla.

–Vamos, admítelo.

–Admitir ¿qué? –su sonrisa se desvaneció.

–Lo mucho que has disfrutado.

–No haré algo semejante –dijo severa.

–No abandonaré hasta que lo hagas.

Deslizó un brazo por el respaldo de la silla y la acarició deliberadamente en la zona de piel desnuda. Al instante notó el estremecimiento que provocaban los dedos a su paso.

–Seguiré así toda la noche –le dijo al oído.

–Vale, de acuerdo, me ha gustado, ¿satisfecho?

No tendría miedo si ese beso no la hubiera afectado tanto como a él, pensó. Eso le dio esperanzas.

–Unos pocos besos más así de increíbles y podría estar en el camino correcto.

–Oh, por Dios.

Tras su exclamación de exasperación apareció una sonrisa y Bryce la rodeó con el brazo y la abrazó suavemente.

–Te ha gustado tanto como a mí.

Ella se echó a reír, le apoyó las manos en el pecho y le empujó ligeramente.

–¿Alguien te ha dicho que te pasas de seguro en ti mismo?

–En mi trabajo, se paga la seguridad. Supongo que se ha convertido en una parte de lo que soy.

–Y hablando de tu trabajo, ¿cómo te ha ido con A.J.? ¿Algún vínculo masculino ya?

–Parece un tío majo. También Duane y Anton.

Curiosamente, el trabajo había sido lo último que había tenido en la cabeza desde que habían llegado a la cena. Había estado concentrado al cien por cien en ella, demasiado consciente de sus largas piernas cruzadas bajo la mesa y de la falda que se levantaba algunos centímetros por encima de las rodillas.

Había estado pendiente de cada palabra, había flirteado y reído con ella, se había concentrado en ella y sólo en ella.

–Son estupendos, aunque he tenido que soportar un interrogatorio del tamaño de un mamut cuando he ido al tocador con las nenas.

–Querían saber de mí, ¿no?

–Sí –sonrió–. Todos los detalles.

–¿Qué os pasa a las mujeres que tenéis que abriros el corazón? La sonrisa de Eve se desvaneció y una expresión de desconfianza tiñó sus ojos.

–Nos preocupamos las unas de las otras.

Al instante supo que se sentía culpable por engañar a sus amigas. Se le notó en los ojos.

–Si estás preocupada porque estemos aquí juntos, porque estemos saliendo, no lo estés. Somos viejos colegas que salen una temporada y no sé tú, pero yo lo estoy pasando muy bien. Seguiremos en contacto cuando todo esto termine, así que no te sientas mal. No tiene que ser más complicado que eso.

Ella se relajó lo suficiente como para murmurarle al oído:

–Gracias. Eres un buen tipo.

–¿Sólo bueno?

–Porque seamos los mejores colegas –alzó su copa.

–Brindaré por eso.

Si pudiera concentrarse sólo en esa parte de ser colegas y olvidar lo mucho que le gustaría ir más allá, mucho más allá...

# CAPÍTULO 7

MENTIR a sus amigas no hizo sentir bien a Eve.

Habían estado realmente emocionadas por ella en la cena y no había sido hasta más tarde, cuando había estado charlando relajadamente con Bryce, cuando se había dado cuenta de lo profundo de su engaño.

Era una locura, pero tenía que mantener el engaño un poco más, hasta la boda, y cuando se despojara del vestido de dama de honor por última vez, les diría la verdad.

Que... ¿cuál era exactamente?

Gruñó y buscó su agenda en el portátil. Era mejor concentrarse en el trabajo y olvidar cómo se había complicado la situación con Bryce. Ese tipo era demasiado irresistible para su bien.

Si la cena en su casa había mostrado un mundo de posibilidades entre ambos, fingir ser su novia en la cena con sus amigas había sido una completa tortura. Había sido atento, encantador y cautivador toda la noche.

Apenas había reparado en el delicioso pato al horno sobre un confitado de patatas nuevas con chutney de melocotón a las cinco especias y la tarta de manzana y nueces de macadamia con caramelo líquido... Ella, ¡la reina de la cocina de gourmet!

Había prestado escasa atención a sus amigas, quienes le habían dejado tiempo para... ¿qué? ¿Mirar a los azules ojos de Bryce toda la noche? ¿Charlar con él como viejos amigos? ¿Flirtear descaradamente como si no hubiera flirteado en toda su vida?

Y esos besos... se frotó los ojos, pero nada podía borrar el recuerdo de cómo le había hecho sentir.

Habría sido el vestido, claro. Él nunca la había visto así y había respondido representando un papel en el que era experto: encantador, galante, un maestro en hacer sentir especial a una mujer.

Había estado bien mientras había durado, pero no se hacía ilusiones. Si Bryce la hubiera visto después, sin lentes de contacto, sin maquillaje, con un pijama gris descolorido, habría huido, como había hecho años antes.

Bueno, quizá no era muy justa, tampoco llevaba algo especialmente interesante la noche del cumpleaños de Tony y él había parecido interesado en hablar con ella. Le había hecho creer durante un tiempo demasiado breve que ella le atraía por su cerebro, que la apariencia no era

importante. Hasta que habían intervenido sus amigos. Como entonces, Bryce podría volver a cambiar. Una vez que su acuerdo se terminase, ¿qué pasaría si volvía a ignorarla, a hacer como si nada de eso hubiera pasado? No sería la primera vez.

Un beso, y las cosas ya se estaban complicando más de lo que había anticipado. Y si sentía esa duda interior después de un beso, ¿cómo demonios iba a aguantar hasta el final del mes?

Era mejor pensar que el beso no significaba nada, que Bryce había estado representando el papel que se le había asignado. Había dado por sentado que era una representación, pero había habido algo en su tono, algo en sus ojos cuando le había preguntado qué pasaba si no estaba actuando...

Se le había parado el corazón cuando había dicho eso. Se había echado a reír, pero él había seguido complicándolo todo, hablando de que las cosas crecían y se desarrollaban...

Aunque que se desarrollara salir con Bryce sonaba tentador, no podía hacerlo. Sabía mejor que nadie cómo podía terminar estar demasiado unida a alguien.

Llamaron a la puerta y abrió. Uno de los directores de promoción de la Liga de Fútbol entró en su despacho. La Liga de Fútbol era uno de sus mayores clientes, pero mientras ese hombre delgado hablaba como en un zumbido sobre lo que necesitaban para la inminente gran final, era incapaz de concentrarse. Sólo podía pensar en lo bien que le sentaba a Bryce el traje en el Aria, cómo había recogido la mesa en su casa, el modo en que la había besado en la cena...

Se las arregló para sonreír y asentir y hacer como que prestaba atención al cliente, diciendo las cosas adecuadas sobre la organización del evento. Pero, al mismo tiempo, no podía dejar de pensar en cómo los labios de Bryce se habían movido sobre los suyos, cómo había sido tierno aunque apasionado, hábil y respetuoso, como si esperara que ella lo rechazase.

Y ella había perdido toda su cordura en el momento en que la había besado y se había sentido transportada fuera del mundo... a un planeta en el que la patita fea acababa con el príncipe.

Bueno, estaba mezclando las metáforas, pero el recuerdo de ese beso llevaba una sonrisa a su rostro cada vez que pensaba en él.

–¿Tiene algún lugar en mente, señorita Pemberton?

Molesta por haber estado soñando despierta, cuando jamás permitía que nada interfiriera con su profesionalidad, tendió al cliente un folleto.

–Me gusta usar localizaciones únicas, así que cualquier cosa que

pueda hacer... En otras ocasiones he recurrido a almacenes abandonados, recintos feriales, fuertes, terminales de pasajeros, islas, así que diga lo que quiere y organizaré allí un evento que se recordará.

El cliente pareció impresionado y ella se animó a soltarle el discurso completo.

–Sólo para su información. No me gustan las cosas muy tradicionales o los temas demasiado manidos. Me gustan las cosas emocionantes, las ideas innovadoras, la clase de evento hecho a medida que no encontrará en otra empresa.

El hombre le dedicó una penetrante mirada antes de tenderle la mano al ponerse de pie.

–Tengo que comentarlo con mi equipo, pero no veo ningún problema. Parece que ha conseguido el contrato para coordinar la gala de la Liga de Fútbol, señorita Pemberton.

–Gracias. No quedarán decepcionados.

Se estrecharon las manos y lo acompañó a la puerta, en la que se apoyó cuando se hubo marchado. Lo había conseguido, otro evento para el impresionante currículum de Soirée.

Antes, cuando conseguía contratos de esa magnitud, corría a casa a cocinar cantidades enormes de cosas cubiertas de chocolate y crema y escuchar su CD de soul favorito mientras se acurrucaba en el sofá y saboreaba la victoria. Así que ¿de dónde salía ese loco deseo de llamar a Bryce y compartir las buenas noticias con él? O, peor aún, ¿de tomar una copa con él para celebrarlo?

Locura. Pura locura. Salir con Bryce era para convencer a las chicas de que no estaba desesperada, eso era todo. Nada de implicarse, nada de darle vueltas a la cabeza pensando en cómo sería salir con Bryce de verdad.

Dirigió la mirada al teléfono, era tentador. Tendió la mano...

No, no podía. No debía.

Sonó el móvil en su bolsillo. Suspiró aliviada y atendió la llamada sin mirar quién era.

–¿Cómo está hoy mi fabulosa pareja?

Se apretó el teléfono contra la oreja incapaz de controlar la oleada de felicidad que la invadió.

–Bien. Pensando en ti en este momento.

¿En qué estaba pensando para decirle eso?

Un rumor de dulce y cálida risa le llegó del otro lado.

–Cosas buenas, espero.

–Estaba pensando en cosas del trabajo.

–Seguro.

Su tono de broma le hizo ruborizarse.

–Hablando de trabajo, A.J. se ha puesto en contacto conmigo y me ha invitado a que vaya a una presentación de lanzamiento de Hot Pursuit.

–Estupendo.

Estaba encantada por él. Si ella conseguía lo que quería del acuerdo de hacer de pareja, sería bueno que él también sacara algo.

–Ha sugerido que me lleve a mi novia. Es algo de parejas, así que los Ángeles de Charlie van a estar allí, además de los compradores.

–¿Los Ángeles de Charlie? –Mi apodo para tus amigas. Linda es rubia, Carol morena y Mattie pelirroja. Encaja –dijo, y se rió. Riendo con él, cruzó el despacho con las piernas temblorosas y se dejó caer en la butaca. –Nenas nupciales, Ángeles de Charlie, me pregunto qué dirían las chicas si supieran nuestro secreto.

–¿Cuál?

No quería reconocer que se sentía culpable por no decir la verdad a sus amigas. Abrió en el ordenador su agenda. Se emocionó cuando vio que su último cliente había cancelado su cita.

–Y hablando de secretos, ¿qué le parecería a mi pareja secreta venir a tomarse una copa de celebración conmigo? Acabo de conseguir un evento de alto nivel.

–Felicidades. Una copa suena bien. ¿Dónde y cuándo? Arrugó la nariz al ver la pila de facturas de proveedores que tenía encima de la mesa. –¿Qué tal si me pongo al día aquí, que me llevará una hora, y te mando un SMS con los detalles?

–Estupendo.

Bryce hizo una pausa y se oyó de fondo un rumor de voces. –Lo siento. Mi nuevo jefe espera resultados para ayer. Vendrás conmigo a lo de Hot Pursuit, ¿no?

–Claro.

No tenía elección. Las chicas pensarían que había algún problema si no aparecía con él.

–Bien. Será mejor que cuelgue, esto es un caos. Nos vemos luego para tomar esa copa.

–Adiós.

Colgó y miró la pila de facturas. Cuanto antes acabara, antes se soltaría el pelo con Bryce.

Eve sonrió al hombre que le abrió la puerta del apartamento de Bryce.

Se sentía mal entrando en su apartamento sin que él estuviera, pero había insistido para que no esperara otros tres cuartos de hora en el bar en que habían quedado y ella había accedido.

Entró a un espacio diáfano que hacía de comedor y salón. Se quedó boquiabierta al ver las finas cortinas negras que cubrían los ventanales y la enorme araña que colgaba del techo, los muebles estampados en leopardo, el suelo de mármol negro y la ecléctica mezcla de candelabros, figuras de animales africanos y botellas de vidrio de colores.

La suave luz se reflejaba en los suelos color ébano.

El efecto total era surrealista, sofisticado y decadente. Un poco como era él, el hombre que había visto en la fotografía que acompañaba al artículo: seguro, un tipo en la cima, un tipo listo para saltar sobre el mundo y ganar.

El apartamento de Bryce era muy de James Bond mientras que su casa era muy del estilo de *La casa de la pradera*, con sus sofás verdes y crema, los suelos de roble y la chimenea antigua.

Las dos casas eran mundos aparte.

Estar en ese apartamento reforzaba lo que siempre había pensado, sabido: eran personas demasiado distintas. Se había estado engañando a sí misma, permanecido ciega a los hechos.

Hecho: Bryce era un hombre encantador, irresistible y extrovertido que podía llegar al corazón de cualquier mujer, mientras que ella era una introvertida que fingía ser segura por su trabajo.

Hecho: Bryce era divertido y espontáneo y le gustaba la fiesta, ella se despojaba de su imagen según entraba por la puerta de casa y se acurrucaba en el sillón con un libro en lugar de ir a un bar.

Hecho: Bryce era lo opuesto a ella en todos los sentidos. Aunque saldría con ella hasta conseguir sus objetivos, no había ninguna posibilidad de que llegara a sentir algo por ella.

La clase de sentimientos que ya estaban empezando a florecer en su protegido corazón, sentimientos que había abrigado de adolescente, pero que había apartado considerándolos un capricho.

¿Se podía ser más patética? Había sido ella la que había insistido en mantener aquello en términos estrictamente platónicos. Ja, ja.

Había ido allí para celebrar algo con la única persona que había iluminado su mundo en un breve espacio de tiempo y había sido una tontería albergar secretas fantasías de que salir con él podía convertirse en algo real.

Echó una última mirada al evocador y sensual espacio y sacudió la

cabeza. Tenía que irse, salir de allí mientras pudiera, antes de que él llegara a casa y cayera un poco más rendida por su encanto. Convencer a sus amigas de que salía con Bryce era una cosa, caer en su propia trampa otra.

Sacó una libreta del bolso, garabateó una nota rápidamente y la dejó encima de la mesa de cristal. Necesitaba tiempo para reforzar sus defensas, para enfriar las cosas entre los dos.

Mientras huía de su apartamento tuvo la sensación de que le harían falta todos los bomberos de Melbourne para eso.

Bryce nunca salía corriendo del ascensor. Odiaba volver a casa, prefería estar fuera, por ahí.

Las viejas costumbres costaba cambiarlas. En sus días de estudiante había sido igual. Volver a casa suponía interminables preguntas y recriminaciones Era incluso peor si estaba su padre, las pocas veces que cambiaba el turno en el hospital.

Si el ilustre Victor Gibson les honraba con su presencia, llegarían las inevitables humillaciones, el trato condescendiente y las decepciones.

¿Cómo podía ser tan estúpido el único hijo de un ginecólogo de renombre mundial y una comadrona de talento? Prefería pasar el menor tiempo posible en casa.

No era que ese apartamento a la última que Ballyhoo había incluido en su salario le pareciera su casa. Cada vez que entraba tenía la sensación de entrar en un decorado de cine.

Esa noche era distinta. Esa noche casi corrió y abrió la puerta jadeando porque al otro lado estaba la mujer más interesante que había conocido.

–Eve, ¿estás aquí?

Le respondió el silencio. Miró el reloj con el ceño fruncido.

Había subido en ascensor desde el garaje, así que no había preguntado al portero si ya había llegado. Dado la hora que era, debería llevar allí horas.

–¿Eve?

Se quitó la chaqueta y en ese momento vio la nota sobre la mesa. Se detuvo a analizar la letra como siempre hacía.

*Hola, Bryce.*

*Lo siento, no he podido esperar. He recibido una llamada y tengo que marcharme. El trabajo, ya sabes cómo es. Ya hablaremos.*

*Eve*

Debería sentirse aliviado. Las cosas se estaban poniendo demasiado agradables entre ellos si él era la única persona con quien quería celebrar el logro de un gran evento.

¿Por qué, entonces, lo que sentía era pura decepción?

No podía meterse en nada profundo con Eve. Cuando ella descubriera su secreto, lo que sería inevitable si su relación se convertía en algo real, no podría soportar su lástima. Una mujer inteligente, exitosa como ella sentiría lástima de él, y si había algo que odiaba más que a la gente que le juzgaba, era su lástima.

Era mejor así. Aunque había recurrido al trabajo como excusa para marcharse, lo sabía. Había parecido realmente deseosa de verlo cuando habían hablado por teléfono, su excitación era audible.

Su invitación para tomar una copa le había sorprendido; esperaba que se distanciara un poco, después del beso de la cena. El beso que debería haberle dado ocho años antes, cuando había sido un patán inmaduro empeñado en ocultar su secreto con lo que mejor sabía hacer: el payaso.

Habría apostado todo el dinero que tenía a que lo que había pasado había sido que, una vez desvanecida la euforia inicial, ella había llegado allí, había empezado a tener dudas: él, el beso, todo.

No se lo podía reprochar, él lo había hecho unas cuantas veces desde la noche anterior.

Había huido. Debería estar agradecido, le dejaba toda una tarde para trabajar.

Arrugó la nota, la tiró a la papelera y fue hacia el teléfono.

Comida para uno, como le gustaba.

¿Por qué, entonces, sentía en la boca ese sabor amargo?

# CAPÍTULO 8

–¿TE DIVIERTES?

Al notar el aliento de Bryce en la oreja, Eve se puso rígida. Se relajó a la fuerza antes de volverse hacia él.

–Claro. La ceremonia ha salido perfecta. No he tirado al resto de las damas de honor y la recepción es asombrosa. Así que lo estoy pasando bien.

–Esto me dice otra cosa –le pasó un dedo por las cejas–. Tenías el ceño fruncido.

Maldición, había pensado que había conseguido mantener su cara de frialdad. Parecía que sus esfuerzos para mantener su corazón protegido contra ese hombre tan atractivo no tenían mucho éxito.

–Es la coordinadora de eventos que hay en mí. Supongo que me pregunto todo el rato cómo hace el personal para sacar esto adelante.

Por la expresión de duda que vio en su rostro supo que no se había creído la excusa.

–El Acuario de Melbourne es un lugar interesante para una celebración de boda.

–He hecho otras cosas aquí, cócteles de empresas y sesiones de fortalecimiento de equipos, pero nunca una boda. Tiene algo especial, ¿no te parece?

–Si te gusta estar en un sótano rodeado de agua, separado de tiburones devoradores de personas por un fino cristal, sí.

La banda inició su primer tema y antes de que pudiera escaparse, bailar con él sería una tortura, la agarró de la mano.

–Vamos a bailar.

No podía decir que no. No mientras le tiraba de la mano y la arrastraba hacia la pista de baile.

Le pasó un brazo por la cintura y la acercó a él hasta que sus cuerpos se tocaron, los pechos acariciaban su torso, los muslos se rozaban. La electricidad que sentían no tenía nada que ver con la electricidad estática por el roce de sus ropas, sino más bien con la atracción física que había entre ellos.

–Esto es mucho mejor –murmuró él moviendo los pies al ritmo de la música, llevándola del modo experto que había esperado de un hombre

acostumbrado a los eventos sociales.

Los hombres que ella conocía, incluyendo a A.J., Duane y Anton, que estaban en un lateral con unas cervezas, habrían preferido saltar desnudos desde lo alto del edificio Rialto a bailar. Así que la urgencia de Bryce por salir a la pista había sido una forma definitiva de escapar de la conversación con ellos.

Le había visto claramente incómodo hablando del pasado. No se lo podía reprochar. No era una época a la que ella disfrutara volviendo, pero había habido algo más detrás de su reticencia.

No estaba actuando, por mucho que se intentara convencer de que era así. No se podían fingir esa clase de cosas y su personalidad extrovertida y espontánea rezumaba calidez auténtica, la mayor parte dirigida a ella. ¿Qué posibilidades tenía así de blindar su corazón?

–Tranquila, estás muy tensa.

Recorrió con la mano su espalda de la cintura hacia arriba dejando un reguero de fuego debajo de la tela del vestido de dama de honor. ¿Esperaba que se relajara haciendo eso?

Se mordió el labio inferior cuando él inclinó la cabeza y su aliento le acarició la oreja.

–Definitivamente, hay algunas ventajas en ser tu pareja –le soltó la mano y le recorrió el brazo desnudo mientras la otra mano seguía en la espalda.

–¿Bailar es una de ellas? –Abrazarte así es una de ellas –le dio un suave y dulce beso en la sien. Ella consiguió asentir, incapaz de hablar por el nudo que tenía en la garganta.

Cuando la agarraba así, la tocaba así, le hablaba así, se sentía especial, deseable y olvidaba todas las razones por las que no debía entregarse a ese desmesurado placer.

–Bailas como un sueño –dijo, y bajó un poco más la cabeza mientras sus cuerpos se mecían en perfecta sincronía.

Eve cerró los ojos y apoyó la cabeza en el hombro de él.

El momento perfecto con el hombre perfecto...

Ella, más que nadie, sabía que no había nada perfecto.

Abrió los ojos, parpadeó y levantó la cabeza reacia, ansiando poder capturar ese momento para siempre. Atesorar el recuerdo para revivirlo en esas largas noches de invierno en las que se acurrucaba en el sofá, con una taza de chocolate entre las manos, a contemplar el fuego.

Le encantaban esas noches: la paz, el ambiente acogedor, la libertad de relajarse con los pantalones de yoga y una camiseta, sin maquillaje, con las

gafas cayéndosele por la nariz como siempre habían hecho.

Pero mentiría si dijera que no deseaba tener a alguien con quien compartirlas, sentir los protectores brazos de Bryce alrededor, su aroma masculino y el calor de su cuerpo.

–¿No te parece horrible cuando se acaba la canción?

Le alisó el cabello y ella se estremeció sin querer. Su tacto despertaba un profundo deseo en las zonas más profundas de su desatendido cuerpo.

Pero esas caricias tenían que ser fruto de la práctica, lo mismo que esa mirada y esa sonrisa, por mucho que deseara que fueran auténticas.

–Todo termina en algún momento –salió de entre sus brazos.

La miró a la cara con el ceño ligeramente fruncido.

–Vamos. Creo que van a servir el postre.

Giró sobre sí misma y se dirigió a la mesa maldiciéndose en silencio por quedar prendada de un tipo que saldría corriendo si se diera cuenta de que no había cambiado nada, que aún seguía sintiéndose atraída por él de un modo que, en todo caso, había aumentado con la edad.

Bryce aparcó frente a la casa de Eve y apagó el motor. Quería que lo invitara a pasar. Deseaba que lo hiciera, esperaba que ella quisiera explorar las conexiones que compartían.

Ella se volvió hacia él con expresión cerrada, la cautela en los ojos, y supo que el único sitio que le esperaba esa noche era su frío apartamento.

–Gracias por esta noche. Lo he pasado muy bien.

Palabras impersonales que habría dicho a un montón de tipos, cuando lo que quería oír de sus labios eran auténticas palabras de excitación y el reconocimiento de la corriente subterránea de atracción que había entre los dos.

Él podría haber respondido un «yo también», pero no había llegado tan lejos en la vida sin asumir riesgos y no estaba dispuesto a hacer como si no pasara nada entre los dos.

–No voy a jugar a este juego, Eve. –¿Qué juego? –sus pupilas se dilataron y abrió mucho los ojos.

–El juego en el que bailamos uno alrededor del otro, ocultándonos tras el acuerdo que hemos cerrado, cuando los dos sabemos perfectamente que está pasando mucho más.

Ya estaba, lo había dicho, lo había dejado claro y eso exigía una reacción, un reconocimiento de que ella se sentía tan desconcertada por todo aquello como él.

Ella desvió la mirada en dirección a la calle desierta, sus dedos

juguetearon con el borde del vestido que lo había vuelto loco todo el día.

En las pocas bodas a las que había asistido, las damas de honor habían llevado desangelados vestidos de satén de espantosos colores brillantes, pero el suave rosa del vestido de Eve hacía que ansiara tocarla para ver si era tan suave como parecía.

–No está pasando nada. –Mentirosa –murmuró, y se inclinó para agarrarle la barbilla y que lo mirara.

Las palabras podían mentir, pero los ojos no. Esos marrones estanques de sinceridad, no. Antes los ocultaba detrás de unas gafas, pero ya no y había visto lo mucho que lo deseaba: después de su primera cena, de su primer beso, de su primer baile.

Esperó, sin darse cuenta de que estaba conteniendo la respiración mientras ella tenía la mirada fija en la pajarita. Fue subiendo despacio hacia sus ojos. Cuando sus miradas se encontraron y vio el deseo en los ojos de ella, redujo la escasa distancia que los separaba y la besó.

Su primer beso podría haber sido una primera prueba que después había escapado de su control, pero ése empezó ya salvaje, sin barreras, un beso desde el corazón, lleno de pasión y deseo.

Ella gimió y lo agarró de las solapas para acercárselo más, abrió los labios y salió a su encuentro con urgencia.

Quería una respuesta sincera y la tuvo cuando con la lengua recorrió la redondez de sus labios, se deslizó dentro de la boca, la exploró y obtuvo a cambio una entrega semejante.

La sangre le latía en todo el cuerpo, le corría por las venas acelerada, imposible de detener. Eso era lo que le había tenido fascinado desde la primera vez que había probado sus dulces labios: esa expresión pulsante, apasionada y auténtica que mostraba cómo se sentía ella. Una respuesta franca que mostraba que lo deseaba tanto como él a ella.

Tembló y jadeó cuando retiró la boca de sus labios y siguió besándola por las mejillas, la oreja, el cuello. Su cuerpo se moría por ella. Le soltó las solapas y sus manos le acariciaron el rostro, le recorrió las mejillas con delicadeza, jugueteó con el cuello, tiró de la corbata.

–¿Eve?

–¿Um?

–Sabes que esto no es fingido, ¿verdad?

Ella se enderezó con un suspiro y abandonó la exploración. Deseó no haber dicho nada. Pero quería saber, quería estar seguro de que no estaba haciendo aquello como una forma extraña de reforzar su trato. Tenía que asegurarse de que era por quien era él y cómo la hacía sentir y no para

asegurarse que seguiría con ella para engañar a sus amigas.

–Define fingido.

Su risita forzada sonó exactamente así, forzada. Le tomó la cara entre las manos para que tuviera que mirarlo.

–No sé tú, pero en algún momento a lo largo de este plan tuyo de parecer una pareja, he superado el platonismo. Supongo que me preguntaba qué sentías tú.

Buscó en sus ojos... ¿qué? ¿Algo tranquilizador? ¿Sinceridad?

Demonios, al principio no tenía intención de lanzarse a una relación con ella, nunca lo hacía, prefería mantener una vida sin ataduras. Él no amaba. Demasiado complicado, demasiado jaleo y demasiado revelador. No había nada más seguro que la salida a la luz de su secreto si se acercaba demasiado a una mujer.

Casi había bajado la guardia la noche del cumpleaños de Tony.

¿Qué estaba haciendo otra vez con ella? Era inteligente, no tardaría en darse cuenta de por qué había huido aquella noche, por qué tenía la intención de mantenerla a distancia en ese momento.

Pero no podía parar esa... esa... cosa que había entre ellos. Ignorar su atracción sería como admitir un fracaso en una campaña y eso era imposible. Había empezado ese camino con sinceridad. Tenía que mantenerla todo el recorrido.

Sus ojos brillaron con desconfianza, pero no podía mirar a otro sitio y, cuando, al final, sus miradas se encontraron, halló en sus ojos lo que había esperado: puro deseo.

Lo deseaba tanto como él a ella, pero ¿lo admitiría?

–No quiero que esto se vuelva demasiado intenso –dijo ella con suavidad y un ligero temblor. –No tiene por qué serlo. Bajó las manos y ella sacudió la cabeza. –Sólo quería que supieras que no te estoy presionando –se pasó una mano por el pelo deseando poder explicarse mejor–. Me refiero a que no quiero aprovecharme de nuestro acuerdo. Me gusta estar contigo. De verdad.

–Gracias por ser sincero. A mí también me gusta esto, pero no quiero que se complique. –¿Qué se puede complicar? –su alegría se evaporó en un instante.

A ella no le gustaba la confrontación. Lo notó en su mirada, en la tensión de sus dedos, la rigidez de sus hombros.

–No tengo tiempo para una relación. Ahora no es lo que quiero, así que sí, reconozco que tenemos chispa, pero creo que es mejor dejarlo pasar.

¿Chispa? Menuda expresión si se tenía en cuenta que casi se habían arrancado la ropa un momento antes.

Debería dejar así las cosas, pero no podía, necesitaba respuestas.

–¿Entonces seguimos así? ¿Saliendo un mes así?

Eve dudó un momento y en ese instante, cuando alzó la vista, lo que él vio en sus ojos fue puro miedo. ¿Qué temía?

–Eso es –dijo con voz temblorosa.

–En ese caso, deja que acompañe a mi pareja hasta la puerta de su casa antes de que el coche se convierta en una calabaza y el esmoquin en el traje de un sapo.

Ella sonrió y algo indefinible, pero que daba mucho miedo, se instaló al lado del corazón de Bryce. Ella tenía razón, tenían que ceñirse al plan original. Otra cosa era una locura.

# CAPÍTULO 9

EVE se preparó para el ataque cuando vio a las nenas nupciales dirigirse a ella entre las mesas, con miradas decididas y sonrisas resueltas.

No se lo podía reprochar. Había estado evitándolas, siempre pegada a Bryce.

Una ironía si tenía en cuenta que la persona de quien menos quería estar cerca era de Bryce, después de lo ocurrido la noche anterior.

Ese beso en el coche después de la boda había sido un completo desastre. No el beso en sí, que había sido espectacular. Había sido la resaca posterior, que le hizo arrepentirse del loco plan que había puesto en práctica.

Había pasado de ser una profesional independiente, segura, con su casa y su trabajo, a desear una aventura romántica con un hombre completamente equivocado. Una fuerte, insaciable pasión que palpitaba y florecía y crecía allí mismo mientras lo miraba hablar con los chicos como si fueran colegas de toda la vida.

Había intentado con todas sus fuerzas mantener esa atracción bajo control y lo había conseguido hasta el beso del coche de la noche anterior. Entonces no había sido para la galería, cada asombroso segundo había sido para ellos, una pura delicia. Se estremeció al recordar
lo y no pudo borrar la sonrisa de su rostro mientras se acercaban las chicas.
–Bueno, bueno, ¿habéis visto eso? Alguien parece realmente bien consigo misma.

Mattie le tendió una copa de champán.
–No se te puede reprochar, cariño. Cuanto más miro a Bryce, mejor entiendo que no hayas salido mucho. –Sí, has estado esperando por lo mejor en lugar de perder el tiempo con segundas filas –dijo Carol.

–Chicas –Eve se echó a reír–, vosotras no lo habéis hecho mal –señaló en dirección a la barbacoa, donde estaban A.J., Duane, Anton y Bryce brindando por algo.

–Parece que a todas nos ha tocado el gordo –dijo Ca-rol con un suspiro.

Eve sintió una punzada de culpabilidad, pero no era el momento de

decir la verdad. Mattie aún estaba flotando, los chicos se estaban haciendo amigos y no podía arriesgarse a que pensaran mal de Bryce.

Se había metido ella sola en eso y ella sola saldría. ¿Qué pensarían sus amigas de ella cuando supieran la verdad? O peor aún, ¿y si los chicos pensaban que habían sido engañados y condenaban a Bryce al ostracismo en el mundo de los negocios?

Un pensamiento terrible en esa dirección empezó a filtrarse en su cabeza... algo que no había considerado cuando había trazado el plan. Bryce necesitaba hacer contactos en Melbourne y ella le había puesto delante a los maridos de sus amigas con ese propósito. Pero ¿y si todo iba terriblemente mal cuando sus amigas se enteraran de la verdad y eso afectaba a la reputación de él? Los tres tenían poder suficiente para hundir el nombre de Bryce en Melbourne.

Diablos, no podía decírselo a las chicas, ya no, daba lo mismo lo que le doliera ocultarles la verdad. Pero... ¿cuál era la verdad? No podía ignorar la insistente sensación que tenía de estar saliendo de verdad con Bryce.

–Eh, ¿qué pasa?

Mattie le puso una mano en el brazo y Eve dejó de mirar a Bryce. Necesitaba consejo sobre una relación por primera vez en su vida.

–¿Puedo preguntaros una cosa, chicas?

–Lo que quieras –dijeron al unísono.

Asumía un riesgo. Al hacerles esa pregunta se arriesgaba a revelar una parte de sus inseguridades más profundas. Y eso daba miedo.

Sus amigas nunca la habían visto de otro modo que no fuera segura, exitosa. Una chica de ciudad en la cima. Jamás les había revelado sus inseguridades, jamás les había dicho que había elegido una profesión que la obligaba a las relaciones sociales porque estar rodeada de cosas bonitas, de gente guapa, la hacía sentir bonita a ella.

–Vaya, esto parece algo serio. Linda le pasó un brazo por los hombros e hizo señas a las otras dos para que se acercaran. –Esto puede ser algo realmente importante, como las preguntas sobre París y los niños... Las cuatro se echaron a reír y Eve agradeció que su intuitiva amiga hubiera aliviado la tensión.

–La verdad es que seguramente os vais a reír de la pregunta, pero... me preguntaba cuándo dejasteis a vuestras parejas ver vuestro yo real.

–¿El yo real? –Mattie arrugó la nariz como si pensara en A.J. viéndola de otro modo.

–Ya sabes –insistió Eve–, sin maquillaje, en ropa de andar por casa,

despeinada y sin parecer una diosa de la moda.

–Ah, ¡te refieres a ese yo real! –exclamó Carol.

El silencio descendió sobre el grupo mientras ponderaban la pregunta. Eve estaba cada vez más tensa. –¿Y bien? –Estoy pensando –dijo Linda–. Creo que me quité el maquillaje por completo delante de Anton al primer mes.

El miedo atravesó a Eve. Ella jamás podría mostrarse así delante de ningún hombre, mucho menos de Bryce, en ese tiempo.

–¿Eso es pronto? –preguntó Mattie–. Diablos, creo que A.J. no me vio sin maquillaje hasta que estábamos comprometidos.

–¿De verdad?

–Bueno –dijo Carol mirándose las uñas de manicura–, yo creo que a mí Duane nunca me ha visto totalmente al natural.

–¿Qué? –dijeron otra vez al unísono. –Creo que es mejor estar siempre arreglada para tu marido. Mantiene su interés en ti.

–Chica –dijo Mattie–, por si no lo has notado, Duane piensa que caminas sobre el agua, así que te amaría aunque llevaras maquillaje verde y parecieras el Increíble Hulk.

–No hay nada de malo en estar siempre arreglada –dijo Carol, que debió de notar la expresión de Eve–, ¿verdad, Eve?

No podía estar más de acuerdo. La gente la miraba de un modo distinto cuando estaba arreglada. La trataban de un modo distinto, daba lo mismo lo inteligente que fuera.

Sabía eso mejor que nadie y, aunque la respuesta de Carol no la había tranquilizado, Linda y Mattie dijeron a coro:

–Si te preocupas por Bryce, no lo hagas. Cualquiera se da cuenta de que te adora.

El diminuto capullo de esperanza que alojaba en su corazón abrió sus pequeños pétalos. ¿Era tan buen actor? ¿Estaba interpretando el papel que le había asignado o sentía algo de verdad? Sus acciones y palabras así lo hacían pensar, sobre todo cuando estaban solos.

–Sí, siempre tiene ese aspecto –dijo Linda.

–¿Qué aspecto?

–El de «estoy loco por alguien y no sé qué demonios hacer» –dijo Mattie–. Todas lo hemos visto antes.

«En vuestros tipos, no en el mío», pensó Eve. Sonrió y ése fue el momento que eligió Bryce para mirarla.

–¿Lo ves? Está loco por ti –dijo Mattie–. Relájate, cariño, puede que sea pronto para los dos, pero es un cielo. Tengo la sensación de que el encantador Bryce no parpadearía si lo recibieras con barro en la cara y una

bolsa de basura por vestido.

Y así, sólo por eso, algo de la inseguridad de Eve desapareció. ¿Y si estaba permitiendo que su inseguridad se interpusiera en el camino de su felicidad? En ese momento, Bryce le hacía feliz. Y tenía la sensación de que, si abandonaba todas sus reservas, podría ser más feliz que nunca.

–Gracias –dijo terminándose la copa de champán.

Iba a hacerlo. Iba a decirle a Bryce que quería salir con él... de verdad.

–Vamos –dijeron las chicas agarrándola del brazo–, bebamos un poco más de champán antes de acercarnos a esa barbacoa donde hay unos cuantos tíos buenos que llevan nuestro nombre. «Eso espero», pensó Eve mientras se dirigía a la barra con sus amigas, «eso espero».

Bryce miró a los Ángeles de Charlie revolotear alrededor de Eve.

Por atractivas que fueran, no podían competir con la hermosa mujer se hallaba en medio de ellas, tan elegante y tan deliciosa. La deseaba con furia y, aunque ella no quería ir más allá de su acuerdo, él tenía otras ideas.

No era que le fuera a proponer matrimonio. Podían salir el mes que ella había estipulado y después separarse. Nunca salía más tiempo de ése con nadie, y con Eve no tenía por qué ser diferente. Entonces... ¿por qué vivía como un fracaso volver a separarse de ella?

–Bryce, he oído que ahora trabajas para Ballyhoo.

–Sí, es una gran oportunidad –se concentró en responder a A.J.

A.J. tenía una cerveza en una mano y se pasó la otra por la barbilla.

–Podrías tener otra. El contrato de publicidad de Hot Pursuit está a punto de expirar. Nunca he recurrido a Ballyhoo antes, pero tú pareces un tipo de confianza. ¿Te gustaría intentarlo?

¿Intentar tener uno de los mayores contratos de publicidad de Australia? Tuvo que contenerse para no saltar de alegría.

–Sería estupendo. Gracias, colega –dijo más tranquilo, más profesional, pero A.J. tuvo que ver la alegría en sus ojos porque sonrió y alzó la cerveza.

–Sin problema. Llama a mi asistente personal y concierta una cita. Sólo para que lo sepas: tenemos a otras tres empresas compitiendo por el contrato y tenemos que cerrarlo en tres meses. ¿Es poco tiempo?

No, en absoluto. No, si trabajaba día y noche hasta entonces. Y lo haría, era la oportunidad que esperaba.

Cuando había accedido a participar en el descabellado plan de Eve, había esperado hacer contactos, pero ni en sus sueños más salvajes había esperado una oportunidad como ésa.

Si podía firmar el contrato con Hot Pursuit, su carrera se dispararía hasta la estratosfera. Eso sólo podía llevar al trabajo internacional. Sería su

salto definitivo, alcanzaría su objetivo y dejaría su pasado atrás.
Chocó su botella de cerveza con la de A.J. y dijo: –Me gusta trabajar con plazos cortos. No será un problema.

–Bien. Estoy deseando ver qué me traes –miró a las mujeres–. Y no pienses que tiene nada que ver con Eve. No me ha pedido ningún favor y, aunque lo hubiera hecho, no mezclo mi vida personal con los negocios. He investigado un poco, me ha gustado lo que he oído y cómo hemos estado las veces que hemos coincidido... –se encogió de hombros–. Me interesa ver tu trabajo. Ahora, si me perdonas, mi esposa no aparta la mirada de mí. Hasta luego.

Mientras contemplaba como A.J. se dirigía derecho a Mattie, su alegría se evaporó. Había estado tan ocupado dando saltos mentales de alegría que había olvidado por completo a Eve y lo que aquello podía significar para ellos.

Una vez que hubiera alcanzado su objetivo, no tendría excusas para seguir persiguiéndola.

Su objetivo había sido la razón por la que había aceptado su propuesta, pero una vez conseguido ese éxito, podía fracasar en el otro asunto. Diablos, pensó, eso no lo había considerado. Seguir tras ella y ver si la atracción que había podía explotar y convertirse en una pasión que durara el mes que tenían que estar juntos era una cosa. Lograr su sueño y encontrar a la mujer que podría hacer realidad el resto de sus sueños secretos, otra muy distinta.

En su cabeza se arremolinaron todas las ramificaciones que tenía seguir con esa persecución. Una parte de él decía que abandonara, mientras que otra le decía que luchara por esa brillante oportunidad que tenía, que no se podía permitir dejarla pasar.

Sabía lo que tenía que hacer: concentrarse en los negocios, enfriar las cosas con Eve. Y, si alcanzaba su objetivo, ya se ocuparía después del resto de sus sueños.

Eve aprovechó el recorrido desde la mansión de A.J. hasta su casa para pensar.

Tenía un plan. Llegar a casa y preparar a toda prisa su receta de pechuga de pollo envuelta en jamón con mantequilla al hinojo y un pudin. Después, sutilmente o no, decirle a Bryce que había cambiado de opinión. Quería salir con él, en todos los sentidos.

–Estás muy callada –dijo él–. La verdad es que llevas en silencio todo el viaje.

–Estaba pensando –si él supiera...–. Podría decir lo mismo de ti.

–Negocios que me rondan la cabeza. Ya sabes lo que es eso.

–Sí, lo sé –aunque últimamente, Soirée no ocupaba en su mente tanto espacio como antes.

Su casa apareció a la vista y sintió una cálida emoción y el sentimiento de satisfacción que experimentaba cada día cuando volvía del trabajo.

–Te gustaría...

–Tengo que...

Los dos se rieron.

–Las damas primero.

–Me preguntaba si te gustaría pasar. Puedo preparar algo de cena, abrir una botella de vino. Relajarnos un poco.

La sonrisa de Bryce se desvaneció, su expresión se tornó de alerta. Era la primera vez que no la miraba con calidez.

–Gracias, pero no puedo. Tengo toneladas de trabajo que hacer.

–Vale –sonrió forzada mientras se arrepentía de lo que había hecho la noche anterior.

Le había dicho que no estaba interesada en profundizar la relación y evidentemente le había tomado la palabra.

–Otro día quizá –Bryce hizo una pausa buscando las palabras adecuadas–. A.J. me ha dado una oportunidad para presentarle una nueva campaña para Hot Pursuit.

–Vaya, eso es estupendo. Felicidades.

–No he hecho nada todavía. Por eso necesito ponerme a trabajar. Tengo menos de un mes para ganar el concurso.

–Seguro que haces un trabajo brillante.

No tenía ninguna duda. Sabía que su carrera era brillante y directa a la cima.

Debería sentirse agradecida. Jamás habría accedido a hacerse pasar por su pareja si no le hubiera tentado con esos contactos. Debería estar en completo éxtasis porque sus presentaciones hubieran ido tan bien. Pero en lugar de eso, tenía la sensación de que, ya que tenía lo que quería, no podía esperar para darle la espalda.

–Aún tenemos la fiesta de lanzamiento la semana que viene.

–Tendré que ver cómo ajusto las cosas con el trabajo. Si tengo lo básico desarrollado, iremos. Si no, tendré que perdérmelo.

–Bien.

No estaba bien y su sensación de tristeza se incrementó cuando él miró su reloj como si le estuviera robando demasiado de su precioso tiempo.

Se echó el bolso al hombro, abrió la puerta y dijo:

–Gracias por acompañarme hoy.

–Ha sido un placer.

–Te llamaré y te diré cuándo es el cóctel para ver el vídeo. Mattie no está segura de si le dedicarán unos días más a su luna de miel o tendrán que volver antes para el lanzamiento de A.J., así que me lo confirmará por correo electrónico. ¿Vale?

–Claro.

La tristeza se asentó en su corazón mezclada con la vergüenza, lo que le hizo sentir el mismo dolor que la noche que él le había dado la espalda y se había marchado.

En realidad, no, esa vez era peor, mucho peor. Entonces no había sabido lo maravilloso que era, lo cálido, espontáneo, divertido. Ya lo sabía y verlo así, cerrado, recurriendo casi a los monosílabos en lugar de a lo que estaba acostumbrada, le dolía. Más de lo que debiera.

–Adiós.

Agitó una mano en el aire y salió del coche.

–¿Eve?

Mordiéndose el labio inferior para que le dejara de temblar, se volvió.

–¿Sí?

–Gracias.

El atardecer alargaba las sombras sobre su coche, su rostro y no pudo ver la expresión de su cara, así que no supo si la culpabilidad que había en su voz era real o fingida.

–¿Por qué?

–Por comprender.

Asintió, se dio la vuelta y se dirigió a la puerta. ¿Comprender? No comprendía nada, y mucho menos la devastación que se hacía hueco entre sus emociones mientras él aceleraba y se alejaba.

# CAPÍTULO 10

BRYCE cerró su presentación de diapositivas y recorrió con la mirada la mesa en busca de alguna señal de que no era una completa basura.

El rostro de Sol permaneció impasible, mientras que el de Davin adquirió un tono verde pálido, clara señal de que su presentación no era del todo mala.

–Ésta es mi idea inicial. Angus Kilbride nunca antes ha recurrido a Ballyhoo, así que he pensado en una campaña llamativa, fresca, desafiante. ¿Qué os parece?

Siguió un silencio sólo roto por el sonido de papeles. Nadie quería decir nada, esperaban todos el veredicto de Sol antes de seguirlo como perros falderos. Ya había visto eso antes.

Sol juntó sus dedos rechonchos, se inclinó hacia delante y le clavó la mirada.

–¿Cuánto puedes tardar en tener hecho el resto?

–Trabajo en ello día y noche.

Lo estaba consumiendo. Siempre había sido decidido, desde que había trabajado como un esclavo para sacarse la diplomatura y después la licenciatura en Económicas.

Nadie había creído que pudiera hacerlo, pero lo había demostrado. Y cuando asegurara esa campaña, su reputación profesional estaría asentada. Y sobre el resto... decidiría lo que quería hacer con Eve cuando alcanzara su objetivo profesional, no antes.

–Buen trabajo –dijo Sol–. Si consigues esta cuenta, no se podrá decir más que es un trabajo brillante. Quiero que le deis a Gibson todo el apoyo que necesite los próximos quince días para conseguir el objetivo, ¿entendido? –recorrió con la mirada al grupo de hombres que se sentaba alrededor de la mesa y salió de la habitación.

Bryce recogió su ordenador y sus notas ansioso por pasar a la siguiente fase del proyecto.

–Impresionante.

Alzó la vista y vio a Davin apoyado en el borde de la mesa.

–Gracias.

–¿Cómo conseguiste tener una oportunidad con Angus Kilbride? Dicen que es un hueso duro de roer.

–Lo habitual, ya sabes cómo es eso.

La frente de Davin se contrajo en un gesto de concentración.

–En realidad, no. Llevo años intentando conseguir una reunión con el gran hombre y no lo he conseguido. Y aquí estás tú, nuevo en Melbourne, y no sólo consigues reunirte con él, sino que consigues la presentación. Me gustaría conocer tu secreto.

–Trabajo duro –evitó el «algo que tú no haces»–. Y hablando de eso, tengo que seguir con ello. Hasta luego –se dio la vuelta y salió de la sala de reuniones.

Gracias a Eve, tenía esa oportunidad, una oportunidad de verdad. ¿Y cómo se lo había agradecido? Enterrándose en el trabajo, trabajo que aún tenía que continuar para conseguir esa campaña. La había echado de menos, mucho, y habían sido sólo unos días.

Había encandilado al jefe con un primer esbozo, pero tenía que concluir el trabajo y eso suponía mantenerse a distancia de la distracción que era una mujer tan atractiva.

Pero, pensó otra vez, ¿desde cuándo evitaba él los riesgos?

–Pensaba que estabas demasiado ocupado para asistir a la fiesta de lanzamiento. Bryce tendió a Eve una copa de champán llena hasta el borde.

–Es trabajo. Me da una idea del tipo de gente a que se dirige Hot Pursuit y espero que eso suponga una oportunidad más para mi propuesta.

–Claro, trabajo –bebió un sorbo de champán sin dejar de mirarlo a los ojos.

El trabajo era la excusa que había puesto para citarse con esa hermosa mujer con un brillo especial en los ojos que le decía que se había dado cuenta de la mentira.

Estaba allí por ella, porque no podía permanecer lejos de ella, daba lo mismo lo centrado que estuviera en el trabajo.

Contuvo una sonrisa por el modo en que ella lo miraba y señaló un gigantesco cartel de calzado deportivo.

–¿Ves eso? Me siento inspirado sólo con mirarlo.

La sonrisa de Eve se amplió.

–¿De verdad? ¿Y qué clase de eslogan se te ocurre? ¿Compra zapatillas... viajarás? –se pellizcó el labio inferior haciendo como que pensaba–. ¿Estas zapatillas fueron hechas para correr y un día de éstos te atropellarán? –chasqueó los dedos y Bryce se echó a reír–. Ya lo tengo, ¿qué tal algo sobre unos zapatos de gamuza azul?

–Has equivocado tu vocación, deberías estar en el negocio de la publicidad.

Le hizo un gesto con el dedo para que se acercara y él se inclinó sobre ella, encantado de disfrutar de su aroma de vainilla y de que su brazo le rozara.

–¿Y hacerte la competencia? –se echó a reír y le dio una palmada en la mejilla–. No haría algo así.

Tocarle la mejilla había sido una broma, parte del juego, pero en cuanto había notado su suave mano, había deseado rodearla con sus brazos.

Cuando ella bajó la mano, rápidamente la agarró y enlazó sus dedos con los de ella.

–¿Qué te pasa?

Eve se ruborizó y apartó la mirada.

–No sé a qué te refieres.

Le alzó la barbilla para que tuviera que mirarlo, y le dijo:

–Creo que sí.

Ella abrió mucho los ojos al comprender, después los cerró del todo intentando cortar el flujo de calor que circulaba entre los dos.

–Esta noche has estado distinta. Más habladora, más vivaz, más relajada –le acarició la mano antes de llevársela a los labios–. Y lo de tocarme la mejilla... normalmente no inicias nunca el contacto físico, así que voy a repetir la pregunta: ¿qué te pasa? –le soltó la mano y observó conmovido su expresión de aturdimiento–. No es que me importe, pero siento curiosidad. ¿La ausencia hace con el amor como el viento con el fuego: apaga el pequeño y aviva el grande?

–Me estás tomando el pelo.

Puso los ojos en blanco, pero no antes de que él hubiera atisbado un destello de miedo, auténtico miedo, como si le hubiera hecho una pregunta que no tenía esperanza de contestar.

Había experimentado esa sensación demasiadas veces en sus años de instituto como para sentirse cómodo. Si daba una respuesta ingeniosa, sabría que estaba tratando de no hundirse.

–Por lo que a mí respecta, esto tiene el maravilloso efecto de hacer concebir una idea falsa sobre el flirteo –alzó su copa medio vacía–. Y sobre la ausencia... han sido sólo siete días, cinco horas y treinta y tres minutos. Dale a una un poco de tiempo para echarte de menos.

Sí, definitivamente trataba de no hundirse. Y si seguía mirándolo con estrellas en los ojos, reconocería el sentimiento.

–Ya estás otra vez, escabulléndote con una broma –se inclinó y le susurró

al oído–: ¡Casi flirteando! Eve batió las pestañas, se echó atrás lo suficiente como para dedicarle una mirada falsa y preguntó:

–¿Funciona?

–Diablos, sí.

Antes de poder pensarlo o racionalizarlo, la empujó hasta un rincón y la besó, volcando en ese beso toda su frustración y deseo. Dios, la había echado de menos.

Gimió ligeramente cuando, ya ocultos, aflojó un poco para darle una oportunidad de detener esa locura. En respuesta, ella le pasó las manos por el cuello y le tiró de la cabeza. No necesitó más invitación para volver sobre su boca, separar sus labios y saborearla. Su boca estaba hambrienta, su cuerpo entero ardía mientras se besaban como si no hubiera mañana.

Pero había un mañana, y un pasado mañana y otro después... todos días llenos de trabajo que no podía perder de vista, por tentadora que fuera la distracción.

Interrumpió el beso y apoyó la frente en la de ella.

–Vaya...

La respiración agitada de ella hizo poco para calmar su libido y se enderezó reacio, necesitado de distancia, de perspectiva, de una ducha fría. Un mes para enfriar su deseo por la mujer que lo miraba con la misma pasión que reflejaban sus ojos.

–Estás convirtiendo esto en una costumbre.

–Hay costumbres más difíciles de perder que otras –se pasó una mano por el pelo y se metió las manos en los bolsillos para no tocarla–. Y tú, Eve Pemberton, te estás convirtiendo en una costumbre que me gustaría mucho mantener.

La expresión de perplejidad que vio en ella le hizo desear haberse tapado la boca con la mano. Debería haber mantenido el tono ligero, de flirteo informal, que habían practicado toda la tarde. En lugar de eso le había dicho lo que pensaba y tenía que dar marcha atrás.

–Tengo que aprender a controlar mis hábitos, sobre todo los malos.

Ella se llevó la mano a la boca y se acarició ausente el labio inferior con las yemas de los dedos. Bryce apretó los dientes para reprimir el deseo de hacer lo mismo.

–¿Estás diciendo que soy mala para ti?

–Digo que eres mala para mi concentración.

–Y necesitas concentrarte ahora porque...

–Trabajo, ¿recuerdas? La razón por la que estoy aquí.

–¿La única razón? Porque, mientras esto funciona con perfecta lógica

–le señaló la cabeza–, a esto le está costando controlarse –le pasó un dedo por el labio inferior.

Bryce tuvo que contener un gemido y se preguntó de dónde había salido esa mujer tentadora. Necesitaba urgentemente a la antigua Eve.

–No más besos. Prometido.

–Mucho peor.

Eve echó una última mirada a sus labios y se alejó. Lo dejó maldiciendo su impulso de haber ido a la fiesta de esa noche, maldiciendo el poder que tenía sobre él y el día que había accedido a cerrar ese estúpido acuerdo con ella.

Eve sabía que iría tras ella.

Bryce era esa clase de hombre. Siempre aceptaba los retos. Y ella había sido lo bastante estúpida como para lanzarle uno. Ya que se le había agotado el coraje, sabía que estaba en un lío. La clase de problema que no podía arreglarse con más flirteo falso o miradas ardientes.

Quería demostrar una cosa esa noche, demostrarle que había cambiado de opinión respecto a no querer una relación a largo plazo.

No sólo había cambiado de opinión, había perdido la cabeza por completo. Si el Rayo de Plata había funcionado bien, el Peligro Rojo que llevaba esa noche no era para menos. Ceñido como si fuera pintado. Sin mangas, por encima de la rodilla, con un escote generoso. Si el corte no conseguía atraer la atención, lo hacía el color, el precioso carmesí que la hacía destacar entre el negro de Melbourne.

Nunca se había puesto nada así, seguramente no volvería a hacerlo, pero esa noche, las últimas horas, se había sentido una mujer distinta, había actuado como una mujer diferente.

Si Bryce no captaba la idea, nunca lo haría y cuando la siguiera, se lo diría. Cuando se hubiera tomado otra copa de champán... o diez.

–Eh, ¡espera!

La agarró del brazo y al instante una descarga eléctrica la recorrió.

–Voy a por otra copa –dijo ella mostrándole la vacía. Otra copa le daría valor para seguir adelante con el plan–. Vuelvo en un segundo.

–Eve, esto no va a funcionar.

Se le paró el corazón y la confianza en sí misma se redujo al ver su gesto adusto.

–Es sólo otra copa de champán...

–Estás impresionante –la recorrió con la mirada mientras ella apretaba la copa para no cruzar los brazos sobre el pecho–. Absolutamente impresionante, pero ahora no puedo hacerlo.

No podía volver a fingir que no le había entendido, no podía hacer otro chiste. El tiempo de las bromas había pasado. Aquello era demasiado importante para ella. Él era demasiado importante para ella.

–¿Por qué?

–Porque asegurar este contrato es de importancia capital.

Eve se llevó las manos a la boca para contener el resoplido que se le había escapado.

–Mucha gente trabaja y sale. De hecho, la mayor parte del universo conocido.

–Lo siento, tengo objetivos –sacudió la cabeza y se metió las manos en los bolsillos–. No puedo permitirme una distracción.

–Supongo que debería sentirme halagada por distraerte.

–Podrías distraer a un monasterio entero.

Hizo una mueca por la comparación, pero no la dejó pasar. Había llegado hasta allí y recurriría al coraje que le quedaba antes de colgar el Peligro Rojo en el armario y volver a ser la Eve inmutable y que no se enfrentaba nunca.

Le señaló con un dedo y dijo:

–Tú eres quien me ha besado repetidas veces y después se ha echado atrás. ¿Qué pasa? –Besarte ha sido un error. –Oh, muchas gracias –le espetó, dolida en lo más hondo.

Si le quedaba alguna duda de que se estaba viendo superada por esa así llamada relación platónica, el dolor de su corazón le dijo que era completamente cierto. ¿Superada? Se estaba hundiendo.

–No quería decir eso –le puso las manos en las mejillas y la acarició con los pulgares–. Besarte ha sido un error porque quiero hacerlo una y otra vez. Es un error porque no quiero parar ahí –bajó las manos sin dejar de mirarla a los ojos–. Pero sobre todo ha sido un error porque cuando te beso no puedo pensar en otra cosa y no me puedo permitir algo así. Ahora no.

Sonó una música fuerte mientras A.J. subía al escenario con algunas modelos y los deportistas más famosos de Hot Pursuit.

La fanfarria no la impresionó, pero los ojos de Bryce se iluminaron mientras miraba al escenario. Ahí tenía su respuesta.

–Eso lo es todo para ti, ¿no? Conseguir esta campaña.

Apartó la mirada del escenario, volvió a mirarla a ella y Eve supo su respuesta antes de que hablara.

–Necesito hacerlo.

–¿Y nosotros?

–Seguiremos como acordamos al principio –dijo con el arrepentimiento en los ojos.

Eve reprimió el deseo de despotricar por la injusticia de que se ciñera a un estúpido acuerdo que se le había ocurrido a ella. Asintió y dijo:

–Los negocios, como siempre. Lo he recibido, alto y claro.

Esa vez, cuando se marchó, sabía que no la seguiría.

# CAPÍTULO 11

EVE se entregó a la cocina.

Cuatro días seguidos.

Cuando no estaba en la oficina, estaba en la cocina, reprimiendo su frustración aporreando masa, ablandando carne o moldeando pasta. Todas actividades que implicaban golpear y retorcer, la clase de actividades que le habría gustado practicar sobre el hombre que había provocado ese frenesí.

La terapia de cocina no había funcionado. Aún estaba enfadada.

Bryce pasaba del calor al frío como la primavera de Melbourne. La besaba y al minuto siguiente se centraba en el trabajo. Si lo hubiera hecho una vez, debería haber aceptado sus calabazas y haber creído que era un adicto al trabajo. Pero lo había hecho varias veces, había insinuado que quería más de su relación en la cena antes de la boda y después se había echado atrás más rápido que el chico que le había pedido que le acompañara al baile.

No había llegado hasta la cima de la organización de eventos sin saber interpretar a la gente y, en ese momento, Bryce ocultaba algo.

Se había preguntado si era tan inconstante como cuando se había encaprichado de él en la fiesta de Tony, pero el sentido común le decía que no.

Por el calor de sus besos, su actitud reacia a mantenerse lejos a pesar del trabajo, su reacción cada vez que se habían besado, la retirada, habría dicho que se debatía entre dos cosas.

¿Por qué? Maldición, nada tenía sentido... pero siempre podía preguntárselo.

Arrugó la nariz al pensarlo, removió el chile con carne más deprisa y el movimiento rítmico la tranquilizó, como siempre.

Tenía que llamarle, entregarle unos documentos que A.J. le había dado a través de Mattie. Su primera reacción había sido decirle que no, pero ¿cómo habría quedado que una chica no le pasase unos papeles a su novio?

En las últimas horas había agarrado el teléfono varias veces y luego lo había vuelto a colgar y seguido cocinando, ignorando la pila de papeles que la tentaban desde un rincón.

Tenía que darle los papeles, no tenía elección.

Con un gruñido de frustración, dejó la cuchara de palo en el cuenco, bajó el fuego y agarró el teléfono. Marcó los números y esperó con los dientes apretados.

–¿Hola?

–Bryce, soy yo.

–Hola, Eve. ¿Qué tal?

No hubo dudas, lo que tenía que ser una buena señal, ¿no? Y parecía contento de verdad por oír su voz, así que se lanzó antes de perder la frialdad.

–Muy bien. Es una llamada corta. A.J. me ha dado unos papeles en los que puedes estar interesado para tu presentación.

Hubo una pausa larga y densa en la que casi se le salió el corazón del pecho. Aunque no quisiera verla, seguro que querría los documentos de su importantísimo trabajo. –Gracias. Me pasaré por ahí y los recogeré, pero ahora no, tengo una tonelada de trabajo.

–Yo también.

–Mira, de todos modos tengo que parar en algún momento antes de cenar. ¿Por qué no me paso por ahí después? Te prometo que no me quedaré mucho.

Su vista se dirigió al chile que hervía a fuego lento, el aroma que hacía que le picara la nariz. Había cocinado lo bastante para una legión de hambrientos, ¿no tendría sentido invitarle dado que iba a ir de todos modos? ¿No quedaría muy mal cuando fuera él y viera toda la comida, si no le había invitado a cenar? Pero sentarse juntos a la mesa, compartir la cena, requería una intimidad que había dejado claro que no quería.

–Eve, si supone un problema, puedo...

–No es problema. Es sólo que he hecho una fuente de chile, así que si no estás demasiado ocupado con el trabajo, en lugar de perder tiempo pidiendo cualquier cosa de comer, ¿por qué no cenas aquí?

Él dudó y ella contrajo la cara de vergüenza.

–Si soy sincero... he trabajado todo el día como un esclavo, no he tenido tiempo para comer y pensar en tu chile me está dando aún más hambre.

Al menos su cocina podía conseguir lo que no lograba su cuerpo.

–De hecho, me muero de hambre. Estoy ahí en media hora. ¿Quieres que lleve algo?

«A ti, sólo a ti».

Sacudió la cabeza, sujetó el auricular con el hombro y abrió el horno

para ver las tortillas.

–Sí, un buen apetito. Tengo comida para un ejército.

–Un buen apetito, ¿eh?

El rubor de las mejillas no tuvo nada que ver con el calor del horno, sino con el súbito cambio de tono de desenfadado a provocador.

–Bueno... ajá... hasta ahora.

Colgó y soltó la bandeja del horno antes de quemarse.

Estaba atontado por una cara bonita.

Ésa era la excusa a la que se agarraba, mientras caminaba penosamente por el impecable sendero que llevaba a la puerta principal de la casa de Eve. Esperaba no perder el control por completo y entregarse a su incesante y abrumador deseo de hacer suya a Eve.

Estaba metido hasta el cuello en su trabajo cuando le había llamado. Había maldecido el teléfono por haber roto su concentración, pero cuando había oído su voz, cálida, suave, tentadora, había deseado salir corriendo a casa de ella.

Atontado.

Ella lo estimulaba a todos los niveles: intelectualmente, físicamente y, por primera vez en su vida, emocionalmente.

Nunca había tenido una conexión semejante con nadie y eso le daba miedo. Siempre había afrontado sus miedos, afrontado y vencido, y sería un imbécil si permitía que un temor irracional a enamorarse de Eve le impidiera ser su amigo.

Era lo menos que podía hacer después de que le hubiera conseguido esa increíble oportunidad con A.J.

Aunque no pudiera salir con ella, ¿por qué no ser amigos? Sí, amigos. Eso podía hacerlo.

Sin embargo, cuando ella abrió la puerta, ser amigo de esa hermosa mujer fue lo último que se le pasó por la cabeza.

–Hola, pasa.

Le sujetó la puerta y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no quedársela mirando con la boca abierta. El cabello le caía ligeramente desarreglado a los lados del rostro, le brillaban los ojos con una cálida bienvenida y la camiseta y los vaqueros se ajustaban a su cuerpo como un guante. Preciosa. No en el sentido clásico de la palabra, sino en el de la combinación de una serie de asombrosos factores.

Con una sonrisa, Eve se frotó la nariz.

–¿Me he manchado de chile?

–No –dijo reconviniéndose por mirarla así cuando se suponía que iba a

ser frío–, no. Creo que tengo los ojos vidriosos de mirar al ordenador. Perdona si he sido grosero.

La sonrisa de Eve se ensanchó, auténtica y perceptiva. No se creyó su excusa y él no se lo reprochó.

–No pasa nada. Yo tengo los ojos igual.

Entró al recibidor y le llegó el rico aroma a chile y pan tostado. Le rugió el estómago.

–Parece que hay alguien que está listo para cenar.

–Bueno –dijo ella dirigiéndose a la cocina–, cenamos y luego te doy los papeles.

–Buena idea –dijo encantado con la perspectiva.

Nunca había tenido algo así. Su madre trabajaba horas y horas en el hospital atendiendo partos y había sido casi tan maniática como su padre, así que raramente había comido algo casero. No era que le importase. Cuanto menos veía a sus padres, mejor. Las raras ocasiones que estaban en casa sólo le prestaban una atención superficial, una vez que habían descubierto que no era el niño prodigio que esperaban.

A veces, después de haber conseguido una cuenta de publicidad, en el silencio de su apartamento, con una cerveza fría en la mano, se había preguntado si ésa era la razón por la que se había propuesto lograr el éxito económico antes de perseguir su sueño secreto: el calor, el amor de una familia que nunca había tenido.

¿Identificaba el éxito en el campo que había elegido con tener valor suficiente para poder conseguir el amor de una buena mujer?

A su padre le había funcionado: su madre sólo tenía ojos para él, apenas había prestado atención a su único hijo. Se preguntaba si el anhelo de una familia totalmente distinta a la que había tenido era lo que le hacía moverse cada día, lo que lo llevaba tras la consecución de sus objetivos a pesar del miedo que le producía pensar en lo que tendría que arriesgar cuando los lograse.

–¿Te echo una mano? –se acercó a la encimera.

–Gracias, pero está todo preparado. ¿Te apetece una copa de vino?

«Me apeteces tú». Su cuerpo se moría por recrear las chispas que habían saltado cuando se habían besado, por explorar el calor que ella desprendía. Pero había tomado una decisión, el trabajo antes que el placer, y tenía que ceñirse a ella. Lograr su objetivo dependía de eso.

–Mejor no. Tengo que tener la cabeza despejada para dar los últimos toques a la presentación.

–Vaya –lo miró con las cejas arqueadas y vertió el chile con carne en una fuente–, tienes que haber trabajado día y noche si ya la has terminado.

Bryce tomó los platos y los cubiertos y la siguió a la mesa, donde colocó las cosas antes de sentarse. –Soy un maniaco cuando tengo una fecha de entrega.

–Ya lo veo. ¿Tortilla?

–Gracias.

Por alguna razón, su mención al trabajo hizo la conversación más tensa y cenaron en silencio, sólo interrumpido por algún «pásame la sal» o «¿más agua?».

La cena fue fantástica, pero echó de menos el trato fácil de la otra vez que ella había cocinado, el brillo de sus ojos, las sonrisas juguetonas.

Volvió a recordarse que era él quien quería las cosas así.

No había sido una buena idea.

El silencio de la cena le había resultado molesto, así que en lugar de agarrar los documentos de A.J. y marcharse, había sugerido que les echaría un vistazo allí con el café.

Había un problema: ¿cómo esperaba concentrarse en el trabajo cuando tenía una enorme distracción envuelta en un suéter demasiado ceñido sentada delante de él?

Y no era que ella le interrumpiera, todo lo contrario. Cuando se había puesto a hojear la documentación, ella se había sentado a trabajar inclinada sobre la pantalla del ordenador.

Se fijó en que todo lo que había en su mesa era amarillo, desde una enorme grapadora hasta el dietario, junto a un gran ramo de rosas amarillas metidas en un jarrón de cristal tallado. Era un entorno brillante y luminoso para trabajar, incluso al final de una tarde de primavera. Se preguntó qué habría pensado del lugar de trabajo que él había montado en su casa: limpio, funcional, sencillo.

Lo necesitaba así para ayudarle a pensar, para poner en práctica los métodos que había aprendido para optimizar sus capacidades. Unas capacidades completamente desaprovechadas si no se concentraba en su presentación en lugar de en esa mujer.

Volvió a mirar los documentos cuando ella se movió en su silla, pero alzó la vista en cuanto ella se quedó quieta.

Eve golpeaba con un lápiz en una libreta, concentrada, mordiéndose ausente el labio inferior. El gesto casi le hizo gemir por la frustración que le producía no poder hacer él lo mismo.

Debió de hacer algún ruido porque ella se volvió a mirarlo. –Sólo pensaba –dijo él juntando las manos y llevándoselas a la nuca. La mirada de ella

bajó a su pecho y el interés que vio en sus ojos le hizo desear rodearla con sus brazos.

–¿Qué tal?

–No está mal –Bryce le mostró el mini portátil donde había tomado notas–. La nueva aplicación que utilizo es fantástica.

–¿Algo que yo pueda utilizar?

Negó con la cabeza maldiciéndose en silencio. Lo que le faltaba era que ella le echara un vistazo a su ordenador y supiera por qué utilizaba algo así.

–Lo dudo, es demasiado específico.

–Vale.

Hubo un silencio.

–No sé tú, pero llevo todo el día así y tengo el cerebro derretido.

–Yo también –Eve señaló la pantalla del ordenador–. Los de la Liga de Fútbol son de lo más exigente. Creo que tengo una mini crisis de confianza.

–No. El éxito de tu negocio habla por sí mismo. Tienes que ser brillante en lo que haces. La gratitud iluminó la mirada de Eve antes de volver los ojos a la pantalla otra vez. –Gracias por el ánimo, pero tengo que terminar con esto.

La miró detenidamente, tan seria, tan delicada, y se sintió transportado a los años del instituto cuando entraba en su cocina, con Tony, y siempre la veía sentada a la mesa con la nariz metida en un libro. Siempre había pensado que era mona, incluso con aquellas horribles gafas y la ropa que llevaba. Algo en sus ojos y en su tímida sonrisa lo atraía.

–¿Qué fue de tus gafas?

Se volvió a mirarlo suspicaz.

–Ahora uso lentillas. Son más fáciles de llevar.

–Recuerdo que solías llevar gafas que se te caían por la nariz y te las subías constantemente.

También la recordaba preparando galletas para su padre, sólo porque le gustaban, comprando pan de masa fermentada porque Tony no comía otro. Se las había arreglado para ocuparse de la casa, cocinar y sacar sus estudios y tener una sonrisa para Tony y su padre cuando entraban por la puerta.

Había sido asombrosa, era asombrosa, y él había sido un imbécil haciéndole daño la noche de la fiesta de Tony, haciéndole creer que no le interesaba, cuando sí lo hacía.

–¿Te acuerdas? –dijo ella–. Solías reírte de mí por eso.

Sintió una punzada de remordimiento y un peligroso deseo de decirle la verdad. Pero no podía. Si se la decía, o bien sentiría lástima de él o todo sería suave y agradable. Ya le costaba bastante en esas circunstancias mantenerse a distancia, ¿qué posibilidades tenía si se ponía sensiblera y quería abrazarlo?

–Pero nunca te llamé cuatro ojos.

–Seguro que lo pensaste –lo miró escrutadora–. ¿Puedo preguntarte algo? –Claro. –¿Por qué en el instituto hacías como que no me conocías y en casa no?

Maldición, no debería haber ido por el tema de la nostalgia. Tendría que decirle algo que fuera plausible, pero sin decirle la verdad.

–¿Porque era un detestable pequeño imbécil?

–Dime por qué –no le creyó.

Dejó el mini ordenador en la mesa y se cruzó de brazos. Tenía que optar por la sinceridad parcial. Por la expresión astuta del rostro de ella, no se conformaría con menos.

–¿Sinceramente? Me intimidabas.

–¿Qué? –se quedó boquiabierta.

–¿Te extraña? En casa parecías más accesible. En el instituto eras el supercerebro, siempre con la nariz metida en un libro y yo era un mal estudiante, la clase de chico que provoca risas a los compañeros de clase más que otra cosa. Supongo que no quería arriesgarme a que me dejaras cortado con esas grandes palabras que utilizabas.

Por el gesto de sus labios y el brillo de sus ojos supo que le había creído. Triste, casi deseó haberle dicho por qué le intimidaba realmente.

Eso era lo que sucedía cuando se tenía el estómago lleno de comida y una mujer mirando con una amenazadora mezcla de deseo, calor y comprensión en los ojos castaños.

–Jamás habría hecho algo así –se acercó y le puso una mano en el brazo.

–Sí –apretó los dientes para no tocarle la mano–, pero yo era un mocoso egoísta. Mi conducta no tenía nada que ver contigo. Has preguntado por qué lo hacía, te lo he dicho. ¿Te importa si sigo con esto?

El ambiente íntimo saltó en pedazos y Eve apartó la mano de su brazo para volver a su ordenador.

–Bien.

La había herido. Ella sólo se había mostrado preocupada y él se había cerrado en banda porque se estaba acercando mucho. Debería alegrarse después del deseo y la tensión que había visto en sus ojos durante la cena.

Casi había sucumbido a ellos, casi, a pesar de su preciosa campaña. Pero su objetivo estaba incrustado en su mente y no podía fracasar, daba lo mismo lo mucho que la deseara.

Apretó la mandíbula para dominar la necesidad de explicarse, pero al final se relajó y dijo:

–Eve, lo siento...

–No te preocupes. He sido yo la tonta. Tenía la esperanza de que nuestra amistad fuera algo más que el trato que cerramos... pero no te preocupes. Estaba equi

vocada. –Eso no es lo que piensas. –Entonces, ¿qué es? –dijo furiosa. Bryce sacudió la cabeza y se pasó una mano por el pelo. Buscó las palabras adecuadas.

–No respondas a eso –le pidió ella–. Sé lo que está pasando. Esto de salir es una transacción de negocios, nada más. No volveré a cometer el error de pensar que es algo más.

No podía refutar eso, no podía espetarle la verdad que había ocultado toda su vida, así que asintió, cerró el mini ordenador y recogió los papeles.

Ella evitó mirarlo mientras se ponía de pie, mientras sus pies le urgían a salir corriendo, pero no podía irse así. –Gracias por la estupenda cena. Pasó al lado de ella, se detuvo, le puso una mano en el hombro y le dolió el corazón cuando se puso rígida. –Me gustaría que las cosas fueran de otra manera. No se quedó lo bastante para oír a Eve decir en un murmullo: –A mí también.

# CAPÍTULO 12

–EL CONTRATO es tuyo.

Bryce miró a A.J. con la esperanza de que la sonrisa que le estaba llenando el rostro fuera profesional y no boba.

Lo había hecho. Había conseguido la cuenta de publicidad de Hot Pursuit para un año. Todo su trabajo había dado sus frutos, todos sus sacrificios, las oportunidades que le había dado Eve de impulsar su carrera.

¿Estaba feliz? Diablos, sí, pero pensar en lo que había perdido con Eve le quitaba brillo al momento.

–Estupendo, muchas gracias.

Estrechó la mano de A.J. y dedicó una educada inclinación de cabeza a la mesa de ejecutivos.

–Fijaremos una reunión para primeros de la semana que viene para echar a rodar el balón, ¿vale?

Las risas respondieron a la frase de A.J. cuando lanzó al aire un balón de fútbol. Bryce, una vez más, quedó asombrado de la camaradería que impregnaba aquella empresa.

Era cierto que no llevaba mucho tiempo en Ballyhoo, pero en sus reuniones nunca había esa sensación, esa camaradería entre colegas que estaban enamorados de su trabajo. Si se paraba a pensarlo, en ninguna de las agencias que había trabajado en Sidney había encontrado eso tampoco, pero seguramente el mundo de la publicidad era más salvaje que el del deporte.

–Fijaré la cita –recogió su presentación y saludó al grupo con la mano–. Encantado de haberos conocido. Ansío trabajar con vosotros.

Salió entre un coro de adioses y ya fuera de la sala, lanzó un puño al aire.

–¡Sí!

No podía esperar para volver a la oficina y darle a Sol la noticia. Su trabajo estaba asegurado... «hasta la próxima». Sintió la idea como una presión, lo que le granjeó una mirada extrañada de la joven del mostrador de recepción.

¿De dónde había salido eso? Estaba acostumbrado a la competitividad, normalmente le gustaba. ¿Qué era distinto esa vez? Algo había enturbiado su victoria y sabía exactamente lo que era: Eve.

No podía quitársela de la cabeza, particularmente la mirada de dolor que había visto en sus ojos en la cena. Desde entonces había recurrido al trabajo para evitarla. Tampoco ella le había llamado y, considerando cómo habían quedado las cosas la última vez, probablemente no lo haría. La sesión de vídeo de la boda era al día siguiente y después de eso no querría volver a verlo.

Qué fácil había parecido al principio: hacer de su pareja, separarse al final con unos cuantos contactos de negocios en el bolsillo. Nunca había esperado sentir eso: el sorprendente, desconcertante, estúpido temor de que, en ese juego de la pareja, él había sido el perdedor.

No había esperado que ella le gustase tanto, no había esperado que el brillo de la noche de la fiesta de Tony siguiera allí. Peor aún, que hubiera crecido y se hubiera convertido en un incendio que amenazaba con abrasar a los dos.

Cerrar su contrato había sido un objetivo mayor. No sólo porque establecía el nivel de su reputación en Ballyhoo, sino por la compensación económica. Casi desde que había empezado a trabajar había tenido un plan: conseguir ganar cinco millones para poder tener algo que ofrecer a una mujer, lo suficiente para que ella se fijara en él y se olvidara de las limitaciones.

Había conseguido alcanzar esa cifra desde la nada, sin interesarse en una relación, centrado sólo en el éxito.

Ya había conseguido su objetivo. Y había una mujer en su camino. Una mujer hermosa e inteligente a la que podía ofrecer algo sin tener el rechazo garantizado. Y no era que a ella le importase el dinero. Eve había conseguido triunfar en lo suyo, tenía un negocio lucrativo y una casa en un barrio elegante, pero a él sí le importaba. Había luchado mucho para estar donde estaba y había evitado conscientemente unirse a alguien.

¿Qué pasaba si esa vez no quería evitar la relación?

Era una lástima que hubiera estropeado tanto las cosas. Si hubiera dedicado la mitad de esfuerzo a descubrir qué quería llegar a tener realmente con Eve del que había dedicado a conseguir el contrato de publicidad, seguramente tendría una oportunidad de recuperar una creciente relación que había estropeado casi antes de empezarla. Tenía que intentarlo, ¿qué podía perder?

Si Eve tenía que fingir otra sonrisa más, se le caería la cara a pedazos.

Odiaba todo aquello. Hacer como que todo estaba bien con Bryce. Poner buena cara a sus amigas mientras se echaban palomitas unas a otras y hacían bromas subidas de tono sobre A.J. y Mattie, que bailaban el vals

en el vídeo.

Se le daba bien actuar. Era lo que hacía todos los días, poner una cara valiente para ocultar su inseguro interior. Pero esa noche era distinta. Había llegado al límite de su capacidad de aguante y cuando Bryce la dejara en casa, tendría que hacer un gran esfuerzo para no gritarle, o abrazarse a él. No sabía cuál de las dos cosas era peor.

–¿Quién quiere otra piña colada? –Mattie mostró la jarra a un coro de sonrisas afirmativas.

Eve ocultó su vaso medio vacío. Lo único que le faltaba era beber alcohol y ponerse llorona.

–¿Estás bien?

No, no había estado bien desde que había visto la fotografía de él en Internet y había sido lo bastante estúpida como para obligarle a salir con ella para engañar a sus amigas.

Pero eso no lo podía decir mientras Bryce la miraba preocupado.

–Estoy bien. El alcohol siempre me da sueño.

–Bueno, para ti no hay más, entonces. Aún nos queda más de una hora de reírnos de los novios.

Volvió a forzar una sonrisa y, sorprendentemente, las mejillas no obedecieron.

Se acercó a ella y le dijo al oído:

–Sé que no estás bien. ¿Quieres que nos vayamos?

Negó con la cabeza horrorizada porque hubiera notado que fingía. Se mordió el labio inferior para no llorar.

–Eh... –le pasó un brazo por la cintura y la atrajo contra él para que se acurrucara–. No has sido tú misma en toda la tarde y estoy seguro de que nuestro último encuentro tiene algo que ver. Te prometo que hablaremos después.

No quería hablar. Ya lo había intentado y había que ver dónde había llegado: él le había dicho que no quería tener una relación con ella. No, ya era demasiado tarde para hablar. Demasiado tarde si pensaba en el vacío que sentía en el alma, el doloroso vacío por estarse perdiendo algo importante.

–Perdona –se levantó y se fue derecha al cuarto de baño.

Cerró la puerta del aseo y se apoyó contra ella. Respiró con dificultad. Sabía que le llevaría una eternidad superar ese sentimiento, un sentimiento al que no se atrevía a poner nombre porque sería reconocer lo estúpida que había sido por haberse enamorado de un tipo como Bryce.

Esperó cinco minutos para abrir la puerta y se encontró con las nenas nupciales apoyadas en la pared de enfrente con los brazos cruzados y

expresión de preocupación.

–¿Estás bien, cariño?

Mattie se acercó la primera y le pasó un brazo por la cintura. Carol y Linda se le acercaron por el otro lado.

–No tienes muy buen aspecto –dijo Carol mientras Linda asentía.

–No estarás... –Mattie se cubrió la boca con la mano y la miró al vientre.

–¡Imposible! –gritó Eve.

–Bueno, supongo que no hay más que decir –dijo Linda, la pragmática del grupo, y se dirigió a la puerta trasera–. Asamblea. Ahora.

Eve quería a sus amigas, pero hablar era lo último que deseaba en ese momento. Quería que esa velada terminase y no tener que volver a ver a Bryce.

Entonces, ¿por qué pensaba que verlo salir de su vida la llevaría a una caída libre emocional de la que no tenía esperanzas de recuperarse?

–Algo va mal, cariño, y si no nos lo cuentas, sabes que al final te lo sacaremos.

La expresión beligerante de Mattie era similar a la de las otras dos y sabía que no la dejarían en paz hasta que les diera algo, así que soltó lo primero que se le ocurrió:

–Estoy enamorada de Bryce.

–¡Eso es estupendo! –dijo Mattie.

Las tres aplaudieron y rieron.

–Ya era hora. Estábamos a punto de darte por perdida.

Negando con la cabeza, se dejó caer en un banco del jardín.

–No es estupendo.

–¿Por qué?

Esperó hasta que las tres se sentaron a su lado.

–Os he mentido. Bryce y yo no estamos saliendo de verdad.

Las tres bocas se abrieron a la vez.

–Sois siempre tan entusiastas con las bodas. Dándome siempre un papel de dama de honor, asegurándoos de que no me siento excluida. O eso, u os doy pena y, sinceramente, estoy harta de ser la soltera y no quería que os preocuparais por mí en la boda de Mattie, así que conseguí que Bryce accediera a salir conmigo.

Mattie fue la primera en cerrar la boca y en volverla a abrir al segundo para decir:

–Pero esto no tiene sentido. Los dos sois la pareja perfecta. Cualquiera puede verlo. La forma en que te mira, cómo resplandece a tu lado... ¿cómo va a ser fingido?

–Déjala terminar –dijo Carol–. Hay más, ¿verdad?

Eve asintió y retomó la historia.

–Bryce era el mejor amigo de mi hermano en el instituto. A veces hablábamos, pero no lo conocía de verdad. Éramos opuestos en todas las formas imaginables y fui yo la que planteé que nuestra relación fuera platónica, pero... –se quedó sin voz y trató de recomponerse.

–Pero te has enamorado de verdad –terminó Linda la frase y le acarició la espalda–. Está bien, corazón. ¿Por qué no le dices lo que sientes? Creo que estarás poniendo en palabras lo que él siente también.

Se estremeció sólo de pensar en tener esa conversación con Bryce. Negó con la cabeza. –¿No os enfadáis ni un poquito porque os haya engañado?

Las tres se echaron a reír y Mattie dijo:

–Cariño, lo entendemos. Es duro no tener pareja y aún más duro que tus amigas te estén dando la lata con tu vida privada mientras van subiendo al altar una tras otra. Sólo queremos que seas feliz, y ahora lo eres.

–No soy feliz, soy muy desgraciada.

–Con la posibilidad de ser más feliz de lo que lo has sido nunca, si hablas con él.

–Pero él no siente lo mismo.

Linda puso los ojos en blanco.

–Confía en nosotras en esto, cielo. Él siente lo mismo. Hemos visto esa mirada antes en Anton, Duane y A.J. Ese hombre está más que loco por ti.

Un miedo que la consumía se le agarró al estómago. Ya había intentado hablar con Bryce y no estaba interesado en ella en ese sentido. Todo lo que había pasado entre los dos, o había sido una actuación para sus amigas, o un dejarse llevar por el momento. Qué hombre diría no a una chica que estaba prácticamente abrazada a él. Así era como se encontraba: desesperada y sin pareja.

–Cariño, tienes que hacerlo. Si no, perderás lo mejor que te ha pasado nunca.

Cansada de hablar, completamente agotada, sabía que tenía que decirles que lo haría para que la dejaran en paz. En ese momento lo que quería era irse a casa y relajarse para sumirse en la autocompasión. Si además podía comerse un litro de helado de cereza, mejor.

Se puso en pie y se alisó la falda.

–Gracias por el consejo y por ser tan comprensivas. Creo que ha llegado el momento de marcharme a casa y hacer algo al respecto.

Como borrar el número de Bryce de la marcación automática del

teléfono.

Mattie se puso de pie de un salto y dio una palmada.

–Eso es. Atrapa a ese tío. Confía en mí, no saben lo que les pasa. Linda y Carol se rieron y las cuatro entraron a la casa. Eve sabía que no atraparía a Bryce.

–Chico, te ha dado fuerte.

Bryce dejó de mirar por la ventana y miró a A.J., que había sacado otra ronda de cervezas.

–Perdona, no te he oído. Duane se rió disimuladamente y Anton se llevó un dedo a la frente.

–Colega, te tiene ya bajo control y aún no te has dado cuenta. Deja que te diga que de aquí en adelante es peor.

Bryce volvió a mirar por la ventana.

–Estoy preocupado por ella.

A.J. asintió y alzó su cerveza en dirección a él. –¿Lo ves? Enamorado.

–Sí –brindó Duane–. Eve se marcha del salón unos minutos y no puedes dejar de buscarla con la mirada.

–Pero es que se ha marchado como si le pasara algo malo de verdad –y tenía la sensación de que sabía lo que era.

Duane le pasó un brazo por el hombro.

–Escucha, colega. Te voy a dar un consejo gratis. Las mujeres son imposibles de entender, así que ni lo intentes. Y cuando te enamoras de ellas es cien veces peor. Así que calma. Déjate llevar. Sea lo que sea a lo que le está dando vueltas, te lo dirá pronto. Confía en mí, se pasará horas diciéndotelo, una y otra vez, una y otra vez...

Los hombres se echaron a reír y Bryce no dijo nada. Esperaba que algo cambiara esa noche. Lo había hecho lo mejor que sabía y esperaba que ella estuviera actuando así porque él le importaba.

Anton le dedicó una mirada especulativa con un punto de dureza.

–Asegúrate de tratarla bien. Eve lo ha tenido difícil.

No quería hablar así de ella, no con un grupo de tipos a los que acababa de conocer. No sabía qué le irritaba más: que esos tres hombres la conocieran mejor que él o que quisiera sacar de ellos la mayor cantidad de información que pudiera.

–¿Cómo difícil?

–Carol me dijo que su padre murió cuando ella tenía dieciocho años y que perdió la casa familiar. Después su hermano se fue al extranjero pocos años después y ha estado sola desde entonces. Trabaja mucho, raramente sale, le gusta la soledad.

–Piénsalo –añadió A.J.–, eres el primer tío con quien la hemos visto salir. –Y no olvides que tendrás que responder ante nosotros si no te portas bien con ella –dijo Duane y A.J. asintió.

Esos hombres realmente se preocupaban por Eve y eso le llegó al corazón. Ya había pensado que eran buena gente y ver cómo se preocupaban por ella hizo aumentar su consideración hacia ellos. Dejó la cerveza en la mesa y se puso de pie.

–Gracias, colegas, pero no tengo ninguna intención de portarme mal con Eve. Es demasiado especial para eso.

Avanzó hacia la puerta entre silbidos y aullidos, decidido a decírselo a ella. Sin embargo, no había dado cinco pasos cuando le sonó el móvil, lo sacó del bolsillo y gruñó cuando vio el número de Sol en la pantalla.

–Trabajo –dijo al grupo antes de meterse en la cocina para hablar–. Hola, Sol, dime.

–Necesito que vengas a la oficina ahora. Hay un error potencial en el contrato de Hot Pursuit y quiero enmendarlo lo antes posible.

Vio a Eve avanzar hacia la casa por el jardín trasero, suave, bonita y etérea a la luz de la luna. Las palabras «¿no puede esperar hasta mañana?» murieron en sus labios.

Cuanto antes se ocupara del trabajo, antes podría ir a casa de ella a hablar del futuro. –No te preocupes, Sol, estoy ahí en media hora. –Estupendo. Hasta ahora. Colgó y se metió el teléfono en el bolsillo. Tenía un asunto serio del que ocuparse... una vez que hubiera enmendado el contrato.

# CAPÍTULO 13

EVE buscó una zona de césped a la sombra y se sentó en el suelo. Abrió el libro.

Tenía que poner la cabeza en otra cosa que no fuera que Bryce había dicho, la noche anterior, que pasaría por allí después de ocuparse de un asunto urgente en la oficina.

Había dicho que quería hablar. Aún lo estaba esperando.

Le había mandado un SMS alrededor de la medianoche diciéndole que seguía en la oficina y, en lugar de sentirse decepcionada, había sentido alivio. No quería que él volviera a su casa, ya no.

Su acuerdo había concluido.

Había actuado como su pareja, ella se había comportado como una tonta desesperada y se había enamorado de él. En lugar de hablar de ello, como le habían sugerido las chicas, lo que quería era olvidar ese lamentable mes.

Había sido una locura trazar ese plan, aunque por primera vez no había sido la única dama de honor sin pareja y había sido divertido salir con él. Había sido más que halagador que hubiera flirteado con ella...

Se concentró en el libro. Pensar así podía ser auto-destructivo y si había aprendido algo en la vida, había sido a ser positiva.

Una optimista, eso era ella: lo que explicaba por qué una parte de ella no podía evitar pensar que cuando Bryce había dicho que quería hablar, se refería a hablar de ellos.

«Olvídate de él», le decía la voz de la razón.

Abrió el libro delante de los ojos y se apoyó en el arce, su rígido tronco era cómodo y sólido. Le encantaba sentarse fuera los días buenos, sedada por el zumbido de las abejas que iban de flor en flor.

De eso era de lo que quería depender, no de un atractivo ejecutivo que pensaba que salir con una mujer era menos importante que su carrera profesional.

Hundió la nariz en el libro y leyó por tercera vez el mismo párrafo.

Así la encontró Bryce, con las largas piernas extendidas delante, unas gafas en la nariz y el pelo revuelto de un modo realmente atractivo, como si acabase de salir de la cama. Con unos vaqueros cortos deshilachados y una camiseta roja muy dada de sí. Estaba guapa y totalmente en su

ambiente, lo que le hizo sentir como un intruso. Tenía la esperanza de no sentirse así cuando ella escuchara lo que le tenía que decir.

Carraspeó y dio unos pasos, pero ella no alzó la vista, absorbida por una conocida novela de espías.

Hasta que su sombra no llegó a las páginas del libro, no levantó los ojos, boquiabierta. Se puso de pie de un salto.

–¿Qué haces aquí? –gritó y a él se le heló la sonrisa en los labios.

–El teléfono fijo comunicaba, así que te he dejado un mensaje en el móvil ¿No lo has recibido?

–¿Crees que tendría este aspecto si lo hubiera recibido?

Sus manos se debatían entre colocarse el pelo y tirar hacia abajo de los pantalones, lo que le añadía un delicioso desaliño.

–Estás bien.

Redujo la corta distancia que los separaba para quitarle un trozo de corteza de la camiseta, pero para su asombro, se echó hacia atrás y alzó las manos para advertirle.

–Estoy hecha un desastre. ¡No puedes verme así!

Bryce bajó las manos y se las metió en los bolsillos desconcertado. ¿Por qué se comportaba así?

–¿Qué problema hay?

–Tú. Que estés aquí. Que aparezcas sin avisar.

–No es para tanto, no es como si fuésemos desconocidos, ¿no?

En sus ojos apareció un gesto de dolor y de nuevo no supo Bryce qué había dicho inadecuado.

–No es un buen momento para mí.

Sí, parecía muy ocupada, pero no dijo nada. El sarcasmo sólo podía enfurecerla más.

–Siento no haber podido venir anoche, pero tengo que hablar contigo, por eso estoy aquí.

Miró por encima de él con gesto de estar buscando la mejor ruta de escape.

–No me voy a marchar hasta que hablemos.

Por fin lo miró recelosa y con manos frenéticas se subió las gafas por la nariz.

–No queda nada por decir. Ya no tienes que actuar como mi pareja y estoy segura de que tienes muchísimo trabajo, así que...

–Sé que te he estado mandando mensajes contradictorios, pero por eso estoy aquí, para aclararlos. ¿Por qué actúas así?

No podía soportar su fría indiferencia un segundo más y entró en la zona de sombra y la agarró de los brazos. Aborreció que se pusiera rígida.

Le tembló el labio inferior y estuvo a punto de rodearla con los brazos, pero necesitaba saber cuál era la causa de su abatimiento, superarlo y concentrarse en su futuro. Juntos.

–Eve, por favor, habla conmigo.

Por un instante su mirada se hizo más cálida, pero enseguida apretó los labios y se echó el pelo hacia atrás como si estuviera perfectamente peinado en lugar de parecer un nido.

–Puedes dejar de hacerte el encantador –se liberó de sus manos y se detuvo cuando su espalda chocó contra un rosal. Agitó una mano en el aire–. ¿Ves esto? Nada de maquillaje, el pelo revuelto, gafas, ropa cómoda. Así soy yo de verdad –bajó un poco los hombros, pero el fuego de sus ojos no desapareció–. Sigo siendo la misma chica debajo de todo ese arreglo. Adelante, mírame bien –hizo una mueca y giró sobre sí misma–. ¿Ves? Nada de ropa de diseño. Ni un peinado elegante. Nada de lentillas. Sólo la antigua Eve, la chica que conocías. Nada impresionante, ¿verdad?

–Eve, eres preciosa.

Supo que había dicho algo equivocado en el momento mismo en que se oyó decirlo, porque ella se puso rígida y lo fulminó con la mirada.

–Ya has sacado de esto lo que querías, así que no tienes que fingir más.

–¡No! –sintió un poco de satisfacción al ver el desconcierto en el rostro de ella. Bajó la voz con esfuerzo–. Estoy aquí porque me importas. Tú, no la ropa ni el peinado. Eso tienes que saberlo.

–¿Cómo podría? –lo miró con los ojos entornados. Bryce abrió la boca para decir algo, pero ella se le adelantó–. Antes habría creído cualquier cosa que me hubieras dicho, pero ya no.

–¿Por qué?

–Porque no puedo competir con tu gran amor –al ver su confusión, continuó–: Tu trabajo. Es siempre lo primero –él fue a decir algo, pero no le dejó–. No puedes negarlo. Cada vez que nos hemos acercado un poco más, has elegido tu preciosa profesión en lugar de explorar lo que estaba empezando entre nosotros –haciendo gestos con la mano en dirección a la puerta como despidiéndolo, continuó–: Somos demasiado diferentes. Tu trabajo es lo más importante en tu vida, en la mía es mi casa. Llegar al final de un largo día, cocinar algo apetitoso, estar tranquila. Para ti parece que la jornada nunca es suficiente –alzó la barbilla con gesto desafiante–. Y ahora dime que estoy equivocada.

¿Qué podía decir? Su mundo era el del ajetreo del trabajo.

Así que... ¿eran tan opuestos? Estupendo. La personalidad fría e imperturbable de ella le intrigaba, era un bálsamo para su excesivo

gregarismo. Podía conseguir que eso funcionara, no tenía ninguna duda.

–Soy culpable en lo referente al trabajo, pero siempre he oído que los opuestos se atraen.

–Dime, ¿qué haces en tu tiempo libre? –preguntó con un suspiro de resignación.

–¿Qué?

–Venga, dímelo.

–Juego al golf, a veces al tenis, esquío en invierno...

–¿Solo?

–No, normalmente con compañeros de trabajo o clientes... –la voz se fue desvaneciendo.

–¿Quieres saber lo que hago yo? Soy voluntaria de la Sociedad Protectora de Animales. Algo fascinante para un tipo como tú.

Se lo imaginaba. Cuando era una niña, se había ocupado de los pájaros heridos y de otros animales. Otra razón para evitarla en el instituto, no quería que lo tratara como a otro animal abandonado más si descubría la verdad.

Trató de mantener el tono frío, controlado.

–Nada de eso importa. Somos individualidades, nada de eso tiene que cambiar. Sólo hemos estado saliendo, por Dios.

En ese momento el fuego de los ojos de ella se apagó y su expresión se ensombreció, supo que había vuelto a decir algo inadecuado.

–Eve, cariño, podemos hacer que esto funcione.

Sonó el móvil y murmuró un juramento deseando haberlo apagado. Ella miró su bolsillo y dijo en tono edulcorado: –¿No sería mejor que respondieras? –No, mira... –Pero podría ser algo importante. ¿Un negocio más lucrativo?

Con su relación pendiente de un hilo, se sintió inclinado a decir que al diablo los negocios, pero Sol había estado toda la noche con su contrato, fastidiándole con cada mínimo detalle.

No podía permitirse echar eso a perder, por mucho que la quisiera a ella. Quizá pudiera echar un vistazo al móvil y ver quién llamaba... No, aquello era demasiado importante. Eve era demasiado importante.

Su duda le costó caro. Pudo verlo en el gesto burlón de los labios de ella, en la decepción de sus ojos.

–¿Sabes una cosa? Me das pena. Incluso ahora, cuando estás tratando de hablar de corazón a corazón, no puedes desconectar del trabajo.

Tres palabras resonaron en su cabeza: «me das pena».

Nadie sentiría lástima de él. Jamás. Ya había estado bien lleno de ella

y lo último que necesitaba era que la mujer que amaba también sintiera pena por él. ¿Amaba? ¿Amaba?

Siempre había perdido el compás y parecía que esa vez no iba a ser una excepción. Vaya un momento para darse cuenta de que se había enamorado, cuando sólo podía alejarse de ella.

Ignoró el extraño dolor que sentía en la zona del corazón y metió la mano en el bolsillo. Irónicamente, el teléfono dejó de sonar en cuanto lo tocó.

–Tienes razón. No puedo. Adiós, Eve.

Dicho eso, giró sobre sus talones y cruzó el jardín ajeno a las hermosas dalias, jacintos y crisantemos que competían por el espacio.

Simplemente acababa de apostarse el corazón... y había perdido.

Eve lo miró alejarse y el corazón se le hizo añicos.

Había querido espantarlo y había hecho un gran trabajo, pero nunca había esperado ver el auténtico dolor que había visto en sus ojos al final.

Había parecido devastado, como si su opinión le importara realmente. Y en lugar de alegrarse de que se marchara, le costó toda su fuerza de voluntad no correr tras él para disculparse.

Se había pasado. Buen momento. Se miró los viejos vaqueros cortos y la camiseta desteñida, arrugó la nariz y se dejó caer en la hierba.

Nadie la había visto así, nunca, y el último hombre que quería que la viera así era Bryce. Era imposible que se pudiera sentir atraído por una mujer así.

«Eres preciosa».

Se frotó los ojos en un intento de borrar la imagen de él diciendo esas palabras con una expresión tierna en los ojos.

¿Estaba ciego? ¿Alucinaba? ¿Parecía un adefesio y le dedicaba un cumplido así?

¿Y si lo decía de verdad? ¿Y si estaba dejando que la vieja inseguridad echara a perder cualquier posibilidad de felicidad que podía tener con el amor de su vida?

Abrió mucho los ojos por el impacto de sus reflexiones. El amor de su vida. Bryce era el amor de su vida. ¡Demonios!

Se levantó del césped, se sacudió el pantalón y corrió, pero al llegar a la puerta trasera y oír el rugido del motor de su coche al arrancar, caminó más despacio.

¿Qué iba a hacer... abordarlo después de haberlo echado de su casa? No, mejor le dejaba un poco de tiempo para que se tranquilizara, se arreglaba y pensaba en lo que iba a hacer.

Porque cuando volviera a hablar con él, sería la conversación más importante de su vida.

# CAPÍTULO 14

HABÍA fracasado.

Él, el tipo que jamás permitía que esa palabra que empezaba por «F» entrase en su cabeza. Había fracasado espectacularmente con Eve. Y lo aborrecía.

Ella podía haber actuado como una loca cuando lo había visto aparecer en su casa, pero también él se había pasado, largándose como un niñato.

Ya había tenido tiempo para pensar y sabía lo que tenía que hacer. Nunca había fracasado en el trabajo y no iba a permitirse un fracaso: su relación con Eve no podía fracasar antes de empezar.

Ella tenía razón. Siempre ponía el trabajo por delante de todo lo demás. Nunca se había preguntado por qué, nunca había tenido una razón para hacerlo. Hasta ese momento. Se había enamorado y se arriesgaba a perder ese amor. Tenía que enfrentarse a unas cuantas verdades.

Por fin había descubierto por qué el trabajo lo era todo para él, por qué su búsqueda del éxito superaba todo lo razonable. Tenía que decírselo a Eve, si quería tener alguna oportunidad con ella.

Y encima eso... Cuando había cerrado la campaña de Hot Pursuit, no tenía ni idea de que tendría que vivir en Sidney una buena parte del año siguiente.

Era una oportunidad demasiado buena para dejarla pasar, una oportunidad que había buscado con todas sus fuerzas. Pero si no podía mantener una relación fingida en la misma ciudad, ¿qué esperanza podía tener de convencerla a ella de que diera una oportunidad a una relación real a larga distancia?

El tiempo que había pasado en el avión le había dado la oportunidad de pensar y trazar un plan. Cuando volviera, tendrían la conversación que no habían tenido el día anterior. Esa vez no se iba a conformar con menos que la más absoluta sinceridad por parte de los dos.

Se había levantado y se había marchado a Sidney. Así. Y la había dejado dolorida y deprimida y con el corazón roto. No podía concentrarse en el trabajo, no podía enfrentarse a sus amigas y ni siquiera se molestaba en entrar en la cocina, una señal clara de que iba mal, muy mal.

Sólo había una forma de tratar la situación: de frente. Y, por suerte, un

espeluznante compañero de Bryce llamado Davin le permitió entrar en su despacho para dejarle una nota.

Se sentó en la butaca de Bryce y buscó un bolígrafo. Su idea era dejarle una nota para que no tuviera la opción de no responder a su llamada, una posibilidad plausible después de cómo se había portado con él el día anterior.

Sólo recordarlo le hacía estremecerse. Encontró un bolígrafo y una libreta de la que arrancó una hoja. Se llevó el bolígrafo a los labios y buscó las palabras adecuadas.

–Bueno, todo va bien –musitó mientras seguía pensando.

Sus ojos, vagando por la mesa, se detuvieron en la libreta y vio lo que había escrito.

Había un montón de garabatos sin sentido y los miró desde un poco más cerca, intrigada por la precisión de unas horas digitales en la columna de la izquierda y el revoltijo de palabras de la derecha, como una especie de extraña taquigrafía.

Empezó a escribir: *Querido Bryce*.

Aún no tenía ni idea de lo que iba a decir, pero sí sabía una cosa: le debía una disculpa y una explicación y, si él no respondía a su nota, acamparía en su puerta hasta que la escuchara.

Se había alejado de ella una vez sin una explicación. No pensaba permitirle hacerlo otra vez.

Eve acababa de terminar de hornear su segunda tanda de bizcochos de chocolate cuando sonó el teléfono. Se limpió las manos en un trapo y respondió.

–Eve, soy Bryce.

Le subió la tensión y se apoyó en el quicio de la puerta aliviada porque hubiera llamado.

–¿Cómo estás?

–Acabo de volver de Sidney y he leído tu nota.

–Bien.

–Me gustaría verte –hizo una pausa como sopesando sus siguientes palabras–. Por eso llamo primero, claro.

Notó el tono de recelo de su voz y no pudo evitar echarse a reír.

–Chico listo, considerando mi actuación de la última vez que pasaste por aquí. A mí también me gustaría verte. ¿Estás demasiado cansado para venir ahora? He hecho pasteles de chocolate.

–Suena bien.

–Y tarta de manzana. Y de limón. Y una montaña de galletas de

mantequilla. Le llegaron sus carcajadas graves y sensuales. –Qué suerte no haber comido mucho en el avión. Estoy ahí en un cuarto de hora.

–Estupendo.

Había tantas cosas que quería decirle, empezando por un «lo siento» y terminando por un «te amo», pero se conformó con un:

–Estoy deseando verte.

–Yo también, corazón.

Suspiró y se llevó el teléfono al pecho. Sus palabras cariñosas ocuparon un lugar que había vacío en su alma y lo llenaron de calidez.

Un cuarto de hora. Sus ojos al instante volaron al armario de puertas de cristal que tenía enfrente y vio su reflejo. Tenía un montón de tiempo para ponerse presentable, pero mientras se dirigía a su habitación fue aminorando el paso.

¿Qué pasaba si era completamente sincera con él? ¿De verdad era ella con un retoque de maquillaje, el pelo moldeado y un vestido de diseño?

Iba a ir a verla y, por una vez, iba a permitirle ver su yo real, sin escrúpulos, sin reservas. Eso haría su confesión mucho más sincera, dejaría descansar todas sus inseguridades de una vez por todas. Había estado aterrorizada porque él saliera corriendo, como había huido ocho años antes, si la veía sin todos sus arreglos. Pero después de haberla visto en el jardín uno de los peores días de su vida, iba a volver a verla.

Seguramente para decirle que estaba chiflada, pero bueno, iba a hacer el esfuerzo y lo menos que podía hacer ella era mantener la mente abierta. Había deseado desesperadamente esa oportunidad, sólo tenía que no echarla a perder.

Miró de soslayo a su habitación, donde una plétora de productos de belleza y vestidos de diseño la esperaban. Deliberadamente, se dio la vuelta y volvió a la cocina. Vertió azúcar glas sobre unos bizcochos para tener las manos ocupadas y no prestar atención a los pensamientos que la aterrorizaban.

Bryce jamás había tenido miedo de nada.

Había aprendido pronto a afrontar sus temores, enfrentarse a ellos y vencerlos. Así había sobrevivido en la escuela, había obtenido su diploma en el instituto y había llegado a donde estaba en el mundo de la publicidad.

Aun así, en ese momento, de pie frente a la puerta de Eve, con un ramo de violetas en la mano y un documento muy importante en el bolsillo de la chaqueta, tenía que admitir que estaba temblando. Había ido hasta allí para decir la verdad.

¿Le tendría en menos? ¿Sentiría lástima de él? O peor aún, ¿abriría su corazón a la posibilidad de mantener una relación con él porque lo consideraría uno de sus perros callejeros necesitados de cuidados?

No podía soportar ninguna de esas opciones, pero tenía que ser claro con ella si querían tener la oportunidad de futuro que tan desesperadamente deseaba.

Alzó la mano para volver a llamar, pero antes de que lo hiciera se abrió la puerta. Sonrió, una respuesta puramente instintiva ante la mujer vibrante y fresca que tenía delante con una mancha de harina en la nariz y un poco de chocolate en la mejilla.

–Gracias por venir –dijo ella sujetando la puerta.

Le brillaron los ojos cuando vio las violetas.

–Son para ti.

–Gracias.

Hundió la nariz en ellas, el cabello desordenado cayó sobre las flores haciendo que el color castaño contrastara con el amatista profundo de las flores. Le encantaba su pelo así, suelto y rizado, con ese aire de acabar de salir de la cama. Mucho mejor que moldeado y sin una gota de vida.

–Vamos, pasa. Hay una pastelería entera esperándote.

–Estupendo –entró–. Huele increíblemente bien.

–Creo que me he pasado –hizo un gesto con la mano en dirección a la mesa, la encimera, el fogón.

Cualquier superficie disponible estaba cubierta de todo tipo de delicias, pero él lo único que pudo pensar fue lo mucho que le gustaría probar el chocolate de su mejilla.

–Te gusta la repostería, eso no tiene nada de malo.

–Cocino cuando estoy nerviosa.

Se volvió a mirarlo y lo que él vio en sus ojos lo dejó desconcertado: temor. Estaba tan asustada como él. Sonrió con la esperanza de tranquilizarla y le pasó un pulgar por la mejilla.

–Estás manchada de chocolate –dijo al ver que ella se sorprendía–. Y aquí de harina –le limpió la nariz y ella se echó a reír–. ¿Y por qué estás nerviosa?

–La pregunta del millón de dólares.

Sujetando las violetas como si fueran algo precioso, se dirigió a la pila, buscó debajo un jarrón y eso le dio a él una amplia oportunidad para estudiarla.

Aparte de la tarde que la había sorprendido en el jardín y se había puesto furiosa, nunca la había visto así de informal: vaqueros desteñidos y deshilachados, camiseta blanca y chanclas.

Le gustaba, le gustaba que se sintiera lo bastante cómoda como para estar con él sin arreglarse tanto. De hecho, cuanto más lo pensaba, más se daba cuenta de que nunca la había visto de otro modo que no fuera impecable.

A él le gustaba tener buen aspecto. Su trabajo lo exigía, pero no había nada como ponerse unos vaqueros, una camiseta y dejarse la barba tres días.

–¿Vas a responder a la pregunta?

Sonrió, se irguió y llenó de agua un jarrón de cristal tallado.

–¿Cuánto tiempo tienes?

–Todo el del mundo –se acercó a la barra de desayunar, sacó una banqueta y se sentó–. Además, cuanto antes hablemos, antes devoraré todo eso.

Eve se rió de un modo que sonó forzado, nervioso. Se entretuvo en colocar las violetas en el jarrón como si se presentara al concurso de florista del año.

–Las flores pueden esperar –le puso una mano en el brazo, ella tembló un poco.

Sí, estaba tan nerviosa como él, pero ya no se iba a echar atrás. Suspiró y dejó el jarrón en la ventana.

–Tienes razón. Supongo que es que no sé por dónde empezar.

–¿No me irás a decir que también tienes un oscuro secreto que contar? –lo dijo como una broma para animarse, pero sus ojos se ensombrecieron y en sus mejillas apareció el rubor–. Eh, estoy de broma.

Ella se mordió el labio inferior y se enrolló un mechón de cabello en el dedo índice.

–¿Por qué no empiezas tú?

–Vale, pero siéntate.

–¿Es tan malo?

–Depende de lo que entiendas por malo.

Volvía a llevar gafas y le hizo gracia no haberse dado cuenta hasta ese momento, pero las llevaba en el instituto y, aunque las que llevaba en ese momento eran sin montura, más modernas que las de pasta que llevaba entonces, le parecieron una parte de ella, parte de la chica que había conocido, que le había gustado y a la que había respetado. A pesar de haber actuado como un majadero cada vez que sus caminos se habían cruzado.

–Vamos al salón y nos ponemos cómodos. ¿Algo de beber?

–No, gracias, prefiero hablar.

–Como quieras.

Entró delante en el salón y le costó un gran esfuerzo no acariciarle el cabello que se mecía sobre sus hombros delante de él. Esperó a que ella se sentara y se alegró cuando lo hizo en el sofá de tres plazas. Se sentó al lado. Ella no se alejó, pero sí notó la tensión en sus ojos y alrededor de la boca. Y eso era antes de que hubiese empezado su perorata...

Se recostó en el respaldo y el documento que llevaba en el bolsillo crujió y eso le recordó que no había un sitio mejor por el que empezar que el principio.

Metió la mano en el bolsillo y lo sacó, lo apoyó en el muslo y buscó las palabras para empezar.

–Había pensado decirte toda la verdad la noche que te dije que vendría, pero no lo hice por el trabajo. Y después las cosas se complicaron cuando aparecí la tarde que no me esperabas. Pero hay algo que tienes que saber antes de que te explique por qué he ido a Sidney y qué tiene eso que ver con nosotros –le tendió el documento–. Toma, creo que deberías echarle un vistazo a esto. Creo que podría aclarar las cosas.

El desconcierto de ella se intensificó cuando desdobló y leyó el papel a una velocidad que él jamás habría podido alcanzar. Leer no era su fuerte, lo mismo que deletrear, escribir o decir la hora.

–¿Qué es esto? –preguntó confundida.

–¿Te acuerdas de aquel resumen del libro *Orgullo y prejuicio* que tuvimos que hacer para aprobar Literatura en décimo curso?

–Ajá.

–Ése es el mío.

Volvió a bajar la vista sobre el papel, en su mirada había mil preguntas.

–Pero...

–Es un lío, lo sé.

Le quitó el papel y lo miró; en él había un gran cero. Era el documento que casi había acabado con sus posibilidades de entrar en la universidad, pero que había cambiado su vida.

Recorrió la página con el índice y miró el desorden.
Podía reproducirlo casi palabra por palabra. Lo había mirado miles de veces durante años.

–Las bes y las des están cambiadas. Palabras sencillas y frecuentes se confunden. Las palabras están escritas como suenan. No es muy bonito, ¿verdad?

De pronto apareció la comprensión y el desconcierto se borró de sus ojos.

–La lista, las notas que había en la mesa de tu despacho, las

aplicaciones que no podías dejarme ver en tu ordenador, la extraña taquigrafía y esto... –señaló el papel–. Eres disléxico.

Bryce asintió, dobló el papel y lo dejó encima de la mesa.

–Un diagnóstico gracias a esa obra maestra en particular. Demasiado tarde si se considera que había fracasado casi en todo en la escuela hasta entonces.

Eve se acercó un poco más y su aroma a vainilla lo envolvió en una nube de confort.

–No tenía ni idea de cómo te había ido en la escuela, pero en tu trabajo has llegado realmente lejos. Estás en lo más alto de tu sector y eso es estupendo.

Buscó en su rostro el menor atisbo de lástima, pero lo que vio fue admiración.

–Gracias. Resulta gracioso que, aunque no puedo leer ni escribir muy bien, soy altamente intuitivo al pensar en imágenes en lugar de con palabras. Tengo una gran imaginación y percibo las cosas desde un punto de vista multidimensional, lo que me permite usar la cabeza para alterar y crear percepciones –forzó una risa–. ¿Qué te parece como diagnóstico?

–¿Cuándo lo descubrieron? –le acarició un brazo.

–Después de dejar el instituto. Estaba tirando la basura y nuestro vecino, que se había acercado a echar un vistazo a un viejo estéreo, vio eso –señaló el papel– y me preguntó qué tal llevaba los estudios porque su sobrino también era disléxico.

–¿Los profesores nunca se dieron cuenta?

–Los profesores sólo pensaban que era un torpe, lo mismo que mis padres –pudo ver la lástima en sus ojos y siguió hablando a toda prisa–. Pero, gracias a ese tipo, supe con qué me enfrentaba. Busqué el consejo de expertos, aprendí a manejarlo, conseguí el diploma de secundaria y no volví a mirar atrás.

–Eso es fantástico. Deberías estar realmente orgulloso de ti mismo.

–Lo estoy, pero no de cómo te traté por eso.

–¿A mí?

Bryce asintió y le agarró las dos manos animado por la comprensión que veía en su rostro.

–En la fiesta de Tony, por qué actué como un patán al final...

–Ah.

–Fue por esto –señaló con un gesto de la cabeza el papel–. Sabía que había algo que iba mal en el instituto. No aprendía como los demás chicos y me sentía estúpido por eso.

–Esa noche conectamos, ¿por qué te marchaste?

Le acarició las manos, las soltó y se pasó una mano por el pelo nervioso.

–Hasta esa noche no se me estaba dando mal andar pavoneándome por ahí haciendo como que era muy gracioso, haciendo chistes en lugar de ponerme a trabajar. Por eso te tomaba el pelo en tu casa y te evitaba en el instituto, porque pensaba que una persona tan inteligente como tú notaría lo que me pasaba de verdad –se encogió de hombros sabiendo que esa razón sonaría a tópico en ese momento–. ¿Esa noche conectamos? No nos habíamos mirado de otro modo en años. Yo siempre había pensado que eras mona pero distante; aun así, cuando me pavoneé delante de ti, te brillaron los ojos. No apartaste la mirada, ni la fijaste en los botones de mi camisa. Me miraste, me miraste de verdad y, antes de que me diera cuenta, estábamos hablando. Hablando de verdad, como no había hablado con nadie en mi vida.

Eve se mordió el labio inferior, un gesto que no tenía derecho a interpretar como algo erótico.

–¿Así que no tuvo nada que ver con mi aspecto?

–No –sacudió la cabeza–. ¿Por qué piensas algo así?

Con una sonrisa tímida, señaló sus gafas.

–Porque llevaba esto. Y llevaba el pelo recogido en dos trenzas en vez de suelto como las demás chicas. Y tenía la ropa más horrible del planeta.

–Yo no veía nada de eso.

Eve sintió que el corazón se le henchía de felicidad mientras observaba el rostro de Bryce a la búsqueda del menor atisbo de que no estuviera diciendo la verdad. Todo lo que vio fueron unos ojos azules que brillaban de sinceridad.

–¿Qué viste entonces?

Se le aceleró el pulso y contuvo la respiración cuando le recorrió la mejilla con la yema de un dedo como memorizando cada curva de su piel.

–Vi a una chica asombrosa que quería a su padre y a su hermano, que adoraba a los animales heridos, que quería ser lo mejor que se pudiera ser trabajando duro.

Vi a una chica guapa e inteligente que me miraba como si yo tuviera algo interesante que decir, una chica que me hacía reír con sus palabras rápidas, una chica tímida transformándose en una mujer intrigante.

–Y aun así te marchaste.

–Te has saltado la parte de reírme de ti –dijo, e hizo una mueca y ella parpadeó para ocultar el dolor que había en sus ojos–. ¿Recuerdas de lo que hablábamos cuando casi te besé?

¿Recordar? Recordaba cada mínimo detalle de esa noche a pesar de

todos sus intentos por olvidar.

–Sí, de nuestros sueños de futuro.

–Así es. Estaba tan atrapado en la conversación que casi dejé salir lo que tenía dentro y no podía permitir que eso sucediese. En esa época, con tu cabeza, siempre tendrías éxito, mientras que yo pensaba que era un estúpido y no sabía por qué.

Se inclinó hacia él y le pasó los dedos por los labios.

–Está bien, no tienes por qué...

–Quiero hacerlo, déjame terminar –le sujetó la mano–. Cuando hablabas de tus sueños para el futuro, nunca había visto nada más hermoso. Resplandecías, tu cara estaba viva y tenía que besarte. Entonces aquellos imbéciles nos interrumpieron y fue como un baño de realidad. En pocas horas te había dejado estar más cerca de mí de lo que había dejado a nadie y eso me asustó. No podía ofrecerte nada. Era un don nadie y tú eras un sueño. Tenía que alejarte de mí –sacudió la cabeza e hizo una mueca–. Así que me reí con aquellos tipos, hice como que no compartíamos nada y me largué.

Asombrada, asimiló la verdad, amonestándose en silencio por haber pensado lo peor todos esos años, gra
cias a su inseguridad, y haberse centrado en la única cosa que había dicho él que no podía olvidar. –¿Pensabas que era mona? ¿Que resplandecía? Pero si era una cretina. Le rodeó la cara con las manos y la acercó hasta tener la oreja cerca de la boca.

–Una cretina adorable.

Se quedó sin respiración cuando le dio el más suave de los besos en la mejilla, algo parecido al roce de las alas de una mariposa contra su piel.

Inclinó la cabeza ligeramente y él capturó sus labios en un beso febril que provocó que una espiral de placer la recorriera entera.

Cuando la besaba así, se sentía hermosa y especial, consideraba sus viejas inseguridades como algo irrelevante. Cuando la besaba así, casi podía creer que, por un momento mágico, tenían una oportunidad.

Pero no la tenían. Daba lo mismo lo que él dijera, daba lo mismo la fuerza con la que ella deseara tener una relación, seguía sin ser su tipo. ¿Cómo iba a serlo cuando volaría donde fuera que lo llevara su precioso trabajo?

Bryce se incorporó y, sin soltarle la cara, la miró con unos ojos llenos de pasión.

–¿Qué problema hay?

Tenía que decirle la verdad. Había llegado el momento. Se moría de

nervios.

Decir la verdad era algo hermoso en teoría, cuando estaba sola con sus pensamientos, pero ponerlo en práctica con el hombre del que se había enamorado, que la miraba con ternura, era lo peor.

–¿No quieres saber por qué me comporté como una loca cuando apareciste sin avisar?

–¿Importa? –dijo él con una sonrisa.

Sí, importaba, tenía que saberlo, tenía que saberlo todo.

–¿Eve?

Le agarró las manos y se las apartó de las mejillas. No podía pensar, mucho menos hablar, si la tocaba, por bien que se sintiera.

–Ésta soy la yo real.

Bryce alzó una ceja y siguió con la mirada las manos que ella movía delante de su cuerpo.

–Lo sé.

–No soy glamurosa, ni elegante, ni chic.

–Considerando algunos de los vestidos que llevas para trabajar, permíteme que disienta.

–Esa ropa, el maquillaje, los peinados, son sólo una ilusión. Una máscara que necesito para salir por la puerta y enfrentarme al mundo.

La sonrisa que tenía en los labios se fue desvaneciendo cuando absorbió esas palabras.

–Pero eres brillante. Y guapa. ¿Por qué habías de necesitar una máscara?

Se sentó más derecha y se cubrió el rostro con las manos. ¿Cómo explicarse sin parecer muy rara?

–Te va a parecer ridículo.

–Inténtalo –le quitó las manos de la cara y no se las soltó.

–¿Mi nueva imagen? –respiró hondo–. ¿La ropa, el maquillaje, el peinado? Cortesía tuya.

–No te sigo.

–La noche de la fiesta de Tony fue la primera vez que me puse un vestido, lápiz de labios, lentillas. Y reparaste en mí, me trataste como a una mujer y me gustó.

–Y te dejé plantada...

–En realidad, me dejaras o no, me hiciste un favor. El tiempo que pasamos juntos hablando, riendo, flirteando... Nunca me había sentido así antes. Me sentí bien, muy bien, y quise sentirme así siempre. Y si ir así vestida me hacía sentirme así de bien, recibir esa clase de atención –se encogió de hombros–, quería que la gente me viese así siempre. Así que

emprendí reformas. Elegí una profesión en la que la gente me mirara y viera lo fabulosamente glamurosa que era...

–¿Y?

–La mujer en que me he convertido no es quien soy. A pesar del arreglo, sigo siendo insegura e introvertida y me aterroriza que alguien descubra la verdad –hizo una pausa–. Soy un fraude. Me oculto detrás de mi ropa, mi trabajo y mi imagen porque me aterroriza que alguien se acerque demasiado.

–¿Por qué?

–Porque pierdo a todo el mundo que se me acerca mucho.

Ahí estaba, había conseguido enunciar su gran temor.

Le soltó las manos y la rodeó con los brazos con gesto protector.

–¿Es por tu padre?

–Por mi madre, mi padre, Tony... todos.

–No me olvides a mí. Esa noche me acerqué y me marché también.

Se concentró en la costura de los vaqueros y jugueteó con los hilos.

–Tú en un grado menor. Sabes que mi madre murió cuando Tony y yo éramos pequeños, así que no fue tan duro cuando mi padre murió.

–Hay algo más, ¿verdad?

–Sí –suspiró–. Papá tenía muchas deudas, perdimos la casa. Tony y yo no teníamos nada. Y luego Tony se marchó unos años después.

–Y te quedaste totalmente sola.

–Sí –recordó el vacío, el miedo, la pena–, y por eso no quiero vincularme emocionalmente con nadie. No vale la pena el riesgo, el dolor.

Un frágil silencio que se volvió incómodo llenó el ambiente. Lo miró. Lo que vio en él la dejó sin aliento.

–¿Y qué pasa conmigo?

–¿Contigo?

Le levantó la barbilla y la miró a los ojos.

–¿No valgo la pena como para arriesgarse?

La confusión le nubló el cerebro. ¿Le estaba preguntando lo que pensaba que le estaba preguntando? ¿Quería que le diera la oportunidad de vincularse emocionalmente?

–Tú no eres la única que se ha ocultado de la gente. Yo me he escondido bastante.

–¿Por la dislexia?

–Nunca he tenido una relación. Citas informales, muchas, pero nunca he sentido la confianza suficiente para permitir a una mujer estar cerca de mí antes de tener éxito económico.

–¿Por qué?

–Porque siempre he visto mi dislexia como un defecto. Es una locura, lo sé, porque hoy en día es algo que se conoce y se trata en los niños mucho antes, pero crecí pensando que era tonto y cuando por fin descubrí la verdad, lo seguí viendo como un defecto. Tener éxito económico enmendaría el defecto.

–¡Nadie es perfecto!

–Lo sé. Si considero el frío matrimonio de mis padres, mi carencia de cercanía emocional, supongo que era una buena excusa para no implicarme nunca emocionalmente.

–Ah –pensó que aquello ponía fin a sus esperanzas de una relación profunda y duradera.

–Hasta ahora.

Las esperanzas de Eve volvieron a crecer.

–Hace un momento te he preguntado si yo valía la pena como para arriesgarse. Quizá esto te haga más fácil responderme –la miró a los ojos con una emoción que la dejó sin aire en los pulmones–: estoy enamorado de ti. Quiero que tengamos una relación de verdad, que desarrollemos lo que se ha puesto en marcha el último mes –sonrió abiertamente–. Quiero que hagamos estallar los fuegos artificiales.

El corazón se le enterneció con una mezcla de calor y felicidad. Quería creerle, aprovechar la oportunidad.

Pero sus mecanismos de autoprotección estaban demasiado engrasados, demasiado arraigados. Haber perdido a su padre y a su hermano le había dolido, pero nada en comparación con lo que podría pasar si abría su corazón por completo a Bryce y perdía el amor de su vida.

Ya la había dejado una vez cuando se había acercado demasiado, él mismo lo había dicho, así que ¿qué le impediría volver a hacerlo?

Odiando hacer lo que tenía que hacer, respiró hondo y salió de su abrazo.

–Lo siento, no puedo.

Se levantó y cruzó el salón hasta apoyarse en la chimenea. Contuvo las lágrimas.

–No voy a ir a ningún sitio.

–Es mejor que te vayas –murmuró ella sin volverse a mirarlo. –Quiero decir en el futuro. Eve dio un salto cuando notó una mano en el hombro. No le había oído acercarse. Se dio la vuelta para mirarlo y se quitó la mano. Tenía que acabar con aquello antes de venirse abajo.

–Lo harás. En cuanto te salga una oferta de trabajo mejor. Tu trabajo te define, es lo que eres –alzó una mano para evitar que él respondiera–. Tú

mismo lo has dicho. Y después de saber lo de la dislexia, lo comprendo. Con cada escalón que subes en tu profesión triunfas sobre tu desventaja, sobre todos los que han dudado de ti. Lo entiendo. Te respeto por ello. Pero no te entregaré mi corazón para que te lo lleves cuando se presente la siguiente gran oportunidad y sigas tu camino.

Bryce se metió las manos en los bolsillos, se dio la vuelta y mantuvo su expresión paciente.

–¿Por qué crees que te he hablado de mi dislexia?

Eso la desconcertó. Si se paraba a pensarlo, no tenía por qué habérselo dicho. El modo en que la había tratado de adolescente no tenía que ver con ese momento.

–No tengo ni idea.

Sacó las manos de los bolsillos y las extendió con las palmas hacia arriba como si no tuviera nada que ocultar.

–Porque confío en ti. He estado reflexionando, pensando en por qué estoy tan volcado en el trabajo y he descubierto que cuanto más me esfuerzo, más fácil me resulta ignorar que tengo un problema, algo con lo que debo enfrentarme todos los días.

Eve sintió que su decisión se debilitaba, pero antes de que pudiera responder, él continuó.

–Te lo digo porque quiero que sepas que me has llegado muy dentro. Porque creo que hemos compartido algo especial este último mes. Porque pensaba que podías sentir algo por mí y, si es la mitad de lo que yo siento por ti, vale la pena luchar por ello.

Las lágrimas que había estado intentando controlar corrieron por sus mejillas haciéndole borrosa la visión.

–Eve, cariño.

La rodeó con los brazos, ella se quitó las gafas y las dejó en una silla. Hundió el rostro en su pecho. Dejó que las lágrimas corrieran, empapando su camiseta, vaciando su alma.

Se agarró a él mientras la calmaba, la consolaba, le acariciaba el pelo, la espalda.

Cuando dejó escapar el último gemido, respiró temblorosa y se apartó de él, consciente plenamente del aspecto que debía de tener. Se secó los ojos con una mano y miró la mancha en la pechera de la camiseta de él.

–Debo de parecer un adefesio.

–Pareces la mujer de la que estoy enamorado –dijo mirándola a los ojos.

Eve dio un paso atrás y se apoyó en la repisa de la chimenea.

–No soy esa mujer. El último mes ha sido un fraude. Después de lo

que te acabo de decir, deberías saber que no soy la mujer adecuada para ti. Tú eres extrovertido, espontáneo y abierto. Yo soy introvertida y tímida y me gusta la intimidad. Yo soy hogareña, tú eres de salir. La estabilidad lo es todo para mí, esta casa lo es todo. Tu trabajo siempre estará primero...

–Shh... –le puso un dedo en los labios–. Eso es otra de las cosas que quería decirte. He ido a Sidney a buscar un suplente para mí.

–¿Un suplente para qué?

–El contrato de Hot Pursuit me tendría en Sidney la mayor parte del año. –Entonces, ¿qué haces aquí? –Pues resulta que mi trabajo no siempre es lo primero. Es el momento de echar raíces y quiero que mi base sea Melbourne.

–Ah.

–Contigo –añadió por si no lo había comprendido.

Su resolución desfallecía. La había elegido a ella por encima de su precioso trabajo. De verdad... de verdad debía de estar enamorado de ella. ¿Podía ser así de sencillo? ¿A pesar de las diferencias, a pesar de sus inseguridades? Impelida por la necesidad de demostrar su punto de vista una última vez, agitó las manos a su alrededor. –Mírame. Mírame de verdad y dime que soy la mujer que quieres.

Se acercó más a ella y la agarró de los brazos.

–¿Aún no me conoces lo suficientemente bien? ¿Aún no sabes lo que encuentro más atractivo de ti? Esto. Le puso una mano en el corazón, Eve notó la palma como fuego a través del fino algodón de la camiseta.

–Tu calor. Tu comprensión. Tu vitalidad. Sí, creo que eres atractiva y sí, me encantan esos vestidos tan sexys que llevas, pero ¿sabes qué? En todo el tiempo que hemos salido no has estado más guapa que cuando tenías el pelo revuelto como un nido y te ruborizaste y llevabas esa camiseta dada de sí y los vaqueros cortados.

Eve abrió la boca para protestar. Ese hombre tenía que haber perdido la cabeza si creía que estaba guapa cuando estaba peor que nunca. Antes de que pudiera decir nada, le puso otra vez los dedos en los labios.

–Te amo ahora. Te amaré cuando seas vieja y tengas canas y arrugas y no tengas dientes. Te amaré cuando la gravedad haya hecho estragos. ¿Cómo te sientes con eso? ¿Crees que podrías soportar tenerme cerca tanto tiempo?

Su corazón se hinchió de amor por ese tipo loco, espontáneo y

divertido que había entrado en su vida para hacerle sentir, sentir de verdad, por primera vez en toda su existencia.

Se había cerrado emocionalmente tras la muerte de su padre, tras la marcha de Tony y ese asombroso hombre estaba allí delante ofreciéndole el mundo. ¿A qué esperaba?

Sonrió y le apartó la mano. Enlazó sus dedos con los de él. –¿Sabes? He oído que la gravedad atrae. ¿De verdad quieres estar conmigo tanto tiempo? Bryce dio un grito y lanzó un puño al aire, lo que le dejó pocas dudas sobre sus sentimientos. –Seguro –dijo un segundo después de besarla suavemente. Sonriendo con los labios en los de él, le apoyó las palmas de las manos en el pecho.

–¿Vieja y arrugada?

Él asintió.

–Sí, estaré a tu lado cuando seas una anciana decrépita.

Riendo, subió las manos por el pecho y las pasó por detrás del cuello.

–¿Con canas y sin dientes?

–Oh, sí, no podrás deshacerte de mí, aunque seas miembro de pleno derecho de la brigada de los cabellos con reflejos azules y tu dentadura esté en un vaso al lado de la mía en la mesilla.

–¡Qué romántico!

Rieron juntos y de los ojos brillantes de él irradió un amor que nunca había soñado que fuera posible. Volvió a abrazarla.

–Éste es el acuerdo de verdad, Eve.

–Nada de más acuerdos.

Se puso de puntillas y lo besó tiernamente.

–A menos que cuentes uno por el que pretendo hacer de ti un hombre decente.

Bryce rugió y apoyó la frente en la de ella.

–Déjame adivinar, quieres convertirte en una nena nupcial.

A pesar de la falta de seriedad de la conversación, tenía un nudo en el pecho por el impacto de comprometerse con ese hombre para el resto de la vida.

–Eso es.

La tomó entre sus brazos y le dio vueltas hasta que los dos estuvieron mareados. Se detuvo.

–Supongo que Eve Gibson tendrá un bonito anillo para la ocasión –dijo él acariciándole el cuello.

–¿Es eso una declaración?

Le dio un pequeño mordisco en el hombro y un estremecimiento la

recorrió entera.

–Claro. ¿Cuánto quieres tardar en convertirte en una nena nupcial?

¿Ella? Imposible. Cuando había pensado en ese plan para no ser la única dama de honor sin pareja en la boda de Mattie, ¡qué lejos estaba de pensar en que se convirtiera en algo permanente!

–Pronto, mi amor, muy pronto. ¿Qué te parece si salimos una temporada para que te acostumbres a verme así todo el tiempo? Y ahora, lo que tenemos es una cocina llena de golosinas esperando a que alguien se las coma y he oído que el camino al corazón de un hombre pasa por su estómago.

Él le agarró una mano y se la llevó al corazón que latía fuerte bajo la palma.

–Mi corazón ya es tuyo. Para siempre.

Se besaron suavemente y Eve pensó que jamás se había sentido tan segura, tan cuidada, tan amada.

Bryce era su presente, su futuro, su sueño. Y no tenía intención de despertarse pronto.

# EPÍLOGO

–CORAZÓN, los del catering quieren saber si se sirve ya el postre.

Eve apartó de mala gana los ojos de su marido, que hablaba con A.J. junto a la pista de baile, y se giró hacia Mattie.

–Claro, diles que lo dejen en la mesa del bufé y que la gente se sirva.

–No puedo creer que hayas hecho todo esto –comento Mattie.

–Es a lo que me dedico –repuso Eve.

–¡Es tu trabajo! Podías haber dejado que alguien organizara tu boda.

–Bryce y yo lo queríamos así.

En cuanto habían visto el sitio, habían decidido que fuera allí. Un viejo club nocturno al lado del estanque del Albert Park. Cuando salieron al balcón y su prometido la abrazó y la besó como ella siempre había deseado, no se le ocurrió ningún lugar mejor en el que casarse.

–Sois un par de sentimentales –dijo Mattie poniendo los ojos en blanco–. No puedo esperar para ver qué hacéis para el décimo aniversario.

–Sea lo que sea, tú y las demás nenas estaréis aquí para verlo.

–Si tenías que ponernos un mote... supongo que habrá que agradecer que fuera «nenas». –Bryce no debería habéroslo dicho –dijo Eve entre risas. –No eres la única que se ha quedado prendada de él...

–¿Hablando de mí, encantadoras damas?

Eve se apoyó en el pecho de su marido y suspiró.

–Sólo cosas buenas –Mattie guiñó un ojo–. Y una organizadora de eventos mandona me ha asignado un trabajo, así que me voy a hacerlo.

–Gracias.

Eve se dio la vuelta hacia Bryce, que la agarró de la cintura.

–Te amo, señora Gibson –inclinó la cabeza y la besó–. Y, aun a riesgo de repetirme hasta la saciedad, estás arrebatadora.

Eve se miró el traje de satén color alabastro. Daba lo mismo las veces que se hubiera visto con el vestido de novia, no se acostumbraba. La dama de honor se había convertido en novia. Y no podía ser más feliz.

–¿Sabes? Por muy guapa que estés con este vestido, me habría dado igual lo que llevaras hoy, para mí siempre eres preciosa.

–¿No te habría importado que hubiera aparecido con una camiseta rota, vaqueros cortos y gafas?

–Ni un ápice.

–¿Con el pelo como un nido? ¿Sin maquillaje? ¿Sin una joya?

–No me habría importado.

Se puso de puntillas y le susurró al oído:

–¿Nada de nada?

–Exactamente eso.

La agarró con más fuerza de la cintura y con ese abrazo dijo más que con las palabras.

–Sígueme.

La soltó, le dio la mano y Eve supo que seguiría a ese hombre el resto de su vida.

Salieron a la terraza que daba al estanque. Recordaba ese sitio, lo recordaba todo de esa fatídica noche.

–Una vez hablamos de sueños aquí mismo –le dijo Bryce mirándola a los ojos.

–¿Cómo iba a olvidarlo?

–Sólo quiero que sepas que tenerte en mi vida ha hecho realidad el mío.

Bryce bajó la cabeza y se besaron, y Eve supo que su sueño también se había hecho realidad.